De la autora de *Mujercitas*

Louisa May Alcott

SIRENITAS

«Ariel o una leyenda del faro»
y otros cuentos de criaturas del mar

Lectulandia

Tritones; ondinas y nereidas y demás criaturas del mar son los protagonistas de esta deliciosa selección de cuentos fantásticos de la gran escritora norteamerica, Louisa May Alcott, célebre por su novela *Mujercitas*. Una niña que quiere ser sirena, una sirena que quiere ser niña, y niñas confundidas con sirenas, protagonizan «Ariel», «Sirenitas», «Rizo, la ninfa del mar», y «La amiguita de Fancy», cuentos donde se reclama por un lado la importancia de la imaginación, y por otro, la de la realidad más práctica. Casi todos ellos comparten elementos de un mismo escenario —la isla y el faro, el hotel y las villas playeras—, probablemente inspirados en Nonquitt, el retiro veraniego de Alcott en la costa de Nueva Inglaterra. También encontramos aquí la única historia fantástica de Alcott que trata el tema de los prejuicios raciales, tan importante en su vida, o sátiras sobre sus propios dramas escritos para adultos.

Si bien Louisa May Alcott es conocida por su realismo moralizante, especialmente en sus novelas *Mujercitas* y *Hombrecitos*, en este volumen ofrecemos, por primera vez en español, y mediante la selección y traducción de Óscar Mariscal, una buena muestra de la otra cara de esta afamada escritora, pionera y magistral autora de cuentos de hadas, góticos y fantásticos.

Lectulandia

Louisa May Alcott

Ariel o una leyenda del faro y otros cuentos de criaturas del mar

ePub r1.0
Titivillus 06.12.16

Títulos originales: *«Ariel. A legend of the lighthouse», «Little Gulliver», «Mermaids», «A marine merry-making», «Fancy's friend», «The whale's story», «Ripple, the water-spirit»*
Louisa May Alcott, 2015
Traducción: Óscar Mariscal

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ariel o una leyenda del faro

I

–Buenos días, señor Southesk. ¿No se da usted hoy al mar?

–Buenos días, señorita Lawrence. Sólo estoy esperando a que mi batel esté listo para zarpar.

Al responder al alegre saludo de la muchacha, el joven alzó la vista de la roca en la que descansaba, y una encantadora estampa lo resarció del esfuerzo de apartar de allí sus ojos soñadores. Algunas mujeres poseen la habilidad de hacer que incluso un simple traje de baño, parezca elegante y pintoresco; y la señorita Lawrence no ignoraba el efecto que causaba con su traje azul camisa-pantalón, su cabello suelto a merced del viento azotando su hermoso rostro, los blancos tobillos entrevistos bajo el entramado de sus sandalias de baño, y esa aparente despreocupación por su aspecto, tan atrayente como el más esmerado acicalamiento. Una sombra de decepción nubló el semblante femenino al escuchar la respuesta; y su voz sonó algo arrogante en contraste con su habitual dulzura, cuando ella, plantada junto a la indolente figura sentada tomando el sol, dijo:

–Cuando hablé del mar, pensaba en la playa; y me refería a nadar, no a navegar. ¿Por qué no se une a nuestro grupo y nos obsequia con otra exhibición de sus habilidades gimnásticas?

–No, gracias; la playa es demasiado mansa para mí; prefiero las aguas profundas, el fuerte oleaje, y el incentivo del riesgo aportando emoción al esfuerzo físico.

El tono lánguido del joven chocaba vivamente con las intenciones por él manifestadas, y al oírlas, la señorita Lawrence exclamó, casi involuntariamente:

–¡Es usted la más extraña mezcla de apatía y determinación que haya conocido nunca! Viéndolo así ahora, resulta difícil creer las historias que se cuentan sobre sus hazañas por tierra y mar; y sin embargo, sé que merece el apodo de «Bayard»[1], así como ese otro de «dolce far niente»[2]. Es usted tan mudable como el océano al que tanto ama; pero nunca ve la luna que gobierna el flujo y reflujo de sus propias mareas.

Ignorando la primera parte de su discurso, Southesk respondió a la última frase con repentina animación.

–Soy un apasionado del mar, y bien puedo serlo, pues nací en él, y mis padres yacen en algún lugar bajo sus aguas; fuera de él mi destino está aún por escribirse.

–¿Su destino, dice? –repitió la señorita Lawrence llena del más vivo interés, pues rara vez hablaba el joven de sí mismo, ansioso por sepultar su pasado en el venturoso presente y en un futuro no menos prometedor. Algún humor pasajero debió de volverlo inusualmente franco, pues sin apartar sus hermosos ojos de la brillante

extensión ante él, respondió:

–Sí, una célebre pitonisa me dijo una vez la buenaventura, y sus palabras me han perseguido desde entonces. No, no crea que soy supersticioso, pero no puedo dejar de conceder cierta importancia a su predicción:

> Vigila la orilla del mar a primera y última hora, pues de sus profundidades se elevará tu destino; el amor y la vida se mezclarán oscuramente, y en una sola hora lo verás todo ganado o perdido.

Tal fue su profecía; y aunque tengo escasa fe en ella, me siento irresistiblemente atraído por el mar, y continuamente me encuentro mirándolo y aguardando el destino que pueda traerme.

–Espero que sea uno muy dichoso.

Toda arrogancia había desaparecido de la voz de la mujer, y sus ojos se volvieron, tan melancólicamente como los de su interlocutor, hacia el misterioso océano que acababa de señalarle a ella su sino.

Ninguno de los jóvenes habló durante un momento: Southesk, ensimismado con alguna inasible fantasía, continuó oteando las ondas azules que rodaban desprendiéndose del horizonte; y Helen, escrutando su rostro con una expresión que muchos habrían deseado despertar, pues todos coincidían en afirmar que la señorita Lawrence era tan orgullosa y fría como hermosa. Anhelo y admiración se confundían en la mirada de ella, fija en aquel semblante arrebatado a la realidad presente; una vez incluso, cediendo a un impulso involuntario, su pequeña mano se elevó para sujetar el cabello agitado por el viento que surcaba la frente del joven, sentado con la cabeza descubierta, manifiestamente ignorante de la femenil presencia. Helen retiró la mano a tiempo y se giró para ocultar el súbito rubor que tiñó sus mejillas, tras el impulsivo gesto que la habría traicionado ante un *partenaire* menos abstraído. Adelantándose a la joven, una llamada procedente del grupo reunido en la playa quebró el silencio, y, contenta de tener otra oportunidad de ver cumplido su deseo, y en un tono que habría logrado la sumisión de cualquier hombre, excepto la de Philip Southesk, ella dijo:

–Me parece que nos están esperando; ¿no puedo tentarle para que se una a las *sirenas* de allá abajo, y deje que su barca espere hasta que haga más frío?

Pero él negó con la cabeza con un gesto breve y decidido, y miró a su alrededor en busca de su sombrero, como si estuviera ansioso por escapar de allí; sin embargo, respondió con una sonrisa:

–Tengo un compromiso con la sirena de la isla, y, como el galante caballero que soy, debo mantenerlo o naufragaré en mi próxima travesía. ¿Está ya listo, Jack? –gritó, mientras la señorita Lawrence se alejaba, y él se encaminaba hacia un viejo barquero, que se afanaba en calafatear su esquife.

–Lo estará en un periquete, señor. Así que usted también la ha visto, ¿no es así? –dijo el hombre, haciendo una pausa en su trabajo.

–¿Ver a quién?

–A la sirena de la isla.

–No; sólo fabriqué esa excusa para librarme de unas amables señoritas que me aburren hasta la muerte. Me da la impresión de que tiene una historia que contarme al respecto; así que dese la vuelta mientras lo hace y siga trabajando, porque estoy ansioso por partir.

–¡Vaya!, creí que le gustaría saber que, en efecto, hay una sirena ahí abajo, pues es usted aficionado a las cosas raras y curiosas. Nadie la ha visto además de mí, o habría oído hablar de ello; y no se lo he contado a nadie más que a mi esposa, pues temo demasiado al «rudo Ralph», como llamamos por aquí al vigilante del faro. Verá, a él no le gusta ver gente merodeando en las inmediaciones de su guarida; si yo me fuera de la lengua, acudirían todos como un enjambre a la isla para cazar a la hermosa criatura, y Ralph montaría en cólera.

–No me importa nada ese Ralph; dígame cómo y dónde vio a la sirena… dormido en su barca, me imagino.

–No señor; bien despierto y sobrio que estaba, por cierto. Un buen día se me ocurrió remar alrededor de la isla, y echar un vistazo al abismo, como llamamos a un gran tajo en el farallón que sobresale en el mar, y alcanza casi tanta altura como el faro. Esta grieta va desde la cima hasta el pie del Gull’s Perch, y el mar fluye a través de ella, furioso y espumando como la boca de un loco, cuando sube la marea. Las olas han agujereado las rocas a ambos lados del abismo, y en una de estas cavidades vi a la sirena, tan claramente como lo veo a usted ahora.

–¿Y qué estaba haciendo ella, Jack?

–¡Cómo!, cantando y peinando su larga cabellera; por eso supe que se trataba de una auténtica sirena.

–Su cabello sería de color verde o azul, por supuesto –dijo Southesk, con tan evidente sarcasmo, que el viejo Jack se irritó y respondió con voz ronca:

–Era más oscuro y rizado que el de esa señorita amiga suya que acaba de marcharse; sólo que su rostro era más hermoso, su voz más dulce, y sus brazos más blancos; no me crea si no quiere.

–¿Qué hay de las aletas y las escamas, Jack?

–Ni rastro de ellas, señor. La mitad del cuerpo estaba sumergida en el agua, y llevaba puesta una especie de camisola blanca, de modo que no pude ver si tenía pies o cola de pez. Pero juro que a ella la vi, y tengo su peine para demostrarlo.

–¡Su peine! Déjeme verlo, así me resultará más fácil creer su historia, ¿no le parece? –propuso el joven, movido por una especie de perezosa curiosidad.

El viejo Jack extrajo de un bolsillo un pequeño y delicado peine, aparentemente hecho a partir de una concha nacarada, cortado y tallado con mucha habilidad, que llevaba grabadas dos letras en el mango.

–¡Sopla, es un objeto precioso!, y sólo una sirena podría haber sido su dueña. ¿Cómo lo consiguió? –preguntó Southesk, examinando cuidadosamente su delicada

factura y las letras grabadas, y deseando que la historia fuese cierta, pues la estampa de una cantarina sirena de hermoso rostro, sentada en una saliente roca del mar, excitaba su romántica imaginación.

–Fue de esta manera, señor –empezó a explicar Jack–; me cogió tan desprevenido, que grité antes de haber podido echarle un buen vistazo a la moza. Ella me vio y dio un pequeño chillido, luego se lanzó al agua y desapareció de mi vista. Esperé a verla subir a la superficie, pero no lo hizo; así que remé hasta acercarme tanto como pude a las rocas, y conseguí recoger el peine que se le había caído; entonces me fui a casa y se lo conté a mi esposa. Ella me aconsejó que guardara silencio y que no volviese allí, como era mi intención; así que me rendí; pero créame, ardo en deseos de echar otra mirada a la pequeña criatura, y supongo que usted encontrará esta información tan valiosa como para intentar también llevársela a los ojos.

–Puedo ver a las mujeres que se bañan sin esa larga cola de pez, y no creo que a la hija de ese «rudo Ralph» le guste que vuelvan allí a molestarla.

–Se equivoca, señor, él no tiene ninguna: ni esposa ni hijos; y no hay nadie en la isla salvo él y su ayudante (un tipo hosco y solitario que nunca viene a tierra); a ellos no les preocupa otra cosa que mantener a punto su lámpara.

Southesk permaneció pensativo y en silencio durante un momento, midiendo a ojo la distancia entre la tierra continental y la isla, pues las últimas palabras de Jack le habían dado una pátina de misterio a lo que al principió le pareció algo trivial.

–Dice usted que a Ralph no le gusta recibir visitas, y que rara vez sale del faro; ¿qué más sabe de él? –preguntó el joven.

–Poco más, señor, sólo que es un hombre valiente, sobrio y fiel que cumple con su deber, y que parece apreciar ese faro sombrío y solitario más de lo que lo hacemos la mayoría de nosotros. Él ha conocido tiempos mejores, supongo, porque hay algo de caballero en él a pesar de su rudo comportamiento. Ya está lista la barca, señor, y llega usted justo a tiempo para encontrarse a la pequeña sirena atusando su cabello.

–Me gustaría visitar ese faro, y soy aficionado a correr aventuras, así que creo que seguiré su consejo. ¿Cuánto pide por ese peine, Jack? –preguntó Southesk, una vez que el anciano finalizó su trabajo, y el batel se balanceaba tentadoramente sobre el agua.

–Nada de usted, señor; se lo regalo de mil amores, pues ha sido la obsesión de mi esposa desde que lo tengo, y me alegro de deshacerme de él. Nunca enseño esto ni cuento lo que vi; pero usted ha hecho algo más que una buena acción, y estoy ansioso por corresponderle por ello. En el extremo más distante de la isla se encuentra el abismo; es un lugar peligroso, pero usted es hombre de mar y parece prudente. Buena suerte, y hágame saber cómo le ha ido.

–¿Qué cree que significan esas letras? –preguntó Southesk cuando, tras guardarse el peine en el bolsillo, se disponía a equilibrar su embarcación.

–¡Cómo!, «A. M.» significa *A Mermaid*[3], ¿qué si no? –respondió Jack con

suficiencia.

–Encontraré otro significado para ellas antes de mi regreso. Mantenga su secreto y yo haré lo mismo; quiero que esa sirena sea sólo para mí.

Lanzando una sonora carcajada, el joven impulsó su embarcación: sordo a los cantos de las modernas *sirenas*, que en vano trataban de atraerlo; y ciego a las miradas anhelantes, clavadas en su enérgica figura, inclinándose sobre los remos con tal fuerza y habilidad, que muy pronto la playa y sus alegres grupos de jóvenes quedaron atrás.

El faro se alzaba sobre el acantilado más alto de la isla, y el único lugar seguro de atraque estaba al pie de la roca, donde un camino escarpado y una escalera de hierro conducían a la entrada principal de la torre. Desolado y amenazador como parecía –incluso a la luz del sol veraniego–, y recordando la aversión que Ralph sentía hacia los visitantes, Southesk resolvió explorar el abismo solo, sin pedir permiso a nadie. Bogando a lo largo de la escarpada orilla, alcanzó la enorme brecha que hendía el farallón de arriba abajo. Audaz y habilidoso como era, no se aventuró sin embargo a acercarse demasiado, pues la marea estaba subiendo y cada ola, al romper, amenazaba con arrojar la embarcación hacia el abismo, donde el mar hervía y espumaba furiosamente, saturando la oscura oquedad de agua vaporizada y reverberantes ecos, que formaban un sordo fragor.

Con la intención de disfrutar del soberbio espectáculo, se olvidó de la sirena… hasta que un destello plateado llamó su atención, y virando con un sobresalto vio un rostro humano surgiendo del agua, seguido de un par de brazos blancos que le hacían gestos, acompañando a los sonrientes labios y los brillantes ojos que lo observaban, paralizado como estaba, hasta que con un estallido de risa musical, el fantasma se desvaneció.

Profiriendo una exclamación, se dispuso a continuar avanzando, cuando un violento golpe de mar lo hizo rodar sobre su asiento, y al instante comprendió el apuro en el que se hallaba, pues la barca había derivado hasta situarse entre dos rocas, y la siguiente ola podría estrellarla contra una de ellas. Sin embargo, su instinto de supervivencia se impuso a la curiosidad, y, remando por su vida, el joven Southesk escapó justo a tiempo.

Tras retirarse a aguas más calmas, estudió el lugar y decidió atracar, si el oleaje lo permitía, para reconocer a vista de pájaro el abismo donde la ninfa acuática –o la joven nadadora– parecía haberse refugiado. Pasó algún tiempo, sin embargo, antes de que encontrara un abrigo seguro, y con mucha dificultad ganó la orilla por fin, sin aliento, empapado y agotado.

Guiado por el fragor del oleaje, alcanzó al cabo el borde del acantilado y miró hacia abajo. Vio salientes y grietas suficientes, para servir de puntos de apoyo y agarre a un montañero atrevido; y ebrio de la placentera emoción del peligro y la aventura, Southesk descendió ayudándose de sus fuertes manos y ágiles pies. No había hollado muchos de aquellos *peldaños* cuando hizo una pausa repentina, pues el

sonido de una voz lo detuvo. Éste se elevaba y caía irregularmente entre el estruendo de las olas en su avance y posterior retroceso, pero logró distinguirlo, y con redoblado entusiasmo siguió observando y escuchando.

A media altura del abismo, firmemente encajada entre ambos flancos, sobresalía una masa de roca arrojada allí por alguna convulsión telúrica. Era evidente que muchos siglos habían transcurrido desde su caída, pues un árbol había arraigado, sustentado por un pequeño parche de tierra, al abrigo del viento y las tempestades en aquel apartado rincón. Enredaderas silvestres, guiadas por su instinto en pos de la luz solar, trepaban a lo largo de las paredes tapizando de verde el acantilado. Y sin embargo, manos desconocidas y habilidosas habían trabajado allí, pues algunas plantas resistentes prosperaban en los rincones umbríos; cada nicho albergaba un delicado helecho, de cada pequeña oquedad brotaba alguna rara hierba; y aquí y allá una concha suspendida contenía una porción de muelle musgo, huevos de aves marinas, o algún curioso tesoro recuperado de las profundidades. La sombra verdosa del pequeño pino ocultaba una parte de aquel nido de águilas, y desde el rincón oculto la voz dulce se elevaba entonando una canción muy adecuada a la escena:

> El cielo es puro, blanda la arena;
> la hermosa playa venid a hollar;
> venid formando dulce cadena;
> los vientos callan cerca del mar[4].

Sintiéndose como un intruso en un baile de hadas, el joven aguardó con el aliento contenido, hasta que la última y tenue nota y su suave eco se extinguieron; avanzó entonces sigilosamente. No tardó su aguda vista en descubrir una escala de cuerda, medio oculta por las enredaderas, evidentemente usada como acceso a la enramada marina o cenador emparrado bajo la roca que pisaba. Sin pensarlo dos veces resolvió descender por allí, pero unos cuantos travesaños más abajo, una fuerte ráfaga de viento sopló sobre la grieta, y al entreabrirse la frondosa pantalla, quedó al descubierto el objeto de su búsqueda. No era éste una sirena, sino una linda muchachita sentada y cantando como un pajarillo mojado en su verde nido.

Mientras el viento sacudió las frondas, Southesk pudo ver que la desconocida permanecía en actitud pensativa, contemplando a través de la amplia brecha la soleada extensión azul. Vio, también, que un par de pequeños y blancos pies desnudos brillaban contra el fondo oscuro de una cuenca rocosa, llena de agua de lluvia recién caída; que un liso vestido gris dibujaba los elásticos contornos de una figura juvenil; y que los oscuros y húmedos anillos de su cabellera estaban sujetos por una bonita banda hecha de conchas marinas.

Así, con la intención de contemplarla más de cerca, el joven se fue inclinando, hasta que un mal gesto hizo que el peine se deslizara de su bolsillo, y cayera en la cuenca con un chapoteo que arrancó a la muchacha de su ensueño. Ella se sobresaltó,

se apoderó de él con avidez y, mirando hacia arriba, exclamó con acento alegre:

–¡Cómo, Stern!, ¿dónde encontraste mi peine?

No hubo respuesta a su pregunta, y la sonrisa murió al punto en sus labios, pues en vez del rostro moreno y coriáceo de Stern, vio, aureolado de verdes hojas, un rostro desconocido, hermoso y juvenil.

Rubio y con los ojos azules, ruborizado y sorprendido, el agraciado intruso sonrió a la joven con una expresión, que no produjo en ésta temor alguno, despertando por el contrario su admiración, y ganándose su confianza con la magia de una mirada. Sin embargo, sólo se vieron durante un instante; al cabo las ramas del pino se interpusieron entre ellos. La muchacha se levantó, y Southesk, olvidando toda precaución, cegado como estaba por su curiosidad, cubrió de un salto la distancia que lo separaba del suelo.

Pero no había calculado bien la altura; su pie resbaló y cayó golpeándose en la cabeza, quedando momentáneamente inconsciente. El goteo del agua fresca en la frente lo despertó, y aunque se sentía un poco aturdido, pronto se repuso por completo. Con los ojos entornados contempló el borroso y lozano rostro femenino, de una belleza tan peculiar, que lo confundió y lo fascinó al primer vistazo. Lástima, ansiedad y alarma eran visibles en él, y contento de tener un pretexto para prolongar aquel episodio, decidió fingir un sufrimiento que no sentía.

Exhalando un suspiro cerró los ojos de nuevo, y por un momento disfrutó del suave tacto de sus manos sobre la frente, del sonido de su corazón latiendo rápidamente cerca de él, y de la agradable sensación de ser el objeto de interés de aquella dulce y desconocida voz. Demasiado generoso empero para mantenerla más tiempo en suspenso, no tardó en levantar la cabeza y mirar torpemente a su alrededor, preguntando débilmente:

–¿Dónde estoy?

–En el abismo… pero completamente a salvo conmigo –respondió una voz fresca y juvenil.

–¿Quién es la amable joven a quien confundí con una sirena, y cuyo perdón imploro por esta grosera intromisión?

–Soy Ariel, y te perdono de buen grado.

–Bonito nombre; ¿te llamas realmente así? –preguntó Southesk, sintiendo que una actitud sencilla era la más conveniente para ganarse su confianza, pues la muchacha hablaba con la inocencia y libertad de un niño.

–No tengo otro nombre, salvo March, y ése no es tan bonito.

–Entonces, las letras «A. M.» en el peine no significan *A Mermaid* [una sirena], como pensaba el viejo Jack cuando me lo dio.

Una risa plateada siguió a su involuntaria sonrisa, cuando, aún arrodillada junto a él, Ariel lo miró con mucho interés, y una expresión de admiración muy sincera en sus bellos ojos.

–¿Has venido acaso para devolvérmelo? –preguntó ella, volviéndose hacia el

recuperado tesoro en su mano.

–Sí; Jack me describió la hermosa ninfa acuática que vio, así que vine en su busca, y aún no estoy seguro de que no seas la auténtica Lorelei[5], pues casi me hiciste naufragar, y luego desapareciste de la forma más sobrenatural.

–¡Ah! –exclamó de nuevo la joven con su alegre risa–, llevo la vida de una sirena aunque no lo soy, y cuando me siento inquieta gasto bromas a la gente, pues conozco cada grieta de estas rocas, y aprendí de las gaviotas a nadar y a bucear.

–Y también a volar, diría yo, por la velocidad con la que llegaste a este rincón; yo me apresuré a hacerlo y casi pierdo la vida, como has podido ver.

Mientras así hablaba, Southesk trató de incorporarse, pero un fuerte calambre en su brazo hizo que se detuviera, profiriendo una exclamación de dolor.

–¿Te duele mucho? ¿Puedo hacer algo más por ti? –y la voz de la joven, mientras lo miraba con expresión de preocupación, sonaba femeninamente piadosa.

–Me he cortado el brazo, creo, y me he lastimado un pie; pero un poco de descanso los sanará. ¿Puedo aguardar aquí unos minutos, y disfrutar de tu encantador refugio, aunque no sea lugar para un torpe mortal como yo?

–Oh, sí; quédate todo el tiempo que quieras, y déjame vendar tu herida. Mira cómo sangra.

–¿Entonces no tienes miedo de mí?

–No; ¿por qué iba a tenerlo? –y los oscuros ojos de Ariel se posaron confiados en los del joven, mientras se inclinaba para examinar el corte. Era profundo, y Southesk pensó que ella gritaría o palidecería; pero no ocurrió nada de esto, y habiéndolo vendado hábilmente con un pañuelo mojado, y alzando la vista desde la mano bien formada y el fuerte brazo al rostro de su dueño, dijo ingenuamente:

–Qué lástima, quedará una cicatriz.

Southesk rio abiertamente, a pesar del dolor que sentía, y, apoyándose en el brazo ileso, se preparó para disfrutar del momento, pues el pie lastimado no era más que un pícaro ardid.

–No me importa la cicatriz. Los hombres no las consideramos desagradables, y yo me sentiré más orgulloso de ésta que de la otra media docena que tengo, pues gracias a ella pude tener un atisbo del país de las hadas. ¿Vives aquí, sobre la espuma y la luz del sol, Ariel?

–No, el faro es ahora mi hogar.

Había cierta reserva en su modo de comportarse; parecía medir sus palabras, y sin embargo, anhelaba hablar, y era fácil ver que el recién llegado era bienvenido a su soledad. Con toda su audacia juvenil, Southesk atemperó inconscientemente su actitud con respeto, procurando no turbar, ya fuera con la mirada o con la palabra, a la inocente criatura cuyo retiro había interrumpido.

–¿Entonces tú eres la hija de Ralph, como me había imaginado? –continuó diciendo el joven, dando a sus preguntas un aire atractivo que era difícil resistir.

–Sí.

Una vez más ella dudó, y de nuevo pareció ansiosa por confiar incluso en un extraño, pero controló su impulso y dio breves respuestas a todas las preguntas de naturaleza doméstica.

–Nadie sabe que estás aquí, y a lo que parece llevas una vida oculta como una princesa encantada. Sólo falta una Miranda para tener una versión moderna de *La tempestad* –lo dijo a media voz, como para sí, pero la muchacha respondió rápidamente.

–Tal vez yo esté aquí para conducirte a ella, como la auténtica Ariel condujo a Fernando a su Miranda… si es que no la has encontrado aún.

–¡Cómo! ¿Qué sabes tú de Shakespeare? ¿Y cómo es que llevas ese hermoso nombre? –quiso saber Southesk, fascinado por el brillo que, de pronto, pintó en la mirada de la joven una expresión de inteligencia sobrenatural.

–Conozco y amo a Shakespeare más que a cualquiera de mis otros libros, y puedo cantar cualquiera de las canciones que escribió: ¡Cuán hermosas son! Mira lo fatigado que está mi querido libro de tanto leerlo.

Mientras hablaba, extrajo de un rincón seco en la roca un volumen muy castigado, y lo hojeó con una mano amorosa, en tanto que la inocente dulzura regresaba a su semblante, prestándole nueva belleza.

«Qué encantadora sirenita es», pensó Southesk, y añadió en voz alta, con una irresistible curiosidad y olvidando toda cortesía:

–¿Y el nombre?, ¿por qué te llamaron así?

–Padre me lo puso –en ese punto hizo una pausa, para añadir a continuación–: Él ama a Shakespeare tanto como yo, y me enseñó a entenderlo.

«He aquí una pareja de románticos, y un misterio de alguna clase, que disfrutaré tratando de desentrañar si ello es posible», pensó, y lanzó otra pregunta:

–¿Has pasado aquí mucho tiempo?

–No, sólo las horas más calurosas.

«Otra evasiva. Me veo en la tesitura de preguntarle, a quemarropa, *quién* y *qué* es», se dijo Southesk, y, para evitar la tentación, regresó al peine de nácar que aún sostenía Ariel en su mano.

–¿Quién lo talló tan delicadamente? Me gustaría tener uno tan bonito.

–Yo misma lo tallé, y estoy muy contenta con mi trabajo. Es difícil encontrar entretenimiento en esta isla desierta, así que recurro a todo tipo de distracciones para pasar el tiempo.

–¿Ideaste tú este jardín colgante, e hiciste florecer esta roca? –preguntó Southesk, tratando de comprender las luces y sombras, que hacían de su rostro algo tan mudable como el cielo en abril.

–Sí, lo hice yo, y paso aquí la mitad de mi tiempo, pues así evito ver a los veraneantes en la playa, y me olvido de ellos.

Siguió un pequeño suspiro, y sus ojos se volvieron con nostalgia hacia la oscura grieta, que no le permitía sino un atisbo del mundo exterior.

–Pero apenas puedes ver la playa desde aquí, y mucho menos a los bañistas, creo yo –reflexionó Southesk, preguntándose a qué se referiría ella.

–Puedo verla perfectamente con el telescopio de la torre, y muchas veces veo a los jóvenes en la orilla… ¡parecen tan alegres y hermosos!

–Entonces, ¿por qué quieres olvidarte de ellos?

–Porque desde que llegaron encuentro esto más solitario y desamparado que antes.

–¿Nunca visitas la tierra continental? ¿No tienes amigos o compañeros que animen tu soledad?

–No… no.

Algo en el tono en que fue pronunciado el monosílabo desaconsejó nuevas preguntas, y llevó a Southesk a decir sonriendo:

–Ahora es tu turno; pregúntame lo que quieras.

Pero Ariel se apartó de él, respondiendo con un aire de recatado decoro, que le sorprendió más que su autodominio o su reproche.

–No, gracias, es de mala educación preguntar a los extraños.

Southesk se ruborizó ante la mirada sarcástica que ella le lanzó, y levantándose, le dedicó su más cortés reverencia, diciendo, con una agradable mezcla de candor y contrición:

–Otra vez te pido perdón por mi grosería. Habiéndome encontrado tan inesperadamente, con una ninfa cantando a media voz entre el mar y el cielo, me olvidé de todo, y me figuré que los modales mundanos estaban fuera de lugar. Ahora veo mi error, y aunque ello eche a perder el romanticismo, te llamaré señorita March, y me despediré respetuosamente…

La risa plateada de Ariel interrumpió la última frase, y con sus maneras más infantiles replicó:

–No, no me llames así ni te vayas tampoco, a menos que ya no te duela nada. Prefiero tu rudeza a tu cortesía, pues aquélla te hace parecer un jovencito agradable, y ahora no eres más que un caballero.

Animados y aliviados ambos por la feliz ocurrencia, el joven respondió, medio en broma medio en serio:

–Entonces seré un muchacho otra vez, y te diré quién soy, ya que tú eres demasiado respetuosa para preguntarlo, y parece más adecuado que me presente yo mismo. Philip Southesk tengo por nombre, caballero soy de nacimiento y poeta por vocación; pero no merezco tal título, aunque ciertos amigos generosos me hacen el honor de alabar los pocos versos que escribo de vez en cuando. Aguarda, olvidé dos cosas que a las damas suele interesarles: tengo suficiente fortuna, y veinticuatro años de edad.

–¡Vaya! Tú no me preguntaste ninguna de esas dos cosas –dijo Ariel, con un destello de alegría en sus ojos, al alzar tímidamente la vista hacia el anhelante joven que ahora estaba de pie ante ella.

–No; a pesar de mi torpeza, recordé que uno no debe hacerle la última de esas preguntas a una mujer… la primera cuestión no me importa en absoluto.

–Me gusta eso –repuso rápidamente la joven, y a continuación agregó con franqueza–: Yo soy pobre y tengo diecisiete años.

Ariel empezó a levantarse mientras hablaba, pero al punto, recordando sus pies descalzos, se apresuró a sentarse. El súbito rubor que encendió su rostro, y una mirada inquieta hacia un par de zapatitos que yacían no muy lejos de ella, le sugirieron a Southesk una rápida retirada, y, volviéndose hacia la escala medio oculta, dijo, deteniéndose en el acto de encaramarse a ella:

–Adiós; ¿puedo venir otra vez, si lo hago correctamente y no permanezco demasiado tiempo? Los poetas somos gente privilegiada, ya sabes, y este rincón es el paraíso de la lírica.

Ella lo miró complacida, aunque algo turbada, y respondió de mala gana:

–Eres muy amable al decir eso, pero no puedo pedirte que vuelvas, pues mi padre podría molestarse, y lo mejor para mí es que todo siga como hasta ahora.

–Pero ¿por qué te recluyes en este lugar? ¿Por qué no disfrutar de los placeres propios de los chicos de tu edad, en lugar de observarlos desde lejos, anhelándolos en vano? –exclamó Southesk impetuosamente, pues los elocuentes ojos de ella testimoniaban lo que su lengua jamás confesaría.

–No puedo decírtelo…

Y mientras así hablaba, con la cabeza gacha apoyada sobre sus manos, su abundante cabellera veló su rostro, y al colgar libremente, la pequeña guirnalda de conchas cayó a los pies de Southesk.

–Perdóname; no tengo derecho a interrogarte, y no perturbaré tu soledad de nuevo, a menos que cuente con el consentimiento de tu padre. Pero antes de marcharme, dame alguna prenda que demuestre que realmente he visitado una isla encantada, y he oído cantar a Ariel. Te devolví el peine, ¿puedo llevarme esto a cambio? –dijo el joven recogiendo la guirnalda.

Southesk hablaba en broma, con la esperanza de arrancarle a la joven una sonrisa indulgente con su última transgresión. Ella alzó la vista visiblemente tranquila de nuevo, y le cedió sin reservas la corona de conchas por la que él había preguntado. Entonces inició de un salto el escarpado camino, y desapareció tras la frondosa pantalla vegetal; pero su mirada de despedida le reveló que el bello rostro femenino lo observaba aún tristemente, desde la verde penumbra de su paradisiaco nido.

II

Tres figuras permanecían sentadas en la sala inferior del faro, cada una de ellas aparentemente sumida en sus propios pensamientos y, sin embargo, observando subrepticiamente a las demás. Ralph March, un hombre de aspecto severo, con cejas

oscuras y espesas y semblante melancólico, se recostaba en su silla, con una mano sobre sus ojos, que estaban fijos en Ariel; ésta, sentada junto a la estrecha ventana cortada en el grueso muro, observaba con fijeza el mar, brillando con el oro y la púrpura del cielo del ocaso, aunque a menudo aventuraba una mirada hacia su padre, como si deseara hablarle y no se atreviese a ello. El tercer ocupante de la pieza era un hombre robusto de aspecto rudo, cuya edad era difícil determinar, pues una desagradable joroba desfiguraba sus anchos hombros, y una enorme cabeza remataba su cuerpo contrahecho. Con el cabello desgreñado, la barba leonada y la tez bronceada por el viento y el sol, resultaba llamativo; mas no era una figura que moviese a la piedad, pues su fuerza hercúlea era visible a simple vista, y una expresión un tanto desafiante parecía repeler la compasión y demandar respeto. Ocupando un sitio junto a la entrada, simulaba afanarse en la reparación de una red rota, pero sus agudos ojos saltaban furtivamente de padre a hija, como si tratara de leer en sus rostros.

El largo silencio que se había condensado en la sala, fue disipado por la voz profunda de March, diciendo de repente, al tiempo que dejaba caer su mano y se volvía hacia Ariel:

–¿Estás enferma o triste, niña, que suspiras tan profundamente?

–Me siento sola, padre mío.

Algo en el tono lastimero y en su semblante alicaído tocó el corazón de March, y, atrayendo a la muchacha hacia sus rodillas, escrutó el rostro juvenil con una tierna ansiedad que suavizó y embelleció el suyo.

–¿Qué puedo hacer por ti, querida? ¿Adónde podría llevarte para que olvidaras tu soledad? O mejor aún, ¿a quién podría traer para animarte?

Los ojos de la joven centellearon y entreabrió los labios con avidez, como si un íntimo deseo estuviera a punto de ser pronunciado, pero algún temor refrenó su verbalización y, apartando a medias su rostro, respondió mansamente:

–Debería sentirme contenta aquí contigo, y trato de que así sea, pero a veces anhelo hacer lo que hacen los otros muchachos, y disfrutar de mi juventud mientras dura. Si te gustara mezclarte con la gente, a mí me encantaría probarlo; mas como te disgusta, me esforzaré en ser feliz donde estoy.

–Pobre niña mía, es natural; soy un egoísta por convertirte en una reclusa, sólo porque yo odio el mundo. ¿Dejaremos la isla y retomaremos nuestra vida errante?

–Oh, no; me gusta la isla ahora, y no tendría motivo de queja si dispusiera de un joven compañero. Nunca he tenido uno, y no sabía lo agradable que eso resulta hasta hace dos días.

Sus ojos se giraron hacia la puerta abierta, a través de la cual la oscura mole del Gull’s Perch y el bostezante abismo que lo hendía, eran visibles… y de nuevo suspiró. March se volvió hacia donde ella miraba; un ceño empezó a arrugar su frente, pero una emoción suave atemperó su ira, y con una súbita sonrisa, y acariciando la suave mejilla de su hija, dijo:

–Ahora sé cuál es el deseo que te resistes a revelarme, la causa de tu vigilancia diaria desde lo alto de la torre, y el secreto de esos frecuentes suspiros tuyos. Niña tonta, tú quieres que el joven Southesk regrese, pero no te atreves a pedirme que se lo permita.

Ariel volvió el rostro sin reservas hacia su padre, y apoyándose confiadamente en su hombro, respondió con la franqueza que él le había inculcado.

–Me hubiera gustado volver a estar aquí con él, y creo que merezco una recompensa por haberte contado todo lo que sucedió, por conminarle a que se fuera, y por haber sido tan cuidadosa con lo que le dije.

–Difíciles tareas, lo sé, sobre todo la última, para una criatura tan abierta como mi niña. Pues bien, serás recompensada, y si él viene otra vez podrás verlo, y también yo lo haré.

–Oh, gracias, padre mío, es tan amable eso que dices. Pero diríase por tu aspecto que piensas que no vendrá.

–Mucho me temo que se haya olvidado ya de nuestra isla solitaria, y de la pequeña doncella descalza que en ella vio. La memoria de los hombres jóvenes es cosa frágil y traicionera, y la curiosidad, una vez satisfecha, se desvanece pronto.

Pero Ariel negó con la cabeza, como si rehusara aceptar el desafortunado pensamiento paterno, y sorprendió a su padre con un conocimiento de la naturaleza humana, que parecía instintivo o connatural, cuando ella respondió con gravedad, aunque visiblemente esperanzada:

–Estoy convencida de que volverá, sencillamente porque yo se lo prohibí. Él es un poeta, y se entusiasma con cosas que no tienen encanto para el resto de los hombres. Le gustó mi nido, le gustó oírme cantar, y su curiosidad no se vio satisfecha, pues sólo le dije lo suficiente para que quisiera saber más. Tengo la sensación de que vendrá de nuevo, y entonces encontrará que ni la isla está siempre vacía, ni la «pequeña doncella» descalza.

Su despreocupada risa de siempre estalló de nuevo, mirando desde el espejo que reflejaba las brillantes ondas de su cabello, ceñido por una banda de coral rosa, y los pies bien calzados asomando por debajo del dobladillo de su vestido blanco. Su padre la observaba tiernamente, mientras ella le dedicaba una majestuosa reverencia, mostrándose tan alegre y encantadora, que no pudo por menos de sonreír y esperar que su deseo se viese cumplido.

–Pequeña vanidosa –dijo al fin–, ¿quién te ha enseñado a lucir tan hermosa, y dónde aprendiste esos aires de grandeza? No habrá sido de Stern o de mí, de eso estoy seguro.

–¡Cómo!, no miro a través del telescopio y estudio a las bellas damas en vano; al parecer, ya has notado el cambio. Estudio la moda y las costumbres con cierta desventaja, pero soy una buena alumna, me parece. Ahora subiré a mirar y a esperar mi recompensa.

Mientras ella se apresuraba por la escalera de caracol, conducente a la gran

lámpara y al balcón circular voladizo, habló Stern, con la libertad de quien tiene el privilegio de decir siempre lo que piensa:

–La niña está en lo cierto; el joven volverá, y lo que empezó como una travesura crecerá descontroladamente.

–¿De qué travesura hablas? –exigió March.

–¿Acaso crees que podrán verse a menudo sin que él se enamore de ella? –replicó Stern, casi con rabia.

–Déjalo que la ame.

–¿Acaso lo permitirías? ¿Después de ocultarla tan cuidadosamente, dejarías que te la arrebatase ese joven romántico, si es que su fantasía perdura? Estás dando un paso en falso, y te arrepentirás de ello.

–Ya *di* un paso en falso, y me arrepiento de ello; pero éste no lo es. He tratado de mantener a Ariel como si fuera mi niña de antaño, y ella fue feliz así hasta que se convirtió en una mujercita. Ahora nuestra vida sencilla y monótona ya no la satisface, y su corazón anhela aquello a lo que tiene derecho. Yo vivo sólo para ella, y si su felicidad exige el sacrificio de la soledad que amo, no vacilaré un instante: será bienvenida cualquier persona que le procure felicidad, y que promueva cualquier plan que la aparte de la melancolía que me persigue como una maldición.

–¿Entonces estás decidido a dejar que ese joven vuelva si quiere, y a permitir que ella lo ame, como seguramente terminará haciendo?

–Sí; el azar lo empujó hasta aquí la primera vez, y si ahora su determinación lo trae de nuevo, ¡bienvenido sea! He hecho averiguaciones sobre su persona, y estoy más que satisfecho. Tiene prácticamente la misma edad que Ariel, posee recursos suficientes para hacerla feliz, y ya ha despertado un interés inusual en la mente de ella. Más temprano que tarde habré de dejarla; ella está sola en el mundo, y ¿a quién mejor que a un buen marido podría confiársela?

Un rubor de mala sangre había subido al rostro de Stern mientras escuchaba hablar a March, y más de una vez palabras fogosas se agolparon labios adentro, contenidas sólo por sus dientes apretados con sorda desesperación. March se percató de ello, mas lejos de amedrentarle su actitud, pareció reafirmarle en su propósito; aunque no hizo comentario alguno al respecto, y zanjó abruptamente la cuestión, pues cuando Stern empezó a decir…

–Te lo advierto, señor…

March lo interrumpió, argumentando con decisión:

–No quiero oír nada más sobre este asunto; he recibido otras advertencias además de la tuya, y debo tenerlas en cuenta, pues no está muy lejano el día en que tendré que dejar sola a mi niña, a menos que le dé pronto un tutor. Por disparatado que pueda parecer mi plan, es más ventajoso para todos que dejarla libre en el mundo, pues aquí puedo observar a ese joven, y dar a su futuro común la forma que yo deseo. Sé que tratas de ser amable, Stern, pero no puedes juzgarme ni entender a mi niña como yo lo hago. Ahora, déjame solo, es preciso que descanse un poco.

Los negros ojos de Stern ardían con una violenta llama de ira, y, apretando sus fuertes puños para obligarse a callar, abandonó la estancia sin pronunciar una sola palabra; March se introdujo en un cuarto interior, con la expresión de melancolía más profunda que jamás ensombreciera su rostro.

Por un momento la sala abandonada permaneció silenciosa y solitaria, pero al cabo una alargada sombra se proyectó transversalmente sobre el piso soleado, y Southesk apareció en el umbral de la puerta abierta, con una carpeta y un paquete cuidadosamente envuelto bajo el brazo.

Al hacer una pausa para mirar a su alrededor, en busca de alguien a quien dirigirse, el sonido de la voz de Ariel llegó hasta él, y, como si no fuera necesaria ninguna otra bienvenida al lugar, continuó su camino con renovado entusiasmo. Subiendo furtivamente las empinadas escaleras, ascendió por la torre horadada por numerosas aspilleras y, saliendo al fin al balcón voladizo, vio a Ariel forzando la vista a través de un telescopio, dirigido hacia la misma playa que él había dejado hacía poco más de una hora. Mientras aguardaba indeciso, sin saber cómo abordar a la absorta muchacha, ésta dejó caer el telescopio, exclamando tras un suspiro de cansancio y decepción:

–¡No, definitivamente él no está allí! –En el acto se dio la vuelta y… ver a Philip y proferir un gritito de satisfacción, fue todo uno; su rostro se iluminó encantadoramente cuando saltó hacia él, tendiéndole su mano blanca con un gesto tan elegante como impulsivo, y exclamando con alegría:

–¡Estaba convencida de que vendrías otra vez!

Exultante tras recibir una bienvenida tan cordial, el joven tomó la mano que se le ofrecía, y sujetándola tiernamente, le preguntó a ella con ese tono de voz suyo tan persuasivo:

–¿Se puede saber a quién estabas buscando con eso, Ariel?

La muchacha se ruborizó, y ocultando a la vista del joven sus ojos delatores, respondió empero con una expresión de simpática picardía, que resultó fascinante:

–¡Buscaba a Fernando[6]!

–Pues delante de ti lo tienes –respondió Southesk, riéndose de la infantil evasiva–. Aunque me prohibiste regresar, me vi obligado a romper mi promesa, porque inconscientemente contraje una deuda que deseo saldar. Cuando te pregunté por esas bonitas conchas tuyas, no reparé en que colgaban de una cadenita de oro, y después me preocupó pensar que había aceptado un regalo demasiado valioso. Por mucho que desee conservarlas, no me gustaría hacerlo a menos que me dejes corresponderte por ello, así como por la hospitalidad que me prodigaste aquel día. ¿Puedo ofrecerte esto a cambio, junto con mi más sincero agradecimiento?

Mientras así hablaba, había deshecho rápidamente el paquete que llevaba, y puesto en manos de Ariel un hermoso volumen de Shakespeare, delicadamente encuadernado, bellamente ilustrado, y con un pequeño y gracioso poema dedicado a ella, manuscrito en una de las guardas. Tan sorprendida y encantada estaba la joven,

que no pudo por menos de guardar silencio, leyendo los versos de las canciones, echando un vistazo a las páginas ilustradas, y tratando de reunir algunas palabras lo suficientemente expresivas para transmitir su agradecimiento. No halló ninguna medianamente adecuada, pero las lágrimas humedecieron sus ojos, y, con una agradecida cordialidad que reparó con creces al dador, exclamó:

–¡Es demasiado hermoso para mí, y tú eres demasiado generoso conmigo! ¿Cómo supiste que deseaba un libro nuevo, y que habría elegido uno como éste?

–Estoy muy contento de haberlo adivinado: ¡ahora ya puedo considerar de mi propiedad el rosario de la sirena! Pero dime, ¿preguntaste a tu padre si yo podía venir otra vez, o me has dejado a mí esa tarea?

–Yo le cuento todo a mi padre, y cuando hoy de nuevo le hablé de ti, me dijo, para mi sorpresa, que podías venir siempre que quisieras… pero añadió que probablemente te habrías olvidado ya de la isla y de mí.

–Pero tú estabas convencida de que yo no lo había hecho, ¿no es cierto?: ¡bravo por ello! Pues así es; lejos de olvidaros, he soñado con ambas desde entonces, y habría regresado antes de no haber tenido el brazo demasiado débil para remar por mí mismo (¡por nada del mundo me habría dejado traer!) Deseo hacer un boceto de tu nido, para componer algún día unos versos sobre él, y quiero atesorar todos sus detalles. ¿Puedo?

–Estaré encantada de ver cómo lo dibujas, y de leer el poema si es tan dulce como el que me has dedicado en el libro. Creo que me gustan más tus canciones que las de Shakespeare.

–¡Menudo halago!; ahora soy yo el que está encantado. Qué hermoso espectáculo; uno se siente como un pájaro en esta percha suspendida en el vacío. Dime, ¿qué lugares son esos que parecen ciudadelas celestiales bajo esta mágica luz?

Ella le respondió de buena gana, y Philip, plantado a su lado, la escuchaba ensimismado, sintiendo cómo el viejo hechizo lo envolvía mientras la observaba, lustrosa y resplandeciente como un lirio a la salida del sol. Mas su atractivo no descansaba sólo en su belleza; lenguaje, apariencia y maneras, evidenciaban ese refinamiento connatural a la alcurnia, y, a pesar de su sencillo vestido, sus francos modales y el misterio que la envolvía, Southesk advirtió que esta hija del farero era en verdad una gran dama, y por momentos se sintió más interesado en ella.

Al punto, el deseo de bosquejar un pintoresco promontorio no muy lejano, se hizo irresistible para él; y, sentado en el escalón de la estrecha puerta del balcón, dibujó laboriosamente, mirando de vez en cuando a Ariel –apoyada en la balaustrada, hojeando su libro con adorable expresión–, mientras leía una línea aquí y otra allá, cantaba fragmentos de las tonadas que tanto amaba, o hacía una pausa para responder, pues el artista perdía poco tiempo en silencio.

El entorno, la hora y la compañía se adecuaban a su sensibilidad a las mil maravillas, y disfrutó de aquella aventura y de la libertad que le inspiraba, reforzadas ambas por el contraste entre aquel momento, y todo el tiempo perdido entre los

frívolos veraneantes en el gran hotel. Sin pensar en lo que pudiera depararle el mañana, gozó del presente con toda la alegría de su corazón; y sintió que alcanzaba su estado de ánimo más jovial y optimista, mientras sus ojos se daban un festín con la belleza circundante, al tiempo que trataba de plasmar en el papel la grácil figura y el rostro vivaz de su modelo.

Ignorando por completo el propósito del artista, Ariel examinaba su libro con entusiasmo, y al volver una página y dar con una bellísima ilustración de *La tempestad*, exclamó:

–¡Aquí estamos todos! El duque Próspero no es muy diferente a mi padre, pero el príncipe Fernando no resulta tan interesante como tú. Aquí está Ariel columpiándose en una parra, como a menudo hago yo, y Calibán mirándola entretanto como a veces Stern me observa a mí. Él está horrible aquí, sin embargo, y *mi* Calibán no posee un rostro tan desagradable, si uno tiene la suerte de verlo cuando está de buen humor.

–¿Te refieres al deforme hombretón que ha estado vigilándome desde que desembarqué? Me gustaría mucho saber quién es, pero no me atrevo a preguntarte, no sea que reciba otra lección de urbanidad –dijo Southesk con un aire de timidez, desmentido por sus ojos audaces y brillantes.

–No hay necesidad de que preguntes nada, yo misma te lo contaré. Él es el auténtico guardián de faro, mi padre sólo le ayuda un poco en todas sus tareas, porque es aficionado a la vida solitaria. La gente del pueblo, cuando va a tierra firme para comprar todo lo que necesitamos, lo llama «el maestro»; Stern sin embargo, odia ser visto por extraños: ¡pobre alma atormentada!

–Gracias –replicó Southesk, anhelando hacer más preguntas, y alerta ante cualquier insinuación que pudiera iluminarlo, respecto a aquellos peculiares padre e hija.

Ariel volvió a centrar su atención en el libro, sonriendo ampliamente cuando, tras estudiar detenidamente una de las figuras en el grupo retratado, dijo:

–Esta Miranda resulta encantadora, pero ni de lejos es tan majestuosa como la tuya.

–¿La mía? –exclamó Southesk, con tanto regocijo como sorpresa–. ¿Cómo sabes tú que tengo una?

–Ella vino aquí a buscarte –respondió dedicándole una furtiva mirada bajo sus largas pestañas.

–¡Diablos!, ¿eso hizo ella? ¿Cuándo?, ¿cómo? Cuéntamelo todo, pues por mi honor que no sé a quién te refieres –y Southesk soltó el lápiz para escucharla.

–Ayer un pescador trajo a una señorita en su batel, y aunque el empinado camino y la escalera la intimidaron un poco al principio, finalmente se animó a subir, y pidió permiso para visitar el faro. Stern se lo enseñó a fondo, pero no pareció satisfecha con eso, pues escudriñaba a su alrededor como empeñada en inspeccionar cada rincón. Ella hizo muchas preguntas, y examinó el libro de firmas para los visitantes que guardamos abajo. Tú no estabas aquí, pero ella parecía sospechar que habías estado

en algún momento, y Stern le dijo que así era. No es muy propio de él, pero se mostró aceptablemente amable, aunque no le dijo nada sobre mi padre o sobre mí; y tras haber vagado arriba y abajo a sus anchas durante largo rato, la señorita se marchó.

–¿Se trataba de una señorita joven, alta y morena, con ojos hermosos y aire orgulloso? –preguntó Southesk con el ceño fruncido.

–Así es; pero me dio la impresión de que ella podía ser muy dulce y amable cuando se lo proponía; eso me pareció cuando habló de ti.

–¿Te vio ella a ti, Ariel?

–No; me escabullí y me oculté, como siempre hago cuando vienen extraños a la isla, pero yo sí pude verla a ella. Deseaba saber su nombre, y como no lo dijo, yo la llamé «tu Miranda».

–¡Pues no lo es! Su nombre es Helen Lawrence, y me gustaría que ella fuera… –en ese punto se interrumpió, y aunque se lo veía muy molesto, parecía avergonzarse de su tono petulante y, con una sonrisa un tanto desdeñosa, añadió–: ¡menos curiosa! Ella debió de venir mientras yo me encontraba en la ciudad buscando tu libro, pero no me dijo una sola palabra al respecto. ¡Me sentiré como una mosca en una telaraña si sigue vigilándome tan estrechamente!

–¿Cómo es que ella pensaba que habías estado aquí? ¿Le dijiste tú algo? –preguntó Ariel, mirando como si comprendiese claramente los motivos de la señorita Lawrence, y disfrutando al mismo tiempo de la decepción de ésta.

–¡Ese condenado chismoso del doctor Haye!, él me vendó el brazo en el hotel; encontró tu pañuelo, inventó una historia a partir de la nada, y con ello dio de qué hablar a las cotillas del pueblo. Al parecer, las mujeres de la tierra continental no tienen mucha faena, así que han *escrito* una buena novela basándose en mi brazo herido, el pañuelito y tu bonito collar, el cual Haye también alcanzó a ver, aunque brevemente. La señorita Lawrence debió de sobornar al viejo Jack para que le revelase dónde estuve, pues no le dije ni una palabra a nadie; hoy mismo me he conducido de forma tan discreta y sigilosa, que es imposible que nadie me haya seguido hasta aquí.

–Gracias por recordar que no deseamos ser importunados; pero siento mucho que tú sí lo hayas sido, y espero que esa guapa Helen no venga aquí de nuevo. Crees que ella es hermosa, ¿no es así? –preguntó la muchacha, en el tono comedido que con tanto efecto empleaba a veces.

–Sí lo creo; pero ella no es de mi agrado. Me atrae más el espíritu, el carácter, y la variedad de expresiones en un rostro, que el tono de su tez o la belleza de sus facciones. Uno no ve caras como la suya en sueños, o las imagina a su lado frente a la chimenea del hogar conyugal; es una imagen hermosa, sí, mas no la de la mujer con la que yo viviría para siempre, y por la que daría mi vida.

Un rubor suave encendió las mejillas de Ariel al escuchar aquello, preguntándose por qué aquellas palabras sonaban tan dulces en sus oídos. Southesk captó la emoción pasajera, y logró plasmarla a la perfección con un par de ágiles trazos; y haciendo una

pausa para recrearse en su obra, dijo para sí en voz baja:

–¿Qué más necesita?

–Nada… ¡es excelente!

El papel voló de su mano haciendo tornos cuando la grave voz masculina, inesperadamente, respondió a su pregunta; y volviéndose rápidamente, vio a Ralph March de pie a su espalda. Supo en seguida de quién se trataba, pues varias veces había visto pasar por la playa a aquel hombre de rostro severo, toscamente vestido, que iba y venía como si fuera ciego e insensible a la alegría que lo rodeaba. Pero en ese momento, el cambio operado en él habría asombrado al visitante, de no haber sido porque sus conversaciones con Ariel, lo habían preparado para cualquier descubrimiento; y cuando March lo saludó con el aire y las maneras de un caballero, no le delató ninguna expresión de sorpresa. Cumplidas estas formalidades, Philip repitió su deseo de bosquejar las bellezas de la isla, y le pidió permiso para hacerlo. Una sarcástica sonrisa sobrevoló el grave rostro de March, al alzar la vista del papel que había salvado de caer a los desnudos acantilados más abajo; su tono, sin embargo, fue sumamente cortés al responder:

–No tengo derecho a prohibirle a nadie que visite esta isla, aunque su soledad fue precisamente lo que me trajo aquí. No obstante, los poetas y los pintores son privilegiados; así pues, venga usted libremente cuando guste, y si su pluma y su lápiz dan tanta fama a este lugar, que nos vemos obligados a emigrar a otro más apartado, sepa que lo haremos, pues nosotros sólo somos aves de paso.

–Le aseguro, señor, que no habrá necesidad de eso. La soledad de su refugio es tan atractiva para mí como para usted, y ninguna acción o palabra mía destruirá su encanto –Southesk habló con entusiasmo, y añadió, con una anhelante mirada al papel que aún sostenía March–: Me atreví a comenzar por la señorita de la isla, y, con su permiso, lo terminaré cuando usted lo encuentre oportuno.

–Es excelente, y estaría encantado de encargarle una copia, pues muchas veces he tratado de esbozar a este *fuego fatuo* mío, mas siempre sin éxito. ¿Qué magia ha empleado para mantenerla quieta durante tanto tiempo?

–Ésta, padre –y Ariel le mostró orgullosa su libro nuevo; a continuación se asomó por encima del hombro de su padre, y sonrió y se sonrojó al verse a sí misma tan fielmente retratada.

Southesk explicó su trabajo y su técnica, y la conversación no tardó en derivar hacia la poesía, desarrollándose grata y plácidamente, hasta que la creciente oscuridad del crepúsculo, le advirtió al visitante de que ya era hora de marcharse; e ilusionado como nunca antes, remó rumbo a casa para encontrarse a la señorita Lawrence aguardándolo en la playa; mas recogido como estaba en su propia intimidad, pasó rápidamente junto a ella, saludándola de la manera más fría.

A partir de ese día, Philip Southesk llevó una doble vida: una frívola y alegre a la vista de todo el mundo, la otra dulce y secreta como el primer romance de un poeta. Alquiló un cuarto en una casita de pescadores situada en un rincón apartado y

solitario, y pretextando que se había apoderado de él un arrebato de inspiración, se recluía allí cuando lo deseaba, sin provocar comentarios maliciosos ni despertar sospechas. Después de haber comprado el silencio de sus caseros –una afable parejita de ancianos–, en lo que a sus movimientos respectaba, iba y venía con total libertad, y los transeúntes observaban con respetuoso interés los visillos, detrás de los cuales suponían al joven poeta afanándose en sus canciones y sonetos, mientras que, en realidad, vivía éste el poema más dulce que nadie pueda concebir: muy lejos de allí, en la torre del faro u oculto en las sombrías profundidades del nido de Ariel.

Incluso Helen fue engañada de esta manera, pues, consciente de que los suyos eran los ojos más agudos que nadie podía posar sobre él, los cegó efectiva y momentáneamente, transformando gradualmente su anterior indiferencia en una galante devoción; lo cual puede significar mucho o muy poco, pero siempre es halagador para una dama, y doblemente para aquélla que ama y espera ser correspondida. Ciertamente, la compañía de Helen era para él más agradable que la de las atolondradas señoritas y los apáticos caballeretes que lo rodeaban, y creyendo que la reina de varios veranos defendería el corazón al que muchas habían puesto sitio, él disfrutaba libremente del idilio que la estancia veraniega de ambos facilitó, del todo ignorante de las esperanzas y temores que hicieron de aquellos días, los más emocionantes de la vida de *miss* Lawrence.

Mas Stern estaba en lo cierto; llegó un momento en que Philip no podía ver ya a Ariel sin sufrir las acometidas del amor. Durante años, había vagado por el mundo con su corazón inexpugnable; pero al ver ondear el estandarte de su sitiadora, se rindió sin luchar. Vivió esas semanas en un mundo encantado, demasiado feliz para sopesar las consecuencias o sentir temor a verse decepcionado. No había ningún motivo para la duda o la inquietud –ninguna necesidad tampoco de suplicar el amor–, pues la inocente muchacha le entregó su corazón con la generosidad de una niña pequeña, e interpretando el lenguaje de sus ojos, ella respondía elocuentemente con el de los suyos. Fue aquél el idilio de un vate: verano, naturaleza, belleza, inocencia y juventud… todos los elementos prestando sus encantos, sin una sola mácula que empañase su deleite. Ralph March observaba y aguardaba esperanzado, muy complacido por la marcha de los acontecimientos; y viendo en aquel joven al futuro guardián de su hijita, pronto aprendió a quererlo por el bien de ella y por el suyo.

El único nubarrón en aquella apacible solana era el torrero Stern: mantuvo éste en todo momento un silencio sombrío, y parecía conducirse sin prestar atención a cuanto ocurría a su alrededor; mas, si los acantilados hubieran podido hablar, habrían revelado patéticos secretos del hombre solitario que los frecuentaba por las noches, como un espectro doliente; y el mar podría haber contado las lágrimas, amargas como el agua que remueven sus propias olas, destiladas por un corazón fuerte que amaba, y que sabía que su pasión jamás sería correspondida.

El misterio que al principio envolvía a los habitantes del faro, ya no lo inquietaba, pues unas pocas palabras de March al respecto lo satisficieron, convenciéndolo de

que la desgracia y la tristeza hicieron que padre e hija buscaran la soledad, rehuyendo escenarios similares a aquéllos, testigos de su sufrimiento. Un hombre prudente habría preguntado más cosas, pero a Southesk no le importaban cuestiones como la riqueza o la posición social, y con la delicadeza de una naturaleza generosa, temió herir a su anfitrión sondeándolo demasiado íntimamente. Ariel lo amaba; él tenía lo suficiente para todos, y el presente era demasiado dichoso para permitir cualesquiera dudas sobre el pasado… cualesquiera temores respecto al futuro.

* * * *

Así fue el verano desgranando sus días, soleados y serenos, como si las tempestades fuesen desconocidas en aquel mágico reino; y trajo, al fin, la hora en que Southesk pensaba reclamar para sí a Ariel, y mostrar a todo el mundo el tesoro que había encontrado.

Firme en su propósito, acudió a su cita amorosa una dorada tarde de agosto, con la intención de ver a March en primer lugar, de modo que pudiera encontrarse con Ariel investido ya con el consentimiento paterno. Pero el ayudante del farero se había dado al mar, donde a menudo remaba sin rumbo durante horas, y Southesk no halló a nadie más que a Stern, que bruñía afanosamente los grandes reflectores de la lámpara.

–¿Dónde está Ariel? –fue la segunda pregunta del joven, aunque por lo general ésta solía ser la primera.

–¿Por qué me lo pregunta a mí, cuando usted sabe mejor que yo dónde encontrarla? –respondió Stern con rudeza, frunciendo el ceño frente al brillante espejo, que tanto reflejaba su propio rostro como el del feliz enamorado; y demasiado optimista y alegre para resentirse por una respuesta grosera, Southesk se alejó sonriendo para encontrarse con la joven, que lo esperaba en su nido en el abismo.

–¿Qué preciosa obra de arte tiene hoy entre manos, mi creativa e industriosa criatura? –preguntó mientras se arrojaba a su lado con aire de suprema satisfacción.

–Estoy encadenando estas conchas para ti, porque llevas las otras tan asiduamente que no tardarán en soltarse –respondió ella, ocupándose en su tarea con redoblada diligencia, pues algo en la actitud del joven hizo que su corazón latiese con fuerza, y el color de su tez se tornase encarnado.

Philip se percató de ello, y temiendo turbarla pronunciando abruptamente, las ardientes palabras que temblaban en sus labios, optó por guardar silencio durante un momento; pero al cabo miró a la muchacha con ojos apasionados, hasta que Ariel, encontrando aquel silencio más peligroso que las palabras, y mientras miraba un anillo en la mano masculina, que jugaba distraídamente con las conchas multicolores esparcidas sobre su regazo, se apresuró a decir:

–Ese anillo es una joya antigua y curiosa; ¿están tus iniciales grabadas en él?

–No, las de mi padre –y Philip levantó la mano para que ella pudiese verlo mejor.

–«R. M.», ¿dónde está la «S» de Southesk? –preguntó ella, examinándolo con

curiosidad infantil.

–Tendría que contarte una pequeña historia sobre mí mismo para poder explicar eso. ¿Te apetecería escucharla?

–Sí, tus historias son siempre muy agradables de oír; cuéntamela, por favor.

–Entonces, es preciso que sepas que yo nací en el curso de una larga travesía a la India, y que casi muero inmediatamente después del parto. Nuestro barco naufragó en medio de una tempestad, y mi padre y mi madre desaparecieron en el mar; pero, por alguna clase de milagro, mi fiel niñera y yo fuimos rescatados con vida. Al no tener parientes cercanos en el mundo, un viejo amigo de mi padre se convirtió en mi tutor, criándome y educándome con ternura y dedicación; y al morir el buen hombre, me dejó en herencia su nombre, sus apellidos y su fortuna.

–Entonces, ¿Philip Southesk no es tu verdadero nombre?

–No; lo tomé de mi buen amigo y tutor, pues tal fue su última voluntad. Pero tú podrás elegir qué apellido llevarás, cuando permitas que te coloque un anillo más precioso aún que éste, en esa adorable manita que he venido a pedir. ¿Querrás casarte con Philip Southesk o *Richard Marston*, Ariel mía?

Si en ese mismo instante ella se hubiese arrojado al pavoroso abismo, no se hubiera sorprendido más que ante la manifestación que siguió a estas traviesas aunque tiernas y sentidas palabras. Pues la muchacha prorrumpió en una exclamación ahogada, todo el color desapareció de su rostro, en sus ojos el dolor se agudizó hasta rayar en la desesperación, y cuando el joven se acercó a ella, se apartó de él con un gesto de repulsión que perforó su corazón.

–¿Qué tienes? ¿Estás enferma? Dime, ¿te han ofendido acaso mis palabras? Dímelo, querida, y déjame reparar el daño a cualquier costo –exclamó el joven, perplejo por el repentino y alarmante cambio operado en ella.

–¡No, no; es imposible! ¡Ese no puede ser tu nombre! No debo seguir escuchándote. ¡Márchate, vete de una vez y no vuelvas nunca más! Oh, ¿por qué no supe esto antes? –y, cubriéndose el rostro con ambas manos, rompió a llorar desconsoladamente.

–¿En qué podía ayudarte saber que yo te amaba, cuando te lo he demostrado tan claramente? No parecía apenas necesario ponerlo en palabras. ¿Por qué te apartaste de mí con tanto odio? Explícame el porqué de este extraño cambio, Ariel. Tengo derecho a saberlo –exigió angustiosamente Philip.

–No puedo explicarte nada hasta que haya visto a mi padre. Perdóname… Jamás entenderás lo duro que resulta para mí escuchar esto –respondió ella en medio de su dolor, y en su voz se conjugaban el pesar más tierno y la resolución más firme.

–No necesitas a tu padre para que te ayude. Sólo respóndeme si me quieres o no, eso es todo lo que te pido. Habla, te lo suplico.

El joven tomó las manos de la muchacha, e hizo que ella lo mirase. No había lugar a dudas; una sola mirada de Ariel le aseguró lo que ya intuía, pues su corazón habló por sus ojos antes de que pudiera contestar, tan fervientemente como una mujer

adulta, tan inocentemente como una niña:

–Te amo más de lo que puedo expresar con palabras.

–Entonces, ¿por qué este dolor, cuál es la causa de tu terror? ¿Qué he dicho para turbarte de este modo? Dime eso también, y quedaré satisfecho.

Él la había atraído hacia sí mientras la dulce confesión salía de sus labios, y tal era el alivio que aquellas palabras le causaron, que una sonrisa empezó a deshacer su ceño; pero Ariel desterró al punto su alegría al zafarse de su abrazo, pálida y decidida como si el derramamiento de lágrimas la hubiese calmado y fortalecido, y, en un tono que hizo que el corazón de Philip se abismase en el ominoso presagio de algún mal desconocido, dijo:

–No debo responder sin el permiso de mi padre. He cometido una amarga equivocación al amarte, y debo enmendar el error, si es que aún estoy a tiempo. Márchate ahora y vuelve mañana; entonces podré hablar y aclarártelo todo. No, no me tientes con caricias y arrumacos; y no rompas mi corazón con reproches, limítate a obedecerme, y sea lo que sea lo que se interponga entre nosotros, ¡oh, recuerda que yo te querré mientras viva!

En vano fueron todas sus súplicas, preguntas y demandas: algún poder más fuerte que el amor la mantenía firme a pesar del sufrimiento y el dolor del momento. Por fin cedió él a sus exigencias, y, obteniendo de ella la promesa de que temprano al día siguiente, daría descanso a su corazón, se apresuró a marcharse, mortificado por mil temores y vagas dudas.

III

Tras una interminable noche de insomnio, y una o dos horas de inquieta caminata de una punta a otra de la playa, el impaciente enamorado emprendió su aciago viaje, sin que le preocupase en esta ocasión la posible presencia de observadores furtivos, y doblándose sobre los remos como nunca antes lo había hecho. El rosáceo resplandor de las primeras horas del día brillaba sobre la isla, haciendo que sus grises promontorios y sus rocas sombrías y ceñudas, lucieran como un rutilante reino de misterio recién emergido del mar, y Southesk vio en ello un presagio favorable; mas cuando llegó al faro, un súbito temor hizo que se desvanecieran sus optimistas esperanzas, pues éste estaba desierto. La puerta permanecía abierta; no ardía el fuego en el hogar, no sonaban pasos en la escalera; ninguna voz respondió a sus llamadas; y el silencio sepulcral en el interior de la torre le produjo escalofríos.

Gritando los nombres de los habitantes del faro, registró rápidamente cámara tras cámara; e implorando alguna respuesta, se apresuró arriba y abajo como un loco, hasta que una sola esperanza se mantuvo en pie para consolarlo. Ariel podría estar esperándolo en su nido, mas, ¿no le había dicho el día anterior, que debía hablar con su padre en primer lugar?… Asomándose al abismo, alcanzó a ver el rincón más

querido por él sobre la tierra, y recorriéndolo con sus ávidos ojos, sólo halló desolación: la escala de cuerda había desaparecido; las enredaderas, arrancadas de las paredes, cubrían el suelo, donde el pequeño árbol yacía quebrado a la altura del pie; todas las hermosas plantas estaban aplastadas bajo enormes piedras, que alguna mano despiadada había lanzado sobre ellas; y cuanto otrora embelleciera la roca estaba totalmente destrozado, como si un huracán hubiese pasado por allí.

–¡Dios mío! ¿Quién ha podido hacer algo así?

–¡Yo lo hice!

Fue Stern quien respondió; situado en el extremo opuesto de la sima, estudiaba a Southesk con una expresión mezcla de júbilo, odio, y desafiante ferocidad; como si estas emociones, largo tiempo larvadas y reprimidas, hubieran encontrado al fin un resquicio por el que manifestarse abiertamente.

–Pero, ¿por qué destruyó lo que tanto amaba Ariel? –preguntó el joven, retrocediendo involuntariamente un paso ante la atroz figura que se enfrentaba a él.

–Porque Ariel, en efecto, lo hizo con amor, y nadie más gozará de lo que ella ha perdido.

–¿De lo que ella ha perdido? –se hizo eco Southesk, olvidándose de todo, salvo del miedo que lo oprimía–. ¿Qué quiere decir? ¿Dónde está Ariel? ¡Por el amor de Dios, acabe con esta horrible incertidumbre!

–Ella se ha ido para no volver jamás –y al decir esto, Stern sonrió con una expresión de amarga satisfacción, mientras asestaba el golpe fatal al hombre al que tanto odiaba.

–¿Dónde está March?

–Se ha marchado con ella.

–¿Adónde han ido?

–Nunca se lo diré.

–¿Cuándo se fueron, y por qué razón? ¡Vamos, respóndame!

–Al amanecer; y lo hicieron para huir de usted.

–Pero, siendo así que me dejaron venir durante semanas, ¿cómo es que ahora huyen de mí como si arrastrara conmigo una maldición?

–Por ser usted *quien es*.

Preguntas y respuestas habían sido intercambiadas con tanta rapidez, que no dejaron tiempo a ninguna otra sensación que no fuera de asombro y ansiedad. Las últimas palabras pronunciadas por Stern frenaron las impetuosas preguntas de Southesk, que quedó paralizado durante un momento tratando de descifrar la enigmática contestación. Halló de repente una pista, pues al rememorar su último encuentro con Ariel, recordó que fue en éste, cuando por vez primera él le dijo el nombre de su padre. El misterio residía indudablemente ahí; ese conocimiento, y no la confesión de su amor, fue la causa de su extraña agitación, y algún acto desconocido del padre estaba ahora entenebreciendo la dicha del hijo. Estos pensamientos pasaron por su mente como centellas en una noche de verano, y con

ellos llegó el recuerdo de la promesa de Ariel de dar respuesta a sus demandas. Y alzando del pecho la barbilla hundida, como reponiéndose a medias del duro golpe encajado, extendió hacia Stern sus manos implorantes, exclamando:

–¿Es que no dejó una explicación para mí, ni una sola palabra de consuelo, ni de despedida? ¡Oh, sea generoso, apiádese de mí! Deme su mensaje y me iré de aquí, y no volveré a molestarlo nunca más.

–Ariel me pidió que le dijese que ella obedecía a su padre, pero que su corazón sería siempre de usted, y le dejó esto…

Controlando sus emociones con un grandísimo esfuerzo, Stern le dio el mensaje, y lentamente sacó de su pechera un pequeño paquete, que arrojó luego a través del abismo. Cayó éste a los pies de Southesk, quien, tras deshacer el envoltorio, extrajo un largo y ondulado mechón de cabello oscuro que se enredó suavemente entre sus dedos, recordándole con tanta ternura su amor perdido, que por un momento se olvidó de su dignidad y, apartando el rostro, exclamó con voz entrecortada:

–¡Oh, mi querida Ariel, vuelve a mí… vuelve a mí!

–Ella nunca volverá con usted; así que arrójese ahí abajo si quiere, entre las ruinas de su nido, y laméntese por el final de su sueño de amor, como el jovencito romántico que es.

Las crueles palabras del contrahecho farero, y la risa burlona que las rubricó, calmaron más eficazmente los nervios de Southesk que la más afectuosa piedad. Enjugándose las lágrimas se volvió hacia Stern, con una mirada que testimonió cuán providencialmente separaba el abismo a los dos hombres, y respondió en un tono de firmeza inquebrantable:

–No, no me lamentaré por ello; por el contrario, la buscaré y la reclamaré como mía, aunque deba recorrer el mundo hasta que peine canas, o se interpongan mil obstáculos entre nosotros. Le dejo a usted las ruinas y las lágrimas, pues soy rico en esperanza y me guía el amor de Ariel.

Y dicho esto, tomaron cada uno por su lado: Southesk, con la fe de un amante en la amable fortuna, y pletórico de energía juvenil, descendió por los acantilados, y se alejó a través de la reluciente bahía principiando su larga búsqueda; Stern, desesperado por la pérdida de su único compañero, se arrojó sobre el duro lecho rocoso, esforzándose por aceptar la doble desolación que se abatía sobre su mísera existencia.

* * * *

–Una agotadora sesión de remo por la mañana temprano, y a continuación, sin apenas descanso, otra de equitación… ¡nunca más osaremos llamarle *dolce far niente*, señor Southesk! –empezó a decir con voz entrecortada la señorita Lawrence, recién salida de su sesión de acicalamiento matutina, tras atravesar a la carrera el amplio porche del hotel, y encontrarse a Philip a punto de montar su caballo más veloz; pero

cuando él se volvió para inclinarse cortésmente en silencio, la sonrisa desapareció de los labios de Helen, y una aguda ansiedad barrió de su rostro su graciosa y habitual suficiencia.

–¡Cielo santo!, pero ¿qué ha ocurrido? –gritó, desnudando así sus sentimientos ante el demacrado semblante frente a ella.

–He perdido un tesoro muy preciado, y me dispongo a ir a buscarlo. *Adieu* –y se marchó sin decir nada más.

La señorita Lawrence se encontraba sola, pues la campana del hotel había vaciado por completo salones y pasillos, y ella se había retrasado, acariciando al magnífico animal en el establo, y esperando en vano el regreso de su amo. Sus ojos siguieron al temerario jinete hasta que desapareció en la distancia, y cuando llegó de nuevo al lugar donde tuviera aquel atisbo de su rostro alterado, reparó en un objeto caído en el suelo: un pequeño estuche de madera perfumada de la India, primorosamente tallado. Lo recogió, preguntándose cómo era posible que no lo viera caer de su bolsillo mientras montaba –pues no dudaba que fuera de Southesk–, y al abrirlo encontró la clave de sus variables estados de ánimo, y de sus frecuentes ausencias y retrasos.

La cadena de conchas apareció en primer lugar, y examinándola con diligencia femenina, halló letras talladas en el interior de cada una. Diez conchas rosadas: diez delicadas letras formando el nombre de Ariel March. Un papel doblado apareció a continuación: evidentemente, el diseño de una miniatura que haría de medallón para la bonita cadena de conchas, pues en el interior del pequeño óvalo habían dibujado, con el característico entusiasmo de un enamorado, el rostro de una joven; y debajo, con la inconfundible caligrafía de Southesk, como si estuviesen escritas sólo para sus ojos, las palabras: «Mi Ariel». Un largo mechón de cabello oscuro y un pequeño ramillete de flores secas completaban el contenido del estuche.

–He aquí la sirena de la que me habló el viejo Jack; he aquí la musa a la que Southesk ha estado cortejando y, no me cabe duda de ello, el tesoro perdido que ha ido a buscar.

Mientras decía esto en voz queda, Helen hizo un gesto apasionado, como si fuera a romper y a pisotear las reliquias de aquel amor secreto; pero alguna esperanza o propósito la contuvo, y guardándose el estuche, se dio la vuelta para ocultar su angustia en soledad.

«Él regresará a por esto; hasta entonces debo esperar», pensó mientras se alejaba de allí.

Pero Southesk no regresó, pues la pérdida menor quedó sin duda diluida en la mayor, empeñado como estaba en una solemne e infructuosa búsqueda, vagando incansablemente por tierra y por mar. Pasó el verano, y Helen regresó a la ciudad esperanzada aún y aguardando con paciencia femenina alguna noticia del ausente.

No eran pocos los rumores de todas clases que circulaban sobre el joven poeta –y sobre las excentricidades de su genio–, profetizando muchos de ellos una obra inmortal como fruto de tan desatinado y amargo viaje. Pero sólo Helen conocía el

secreto de su inquietud, y al tiempo que se compadecía de su perpetua desilusión, se gozaba en ella, animándose a sí misma con la creencia de que llegaría el día en que, cansado de aquella búsqueda vana, dejaría que ella lo consolase. Y ese día, efectivamente, llegó; pues a finales de la estación, cuando las alegres festividades del invierno estaban a punto de comenzar, Philip Southesk regresó a su viejo refugio; pero tan profundo era el cambio que se había operado en él, que la noticia fue de boca en boca aunando asombro y curiosidad.

El joven no dio más explicación al respecto, que la de una felizmente superada dolencia; sin embargo, no era difícil advertir el padecimiento de su alma. Apático, taciturno y frío, sin rastro alguno de su antigua energía, con una expresión curiosamente vigilante en los ojos y un severo rictus en los labios, como si estuviera constantemente a la espera de algo y sufriese invariablemente una decepción. Esta fue, a grandes rasgos, la misteriosa transformación sufrida por el antaño alegre, elegante y caballeroso Philip Southesk, a ojos de sus paisanos.

Helen Lawrence fue una de las primeras personas en enterarse de su regreso, y también en darle personalmente la bienvenida, pues, para su sorpresa, el joven fue a visitarla al segundo día de su llegada, atraído por los tiernos recuerdos de un pasado con el que ella estaba indisolublemente asociada. Pletórica de alegría y fuerza espiritual al verlo de nuevo, y sintiendo la piedad más dulce por su abatimiento, Helen lució más encantadora que nunca durante aquel inesperado reencuentro. Sin embargo, deseosa como estaba de asegurarse del fracaso que el macilento rostro masculino testimoniaba, no tardó en preguntar, con un convincente tono de afectuoso interés:

–¿Ha tenido éxito en su búsqueda, señor Southesk? Se marchó tan repentinamente, y ha pasado tanto tiempo lejos de aquí, que yo esperaba que el tesoro hubiese sido hallado, y que estuviese ocupado plasmando ese feliz verano en un maravilloso soneto para nosotros.

El rubor encendió brevemente las facciones de Southesk, mas al desvanecerse al cabo, éstas parecieron más pálidas aún que antes, mientras respondía con una vana apelación a la calma:

–Ahora sé que nunca recuperaré lo que perdí; y no, jamás evocaré ese verano en un soneto, pues fue el más triste de mi vida –y en eso, como si quisiera cambiar la dirección de sus pensamientos, dijo bruscamente–: Estoy inmerso ahora en otra tarea, la búsqueda de un pequeño estuche de madera perfumada de la India, que creo haber perdido el día en que la dejé a usted; mas si se me cayó en el hotel o en el camino, no puedo precisarlo. ¿Le suena haber oído algo sobre la aparición de un objeto similar?

–No… ¿Tenía mucho valor para usted?

–Tiene un valor infinito para mí ahora, pues contiene las reliquias de una amiga muy querida que he perdido recientemente.

Helen tenía la secreta intención de mantener en su poder su hallazgo, pero las últimas palabras del joven la hicieron desistir de su propósito, pues un

estremecimiento de esperanza atravesó de parte a parte su corazón, y, tras buscar en el interior de un armario situado a su espalda, puso el estuche en sus manos, diciendo en un tono más suave:

–No oí nada al respecto porque yo lo encontré; me figuré que era suyo, y lo guardé escrupulosamente hasta que usted volviera a reclamarlo, pues yo ignoraba su paradero.

A continuación, con la prudencia propia de una mujer en un asunto tan delicado, lo dejó a solas para que examinase su recuperado tesoro, y, escabulléndose a un cuarto interior, decidió ocuparse de sus flores hasta que el joven se reuniese con ella. Mucho antes de lo que se hubiese atrevido a imaginar, apareció Southesk, con signos visibles de una gran emoción contenida en su rostro, pero con mucha de su antigua impetuosidad de maneras, mientras apretaba la mano femenina y decía amablemente:

–¿Cómo puedo agradecerle esto? Déjeme expiar mi pasada insinceridad confesándole la causa de ello; usted ha encontrado una parte de mi secreto, permítame que yo añada el resto. Necesito un confidente, ¿querría usted ser el mío?

–Con mucho gusto, si con ello lo ayudo o lo consuelo.

Así, sentados uno junto a la otra bajo las fragantes pasionarias, Philip le contó a Helen su historia, y ella lo escuchó con un interés que inconscientemente lo arrastró a confidencias más generosas de lo que pretendía. Cuando hubo descrito las condiciones en las que se produjo su partida, de forma breve pero muy elocuente, pues la voz, los ojos y el gesto le prestaron su magia, añadió, en un tono alterado y con una expresión de patética resignación:

–No es necesario que le cuente con qué celo los he buscado, cuántas veces me creí tras la pista correcta, y con qué frecuencia me equivocaba o la perdía; y sin embargo, con cada decepción se fortalecía mi propósito de buscar hasta lograr mi objetivo, aunque la tarea me llevase años y años. Pero hace prácticamente un mes recibí esto, y entonces supe que mi larga búsqueda había concluido.

Diciendo eso, Philip dejó una desgastada carta en manos de Helen, y con el corazón latiendo aceleradamente, ella la leyó:

> *Mi Ariel está muerta. Déjela descansar en paz y no siga persiguiéndome, a menos que pretenda conducirme a mi tumba como a ella la condujo a la suya.*
>
> *Ralph March.*

Un pedazo de papel, más manoseado y mugriento que el anterior, cayó de un pliegue de la carta cuando Helen la desdobló, y al reconocer la escritura femenina, y sin pedir permiso a su dueño, lo leyó con avidez, mientras Southesk ocultaba el rostro entre sus manos, ignorando que ella tenía ante sus ojos aquella sagrada despedida.

«Adiós, adiós» –decía la nota con letras escritas apresuradamente, medio borradas

por las lágrimas derramadas sobre ellas hacía mucho tiempo–. «He de obedecer a mi padre hasta el final, pero mi corazón es tuyo para siempre. Créeme, y reza, como hago yo, para que sea posible que puedas reunirte de nuevo con tu Ariel.»

Un largo silencio siguió a la furtiva lectura, pues la sencilla y escueta nota había tocado profundamente el corazón de Helen, y aun sin poder dejar de regocijarse en la esperanza que este descubrimiento significaba para ella, era demasiado sensible a las emociones para no sentir lástima por la pobre criatura, que había amado y perdido el corazón que anhelaba. Cuando ella le devolvió a Southesk la carta y la nota oculta entre sus pliegues, alzó hacia su rostro sus ojos acuosos y preguntó:

–¿Está seguro de que esto es cierto?

–No puedo dudar de ello, porque reconozco la caligrafía de ambos, y sé que ninguno de los dos se prestaría a un fraude semejante. No; no me queda más que aceptar la dura realidad, y sobrellevar esta carga como pueda. Mi propio corazón lo confirma, pues cada esperanza que intento revivir muere al cabo de un instante, dejando intacta la triste convicción –fue la exánime respuesta.

Helen volvió el rostro para ocultar la apasionada alegría que lo iluminaba; y en eso, enmascarando su emoción con la simpatía más tierna, se entregó a la dulce tarea de consolar al afligido amante. Tan bien interpretó ella su papel, y tan reconfortante encontró él su amigable y tierna compañía, que Philip volvió a menudo a casa de Helen y ambos compartieron mucho tiempo, pues con ella y solamente con ella, podía hablar de Ariel. La joven nunca lo desanimó ni lo censuró por ello, y escuchaba la enojosa cuestión con paciente resignación, hasta que, por artes sutiles y seducciones imperceptibles, lo apartaba de esos tristes recuerdos, y despertaba en él un saludable interés por el presente. Con habilidad femenina ocultaba su amor –que no paraba de crecer– bajo la apariencia de una cariñosa amistad, que exhibía como muda garantía de que ella no abrigaba ninguna esperanza, pues sabía que su corazón seguía siendo de Ariel. Esto hizo que Philip confiara en ella, mientras que la flamante y suave feminidad exhibida por Helen, en detrimento de su antiguo orgullo, la hacía más atractiva y por ende más peligrosa. Naturalmente, las malas lenguas no tardaron en emparejarlos; y esto apesadumbró a Southesk, pues temía por encima de todo tener que renunciar al único consuelo de su vida solitaria. Sin embargo, Helen se mostró tan indiferente ante esas habladurías, y siguió comportándose con Philip con tan inmutable compostura, que éste acabó por tranquilizarse, y permaneciendo junto a ella, cedió más terreno aún en aquel duelo de corazones.

El verano trajo consigo para el joven poeta un irresistible anhelo de visitar la isla del faro. Helen intuyó este deseo antes de que él lo verbalizara, y, comprendiendo que sería inútil oponerse a ello, apresuró discretamente sus preparativos para viajar al pueblo costero; aunque en otras circunstancias lo habría evitado, pues temía que el viejo encanto reviviera y deshiciese su obra. Tan viva satisfacción se pintó en el rostro de Southesk, cuando ella le anunció su intención de retirarse allí unas semanas, que se marchó tranquila y confiada en que él acabaría siguiéndola a su refugio

veraniego. Así fue en efecto y, resolviendo zanjar la cuestión de una vez por todas, durante su primer paseo por la playa, y en el tono de paciente consideración que ella siempre usaba con él, Helen dijo:

–Sé que tiene muchas ganas de visitar su isla encantada de nuevo, sin embargo, tal vez tema ir allí solo. Si es así, deje que lo acompañe, pues, tanto como deseo verla, jamás me atrevería a internarme sin permiso una segunda vez.

Su voz tembló ligeramente al decir aquello; el primer signo de emoción que había mostrado en mucho tiempo. Southesk, recordando que ya la había engañado una vez, y teniendo en cuenta todo lo que le debía a la joven desde entonces, comprendió lo generosa y amable que ella había sido con él, y este sentimiento de gratitud suavizó sus maneras cuando respondió, volviéndose hacia las barcas que había estado contemplando con nostalgia:

–Qué bien ha sabido entenderme, Helen. Gracias por infundirme el coraje necesario para volver a visitar las ruinas de mi paraíso perdido. Venga conmigo, porque usted es la única persona que sabe lo mucho que he amado y sufrido. ¿Vamos ahora?

«Ciego y egoísta, como todo hombre que se precie», pensó Helen, sintiendo una punzada de dolor, al ver sus ojos despertar y la elasticidad de antaño regresar a sus miembros, mientras caminaba delante de ella. Y no obstante sonrió y continuó, como si estuviera encantada de seguirlo… y un agudo observador podría haber añadido: «paciente y apasionada como toda mujer que se precie».

Pocas palabras se cruzaron entre ambos durante la refrescante travesía. En una ocasión, despertando de un largo ensueño, Southesk hizo una pausa sobre los remos para decir:

–Hoy hace justamente un año desde que vi a Ariel por primera vez.

–Y desde que me dijo que su destino era hacerse a la mar… –y Helen suspiró involuntariamente mientras comparaba al hombre que tenía ante ella, con el feliz soñador que le sonrió aquel día de verano.

–Así es, e incluso parece haber llegado esa hora en la que todo puede ganarse o perderse –respondió, sin imaginarse siquiera que durante la hora siguiente, comprobaría, más exactamente que en cualquier otra en el pasado, lo acertado de su profecía.

Cuando desembarcaron en la isla, Southesk le dijo a Helen con tono suplicante:

–Espéreme en el faro, por favor; debo visitar el abismo solo, y preferiría no encontrarme a Stern, si puedo evitarlo.

–¿Por qué no? –preguntó extrañada la joven.

–Porque él amaba secretamente a Ariel, y nunca pudo perdonarme que yo fuese correspondido por ella, y él no.

–Comprendo ese sentimiento y me compadezco de él –murmuró la joven, y con un tono de inusual ternura, añadió–: Vaya entonces, Philip; yo estoy acostumbrada a esperar.

–Y yo le estoy agradecido por ello.

La mirada que Southesk le dedicó, hizo que el corazón de la joven brincase en su pecho, pues él nunca se había inclinado así sobre ella antes; sin embargo, temía que el recuerdo avivado de su amor perdido lo agitase, y alimentase quién sabe qué sueños quiméricos, en vez de esa incipiente pasión hacia ella; y se habría retorcido las manos de desesperación, de haber sabido que, mientras Southesk atravesaba los acantilados a grandes zancadas, con tanto entusiasmo como cuando Ariel lo aguardaba en su nido, ella había sido ya olvidada por completo.

Encontró el nido vacío, pero le sorprendió ver que parte de su antigua belleza había sido restaurada, pues los peñascos que la arruinaran no estaban ya a la vista, las plantas y enredaderas pugnaban por revestir de nuevo el lugar, y la escala rota había sido reemplazada por otra nueva.

«Pobre Stern, debió de arrepentirse de su acto desesperado, y ha tratado de reconstruir el hermoso nido como un homenaje a la memoria de Ariel», pensó Southesk; y tras descender por la escalera de cuerda, se arrojó sobre el musgo recién amontonado y se entregó de nuevo a su feliz ensueño; y en su fantasía, Ariel estaba junto a él.

Por fortuna para él, no vio el rostro iracundo que en ese preciso instante se asomaba al borde del abismo; Stern, pues de él se trataba, lo observaba con el aire de un hombre que se ha abandonado a la más negra desesperación. El odio de antaño lo poseía ahora con redoblada violencia, y alguna nueva causa de animadversión parecía espolearlo con un temor oculto. Más de una vez se levantó de un salto y miró ansiosamente detrás de él, como si no estuviera solo; más de una vez acariciaron sus manos vigorosas alguna pesada piedra cercana, como si estuviese tentado de arrojarla por el precipicio; y más de una vez apretó sus dientes, como una criatura salvaje que acecha a un enemigo más fuerte, que se aproxima para arrebatarle su presa.

La marea estaba subiendo rápidamente, el cielo se cubría de nubes tormentosas, y los vientos de la tempestad empezaban a rugir; mas aunque Southesk lo vio y lo escuchó, no lo tomó en consideración; Stern, por el contrario, encontró esperanza en el temporal que se avecinaba, pues el genio maligno de la tempestad que agitaba su alma, le mostraba cómo convertir los elementos en sus aliados[7].

–¡Señor Southesk!

Como si una pistola hubiese sido disparada a unas pulgadas de su oído, Philip se levantó de un salto y vio a Stern plantado junto a él, con un aire de patética humildad que lo sorprendió más que la visión de su pelo ralo y gris y su rostro demacrado. La compasión desplazó al resentimiento en el corazón del joven, y ofreciéndole su mano, y olvidándose generosamente de sus palabras de despedida, le dijo:

–Gracias por el cambio que ha realizado aquí, y perdóneme que haya vuelto a disfrutar de esto una vez más, antes de marcharme para siempre. Los dos amábamos a Ariel; podemos consolarnos mutuamente.

Una sombra repentina veló el rostro coriáceo del farero, que exhaló un largo

suspiro mientras escuchaba, y apretando un puño oculto tras él, le tendió la otra mano a Philip, respondiendo con el mismo tono contenido y esquivando su mirada…

–Entonces… ¿Usted lo sabe, y trata de resignarse como hago yo?

Los labios de Philip se entreabrieron para responder, pero las palabras no surgieron, pues un sonido débil y lejano –la voz de una mujer que cantaba– llegó hasta sus oídos:

El cielo es puro, blanda la arena;
la hermosa playa venid a hollar;
venid formando dulce cadena;
los vientos callan cerca del mar.

Southesk palideció, creyendo por un instante que el espíritu de Ariel había regresado para darle la bienvenida; pero el cambio operado en el semblante de Stern, y la expresión de rabia y desesperación que ardía en su mirada, lo traicionaron. Asiendo fuertemente el brazo del farero, el hombre más joven, temblando con un repentino convencimiento, exclamó:

–¡Usted me mintió, ella no está muerta!

Qué ígneo meteoro galvanizó el corazón de Stern, en el instante en que ambos hombres se encararon en silencio, sería imposible decirlo, pero con un esfuerzo que sacudió el cuerpo membrudo y corcovado, se hizo a un lado y contuvo el deseo vehemente de arrojar a su rival al abismo. Un reflejo, un ángel desconocido, fosforesció en su cerebro calmando su turbulenta naturaleza como un hechizo; y asumiendo el aire de alguien derrotado, dijo lentamente:

–He perdido, lo admito; confieso que le mentí, pues March nunca envió la carta que le di. Yo la falsifiqué, sabiendo que le daría crédito si adjuntaba la nota que Ariel le dejó hace un año. No pude dársela entonces, pero la conservé junto con la mitad del mechón de su cabello. Usted los siguió a ellos, pero yo lo seguí a usted, y en más de una ocasión frustré sus planes cuando casi los había alcanzado. A medida que el tiempo pasaba, su persistencia y el sufrimiento de su hija iban ablandando a March; al percatarme de ello, traté de detenerlo a usted con la noticia de la muerte de Ariel.

–Gracias a Dios que he venido, de lo contrario nunca la habría recuperado. ¡Renuncie a ella, Stern; Ariel es mía y la reclamo!

Southesk se volvió dispuesto a saltar hacia la escala, sin otro pensamiento que llegar hasta Ariel; pero Stern lo detuvo, diciendo con sombría reticencia:

–Usted solo no podrá encontrarla, porque ella no ha vuelto a venir aquí desde que regresó a la isla; ahora se sienta más abajo, junto a la cuenca donde usted la vio por primera vez. Puede alcanzar ese lugar descendiendo por los peldaños que yo mismo he labrado. Si usted duda de mí, escuche…

El joven obedeció al farero, y cuanto más fuerte soplaba el viento sobre el abismo, más claro y dulce le llegaba el sonido de la voz amada. Southesk ya no

vaciló, balanceándose temerariamente hacia abajo, fue seguido al punto por Stern, cuyos ojos negros brillaban con siniestra luz, mientras vigilaba los ágiles movimientos de la figura que descendía por debajo de él. Cuando llegaron a la cuenca, rebosante de agua por el ascenso de la marea, encontraron el volumen de Shakespeare que su amante le regalara, además del pequeño peine de nácar que tan bien conocía Philip… pero Ariel no se encontraba allí.

–Debe de haberse metido en la cueva en busca de esas algas y conchas que tanto le gustaban a usted. Yo lo esperaré aquí; ahora ya no me necesita.

Una vez más, el joven Southesk se detuvo a escuchar atentamente: Sí, ¡ahí estaba la voz de nuevo! Y, sin pensarlo dos veces, se dispuso a seguirla; entretanto, Stern, sentado en un fragmento de roca apartado del resto, apoyaba la cabeza con desánimo sobre su mano, como si su trabajo hubiese concluido.

La cueva, erosionada por la incesante acción del oleaje durante la pleamar, horadaba la roca siguiendo una sinuosa trayectoria a través del acantilado, desembocando en el extremo opuesto con una abertura menor. Echando un rápido vistazo a los húmedos rincones a ambos lados, Southesk se apresuró a través de aquel pasaje, que gradualmente se hacía más bajo, más estrecho y más oscuro; pero Ariel no aparecía, y, deteniéndose en un recodo, la llamó en alta voz. Eco tras eco fueron llevándose el nombre, enviándolo como un susurro de uno a otro rincón, de una a otra grieta; mas ninguna voz humana respondió, aunque la canción seguía oyéndose de forma intermitente, sobre el viento que soplaba a través del túnel.

«Ella se ha aventurado a contemplar el hirviente oleaje en la Caldera del Kelpie[8]. ¡Imprudente muchacha, he de castigar su irreflexión con un beso!», pensó Southesk sonriendo traviesamente, mientras inclinaba su alta cabeza, y buscaba a tientas su camino hacia la abertura más pequeña.

La alcanzó al fin, y al asomarse y mirar hacia abajo, vio una masa irregular de abruptas rocas, sobre las cuales y entre ellas las grandes olas golpeaban y espumaban oscuras y turbulentas, excitadas por la proximidad de la tempestad. Mas tampoco aquí halló rastro alguno de Ariel, y mientras permaneció allí plantado, percibió con más claridad que nunca el sonido de su voz, aunque ahora parecía provenir de algún lugar por encima de él.

–Ella no ha estado nunca aquí, sino que ha trepado por el Gull’s Perch para contemplar el cielo tormentoso, como solíamos hacer juntos. He perdido todo este tiempo. ¡Condenada sea la estupidez de Stern!

Consumido por la fiebre de su impaciencia, volvió sobre sus pasos, deteniéndose de pronto al encontrarse sus pies con una balsa de agua, que no estaba allí cuando entró.

–¡Ah!, la marea está más alta de lo que pensaba. ¡Gracias al cielo mi Ariel no está aquí! –se dijo, apresurándose a doblar una cerrada curva, al extremo de la cual esperaba ver la entrada de la cueva abierta ante él.

¡Mas no fue así!

Un voluminoso y pesado peñasco había sido removido de su sitio, cegando eficazmente la abertura; tanto de hecho, que sólo permitía el paso de un débil rayo de luz a aquella tumba para los vivos. Un horror paralizante se apoderó de Southesk en los primeros momentos, pensando en la espantosa muerte a la que se enfrentaba; al cabo pensó en Stern, y en el paroxismo de su ira se abalanzó sobre la roca, con la esperanza de poder desplazarla y dejar expedita la entrada. Pero la inmensa fuerza de Stern había obrado maravillas; y mientras su víctima luchaba en vano, ola tras ola rompían contra la piedra, empotrándola más firmemente aún, aunque dejando suficientes resquicios para que las aguas amargas fluyeran, con su promesa de muerte para el hombre condenado, a no ser que la ayuda llegase rápidamente desde el exterior.

Southesk no desistió de su infructuosa tarea hasta que el agua, avanzando rápidamente con la creciente del mar, lo obligó a retroceder; sólo entonces, empapado, magullado y sin aliento, se retiró hasta la abertura menor, albergando aún la débil esperanza de poder escapar por allí. Inclinándose sobre la Caldera, vio que el acantilado se hundía profundamente en escarpa, y comprendió al instante que un salto al agua resultaría fatal. Mirando hacia arriba, hasta donde alcanzaba su vista, la cara de la pared ofrecía puntos de apoyo sólo practicables para las aves. Gritó y gritó hasta que la cueva resonó, pero no obtuvo ninguna respuesta, aunque oyó cómo la canción de Ariel empezaba de nuevo, pues el mismo viento que traía su voz apartaba de ella la suya. No había esperanza sino a condición de que Stern cediese, y siendo como era un ser humano, lo habría hecho, de haber podido ver la honda desesperación que se apoderó de su rival mientras yacía esperando la muerte, en tanto que muy por encima de él, la muchacha a quien amaba cantaba, ignorante del drama, una canción que él mismo le enseñó: una delicada y fantástica tonada que sonaba para él como una elegía.

* * * *

Una vez sola, Helen se dirigió hacia el faro, entró en él y miró a su alrededor con un renovado interés. La habitación principal estaba vacía, pero en otra cámara, a través de una puerta entreabierta, vio a un hombre sentado a una mesa llena de papeles. Parecía haber estado escribiendo, pero la pluma había caído de su mano, y así recostado en su silla dijérase que estaba profundamente dormido. Tenía el rostro vuelto hacia la puerta; sin embargo, no pareció oír a la mujer mientras se internaba en el cuarto, y cuando al fin habló ésta, el desconocido no se agitó ni respondió. Algo en la postura y el mutismo del hombre la alarmó sobremanera; involuntariamente, se adelantó y puso su mano sobre la de él: Estaba fría como el hielo, y el rostro que ella viera no poseía ningún signo de vida. Tranquilo y relajado, como si la muerte se hubiese presentado sin dolor ni miedo, yacía allí con su mano muerta sobre el papel, sobre el que algún impulso irresistible lo había incitado a escribir. Los ojos de Helen

se posaron en el papel, y a pesar de la conmoción sufrida, un solo nombre escrito allí le hizo coger la carta –pues tal cosa era– y devorar su contenido, no sin temblar ante su impulso y el mudo testigo de su lectura.

Al señor Philip Southesk:

Sintiendo que mi fin se acerca, y atormentado por el presentimiento de que será súbito –y quizá solitario–, me propongo escribirle lo que espero decirle de viva voz si el tiempo me lo permite. Hace treinta años su padre de usted fue mi amigo más querido, pero ambos amábamos a la misma hermosa mujer y fue él quien finalmente ganó su corazón –injustamente creí yo–, y en la apasionada decepción del momento, juré solemnemente odio eterno al ingrato y a toda su descendencia. Nos separamos en aquel momento y nunca más volvimos a encontrarnos, pues las siguientes noticias suyas que tuve, fueron las de su muerte. Abandoné el país y durante años vagué por el mundo de un lado a otro; por tanto no tuve noticia alguna de su nacimiento, y nunca imaginé que fuese usted el hijo de Richard Marston, hasta que lo supe a través de Ariel. Mi esposa, como su madre de usted, murió al nacer mi hija. Yo la crié y la eduqué con celo medroso y desconfianza al exterior, porque ella lo era todo para mí, y yo la amaba con toda la intensidad de un corazón solitario… hasta que usted apareció; decidí entonces que usted podría hacerla feliz. Yo sabía que mi vida estaba llegando a su fin; por eso confié en usted y le dejé el camino expedito hacia ella. Luego me enteré de su verdadero nombre, y aun a riesgo de romper el corazón de mi hija, mantuve mi pecaminoso juramento. Desde hace un año usted nos ha seguido con paciencia inagotable; durante ese tiempo la culminante juventud de Ariel me ha estado rogando en silencio, y yo he luchado para endurecerme a mí mismo contra ambos. Pero el amor ha acabado por someter al odio, y plantado ya ante el umbral de la muerte, veo los pecados y la insensatez del pasado. Me retracto y me arrepiento de mi juramento, libero a Ariel de la promesa que tan injustamente le exigí, la entrego libremente al hombre que ella ama, y que Dios le guarde a usted muchos años como la guarda a ella.

Ralph March, junio…

En este punto la escritura se emborronaba de tal modo, que la fecha resultaba ilegible; pero Helen reparó solamente en las últimas líneas y su mano crispada se cerró sobre el papel, sabiendo que le resultaría imposible renunciar a él. Olvidándolo todo, salvo que ella tenía la suerte de su rival encerrada en un puño, cedió a la terrible tentación y, ocultando el papel en su seno, se alejó como una criatura culpable, para buscar a Southesk e impedir que descubriese que la muchacha vivía… si es que no era ya demasiado tarde.

El joven no se hallaba a la vista, y cruzando la tosca pasarela que salvaba el abismo, se atrevió a llamarlo conforme rodeaba la base del altísimo farallón, conocido como Gull’s Perch. Una voz suave le respondió, y tras doblar un agudo saliente rocoso, se encontró con una jovencita que estaba sentada, sola, mirando hacia la Caldera del Kelpie, en cuyo fondo tan rabiosamente espumaba el mar. Ella se había girado con una mirada de asombro al oír un nombre familiar, y cuando Helen hizo una pausa para recuperar el aliento, Ariel –pues de ella se trataba–, con un tono a medio camino entre la súplica y cierta altanería, preguntó:

–¿Por qué llamas a Philip? Dime, ¿acaso está él aquí?

Guiada por el mismo impulso que la hiciese ocultar la carta en su pecho, Helen habría respondido que no, fiándolo todo al azar; mas ahora, convencida como estaba de que la muchacha mantendría su promesa, con mayor fidelidad con la que su padre había mantenido su juramento –a no ser que él la hubiese absuelto a ella de palabra–, respondió:

–Sí, pero yo te imploro que eludas encontrarte con él. Él cree que estás muerta; ha aprendido a amarme y es feliz ahora. No destruyas mi esperanza, robándome el premio que tan duramente he ganado, pues no podrías conseguirlo a menos que rompieses la solemne promesa que le hiciste a tu padre.

Ariel se cubrió el rostro, como si Helen no hubiese confesado sino la pura verdad; pero el amor pugnaba por ser oído, y, extendiendo sus manos hacia Helen, Ariel exclamó:

–No me interpondré entre vosotros dos: mantendré la palabra dada; pero déjame verlo tan sólo una vez, y no pediré nada más. ¿Dónde está él? Puedo echarle una mirada furtiva sin ser vista; entonces podrás llevártelo para siempre, si así ha de ser.

Tratando de silenciar los reproches de su conciencia, y aun pensando sólo en su propósito, Helen decidió no rechazar esta apasionada súplica, y, señalando hacia el abismo, dijo con ansiedad:

–Philip fue a ese lugar que tú hiciste y que tan querido era para él, pero no alcanzo a verlo ahora, ni tampoco responde cuando lo llamo. ¿Puede haber caído por ese precipicio?

Ariel no contestó, pues se encontraba al borde del abismo, tratando de escrutar su negrura con ojos que ninguna tiniebla podía velar. No había nadie allí, y ningún sonido contestó a la suave llamada que escapó de sus labios, a excepción del incesante batir de las olas muy por debajo de ella. Volviendo la vista hacia la cuenca, movida por el repentino recuerdo del precioso libro dejado allí, comprobó, con asombro, que la piedra que escogiera para sentarse había desaparecido, y que la boca de la caverna estaba cegada. El sombrero de Stern, sin embargo, se encontraba cerca de aquélla, y cuando su mirada reparó en él, un súbito escalofrío de horror la sacudió, pues él la había dejado con la intención de regresar después, y ni había llegado ni estaba tampoco a la vista.

–¿Has visto a Stern, el farero? –preguntó la muchacha, agarrando a Helen del

brazo con el semblante pálido y conturbado.

–Lo vi subir la escalera como si fuera a vendarse sus manos, que estaban sangrando. Parecía empapado y furioso, y, como él no me vio, yo no le dije nada. ¿Por qué me lo preguntas?

–¡Porque temo que haya encerrado a Philip en la cueva, donde la marea lo ahogará! Sé que es demasiado horrible para poder creerlo, ¡pero tengo que estar segura de que no ha sido así!

Dando media vuelta voló hasta el asiento que había abandonado, y tendiéndose perpendicularmente al borde del acantilado, gritó el nombre de su amado hasta quedar ronca y temblorosa por el esfuerzo. En una ocasión, un ruido débil pareció querer responder a sus llamadas, pero el viento se llevó con él el sonido, y Helen esforzó en vano sus oídos para captar alguna sílaba de la respuesta. De pronto, Ariel se levantó de un salto y grito:

–¡Ahí está él! ¡Veo el aleteo de su pañuelo! Ayúdame y lo rescataremos.

La muchacha había desaparecido mientras así hablaba, y antes de que Helen pudiese adivinar su propósito o calmar sus propios nervios, Ariel estaba de vuelta arrastrando la escalera de cuerda, que arrojó al vacío y dejó colgando, y comenzó a rasgar la manta escocesa sobre la que había estado sentada.

–Es demasiado corta, e incluso esas tiras no son lo suficientemente largas. ¿Qué puedo añadir yo para ayudarte? –exclamó Helen, echando un vistazo a las frágiles sedas y muselinas que componían su vestido.

–No puedes darme nada, y no hay tiempo para ir en busca de ayuda. Alargaré la escala con lo que tengo a mano.

Recogiéndose el cabello que el viento pegaba a su rostro, y enrollándose en el brazo la improvisada soga, Ariel se deslizó por el borde del acantilado, y sin inmutarse por el grito de alarma de Helen, se descolgó con pies cautelosos a lo largo de un peligroso itinerario, donde un paso en falso sería para ella el último de su vida. Hacia la mitad del camino de descenso, sobresalía una cornisa en la que otrora creciera un árbol; el pino estaba caído y astillado, pero las raíces se mantenían firmemente ancladas a la tierra, y a éstas aseguró Ariel la escala, con una piedra colgada en el extremo inferior, para evitar que el viento la bambolease alejándola de la abertura en la roca. Cayó recta como una plomada, y durante un momento ninguna de las mujeres respiró; al cabo ambas profirieron un grito, pues las cuerdas de la escala se tensaron, como si unas manos desconocidas probaran la resistencia de aquel frágil medio de salvación.

Tras otra pausa de insoportable incertidumbre, un hombre surgió de súbito de la oscura cueva más abajo, y abalanzándose sobre la escala, ascendió rápidamente por ella sin que pareciera importarle el vendaval, que pugnaba por arrancarlo de su asidero; ni el mar hambriento, que lo salpicaba con su espuma; ni las tiernas raíces que a duras penas aguantaban su peso; ni las manos heridas que marcaban con sangre su camino ascendente… pues sus ojos estaban fijos en Ariel, y en su rostro –que la

proximidad de una muerte cruel había dejado exangüe–, brillaba una expresión más luminosa que una sonrisa, conforme se aproximaba a la valiente joven que apelaba a todas sus fuerzas para salvarlo: manteniendo un brazo alrededor del pie del árbol, y asiendo con el otro la escala de mano, desafiando a cuantos peligros la acechaban.

Arrodillada al borde del acantilado, Helen fue muda testigo de este penúltimo acto del drama; y una vez estuvo Philip a salvo sobre la cornisa, con Ariel refugiada entre sus brazos, su corazón se impuso a su voluntad, y su remordimiento fue el heraldo de la justicia; pues el amor ansiaba ennoblecerse a sí mismo mediante el sacrificio, y cuanto era verdadero y tierno en la naturaleza de Helen, abogó por la rival que se había ganado su felicidad a tan alto coste. Una aguda punzada, un instante de desesperación, seguidos de una renuncia sincera y de un olvido absoluto, y la tentación de Helen devino en un acto de abnegación que la redimió del pecado de una mala hora.

Lo que pasó a continuación, más abajo sobre la cornisa, ella nunca lo supo, mas cuando los jóvenes amantes alcanzaron el borde del abismo, agotados aunque sonrientes, Helen le entregó la carta a Southesk, y puso su mano sobre la cabeza de Ariel con un gesto suave y solemne, cuando, con una expresión que embelleció sobrenaturalmente su rostro, dijo:

–Has conquistado su corazón y sólo tú mereces conservarlo, pues has demostrado más nobleza que yo. Perdóneme, Philip; y en sus momentos más felices, recuerde que, aunque me vi tentada, me resistí, con la esperanza de hacerme más digna de su amistad.

Antes de que la señorita Lawrence acabara de hablar, Philip, con el primer vistazo que echó a la carta, comprendió su significado; y Ariel lo adivinó por el gesto del semblante de su amado, antes de que ella, también, leyese las palabras que la liberaban. Pero las lágrimas de alegría de la muchacha, se convirtieron en lágrimas de dolor cuando Helen la interrumpió suavemente, para comunicarle la triste noticia de la muerte de su padre; y con tanta ternura se aplicó a consolarla que, por la bendita magia de su empatía, toda amargura fue desterrada de su corazón dolorido.

Cuando los tres se dieron la vuelta para alejarse del pavoroso acantilado, Stern se enfrentó a ellos con un aspecto que intimidó incluso al corajudo Southesk. Conduciéndose con la desesperada calma de quien ha jugado su última carta y ha perdido, los miró fijamente durante un tenso momento; entonces, con un gesto demasiado súbito para ser advertido y evitado, arrebató a Ariel de las manos del joven, la besó apasionadamente, la apartó luego de su lado, y se retiró de un salto hasta el borde mismo del precipicio; encarándose con Philip, mientras señalaba hacia el furioso vórtice en el fondo, dijo, con un tono de hondo desprecio en su voz:

–¡Es usted un cobarde! No se atrevió a acabar con su vida cuando todo parecía perdido; por el contrario, esperó a que una mujer lo salvara. ¡Yo le enseñaré cómo muere un hombre valiente! –y pronunciada la última palabra se precipitó al vacío[9].

* * * *

Muchos años han transcurrido desde los acontecimientos narrados; Ariel ha sido durante este tiempo una esposa feliz, el apellido Southesk no ha dejado de circular de boca en boca, y la vida de Helen Lawrence, aunque solitaria, ha discurrido serena y alegre.

La leyenda del faro, sin embargo, continúa; la sombra de Stern aún embruja la isla, pues los actuales guardianes del faro hablan de un espectro desvaído y doliente, que merodea día y noche entre los acantilados y las cavernas abiertas al mar. A veces ellos lo ven, recortada su silueta contra el fuerte resplandor de la lámpara, asomado al balcón voladizo y escudriñando la negrura de la noche, como si vigilase y esperase divisar algún navío en lontananza. A menudo, quienes visitan la Caldera del Kelpie se sobresaltan al vislumbrar los rasgos tenues de un rostro oscuro y rugoso, con expresión de honda desesperación, que parece elevarse y burlarse de ellos con sobrenatural desprecio. Y se dice que en ocasiones, una forma vaga es entrevista revoloteando en el abismo, irradiando un halo de amor y anhelo infinitos, mientras se desvanece en la suave penumbra del nido de Ariel.

El pequeño Gulliver

Casi en lo más alto del faro vivía el pequeño Davy, junto al viejo Dan, el farero. La mayoría de los muchachos de los alrededores, habría encontrado aquella vida muy solitaria, pero Davy contaba con tres buenos amigos, y se sentía tan feliz con ellos como largos eran sus días. Uno de los amigos de Davy era el gran quinqué de la lámpara del faro, que era encendido a la puesta de sol, y se mantenía ardiendo durante toda la noche, para guiar a los barcos hasta la bocana del puerto. Para Dan no era más que una lámpara; pero al chico le parecía ésta un ser vivo, y la amaba y cuidaba fielmente. Cada día ayudaba al viejo Dan a recortar la gran mecha, a pulir los reflectores de bronce, y a lavar el farol de cristal que protegía la llama. Y cada noche subía a verla encendida, e invariablemente se dormía con este pensamiento: «No importa cuán oscura o desapacible sea la noche, mi buen Resplandor guiará a los barcos que pasan, y arderá sin descanso hasta el alba».

El segundo amigo de Davy era Nep, el perro Terranova que, procedente de un naufragio, fue un buen día arrastrado hasta la orilla, sin que haya salido de la isla desde entonces. Nep era grande y robusto, pero tenía un corazón tan noble y fiel, que nadie podía mirar sus ojos castaños y no confiar en él. El animal seguía los pasos de Davy durante todo el día; dormía a sus pies toda la noche; y más de una vez había salvado la vida del chico, cuando éste cayó entre las rocas o quedó atrapado por la creciente del mar.

Su tercer amigo, y quizá el más querido por él, era una gaviota. Davy la había encontrado con un ala rota, y cuidó de ella con esmero hasta que se recuperó por completo; entonces, y a pesar del cariño que sentía por el «pequeño Gulliver[10]» –como él la llamaba en broma–, la dejó marchar. Pero el ave nunca se olvidó del muchacho, y cada día volvía para hablar con él; le contaba todo tipo de historias increíbles sobre sus andanzas por tierra y mar, entreteniéndole así durante muchas horas, que de otro modo habrían resultado muy aburridas.

El viejo Dan era el tío de Davy; era éste un hombre hosco y sombrío, que hablaba muy poco, cumplía escrupulosamente con su cometido, y hacía las veces de padre y madre del muchacho, que era huérfano y no tenía amigos más allá de la isla. Ésta constituía para Davy todo su mundo, y allí llevaba una vida plena y tranquila entre sus compañeros de juego, los vientos y las olas. Rara vez iba a tierra firme, a escasas tres millas de distancia, porque se encontraba más a gusto en su casa. Observaba a las anémonas de mar abiertas bajo del agua, que se le antojaban plantas del país de las hadas, brillantes y extrañas como son; encontraba curiosas y bonitas conchas y caracolas, y a veces los más valiosos tesoros procedentes de algún naufragio, arrojados por la marea; veía pequeños cangrejos, feas langostas amarillas y raros cangrejos herradura con sus colas rígidas. A veces una ballena o un tiburón nadaban en los alrededores, y con frecuencia lustrosas focas negras se acercaban a tomar el sol

en las cálidas rocas. Reunía preciosas algas marinas de todas clases, desde las diminutas *telarañas* rojas, a las algas pardas cuyas grandes hojas festoneadas eran más altas que él. Escuchaba a las olas estrellarse y rugir incesantemente, y a los vientos aullar o suspirar sobre la isla; y las gaviotas graznaban con voz estridente, mientras se lanzaban y zambullían, o planeaban más allá para escoltar a los barcos que iban y venían de todas partes del mundo.

Junto a Nep y Gulliver recorría su pequeño reino mágico: nunca se cansaba de sus maravillas; o bien, si la tormenta se desataba, se sentaba en la torre, seco y seguro, a contemplar la confusión del mar y el cielo. A menudo, en las largas noches de invierno, permanecía despierto escuchando el viento y la lluvia, que hacían vibrar la torre con su furia; pero jamás sintió miedo, pues Nep se acurrucaba a sus pies, Dan se sentaba cerca de él, y por encima de todos, en la oscura noche, brillaba la gran lámpara, para confortar y guiar a todos los vagabundos del mar.

Cerca de la torre colgaba la campana de niebla, la cual, estando con toda su cuerda, sonaba durante toda la noche a modo de advertencia. Un día, el viejo Dan descubrió que un elemento del mecanismo de la campana estaba roto; y, después de haber intentado en vano arreglarlo, decidió ir a la ciudad para comprar la pieza que necesitaba. Él, normalmente, iba una vez por semana a la tierra continental y dejaba a Davy en la isla, pues durante el día no había casi nada que hacer, y al chico no le daba miedo quedarse solo.

–Un denso banco de niebla se está acercando a la costa; necesitaremos la campana esta noche, y debo salir inmediatamente. Estaré de vuelta antes de que anochezca, por supuesto; así que te dejo al mando, muchacho, ¡cuida bien del faro! –se despidió Dan.

El farero se alejó remando en su pequeño bote; y la niebla se cerró tras él, como si una vaporosa muralla hubiera separado a Davy de su querido tío. Como el tiempo no acompañaba para jugar en el exterior, el chico se sentó en su cuarto y leyó durante una hora o dos; a continuación se quedó dormido, y se olvidó de todo hasta que el frío hocico de Nep, olisqueando su mano, lo despertó. Era casi de noche; y, esperando encontrarse con que Dan había regresado, corrió hacia el embarcadero. Pero no había ningún bote atracado allí, y la niebla era aún más espesa que antes.

Dan nunca había pasado tanto tiempo fuera de la isla, y Davy temió que algo malo pudiera haberle sucedido. Durante unos minutos se sintió conturbado; al cabo, sin embargo, recobró el ánimo y se armó de valor.

–Es la hora del ocaso según el reloj; así que encenderé la lámpara, y si Dan se extravía entre la niebla, su luz lo guiará hasta casa –se dijo Davy.

Subió el muchacho la escalera de caracol, y al poco tiempo la gran estrella resplandeció sobre la torre negra del faro, brillando a través de la niebla, como si estuviera ansiosa por ser divisada. Davy terminó su cena, pero el viejo Dan seguía sin llegar. Hora tras hora lo esperó, mas en vano. La niebla seguía cerrándose, hasta el punto de que el haz de luz de la lámpara resultaba apenas visible; y ninguna campana

sonaba para advertir a los barcos de la presencia de rocas peligrosas. El pobre Davy, que no era capaz de dormir, pasó toda la noche yendo y viniendo entre la torre y el embarcadero, atisbando, llamando, y preguntándose qué podría haber pasado; pero el viejo Dan seguía sin aparecer.

A la salida del sol el muchacho apagó la lámpara, y, después de recortar la mecha para la noche siguiente, tomó un exiguo desayuno y vagó por la isla, con la esperanza de encontrar alguna señal de su tío. El sol de la mañana disipó la niebla al fin, lo que le permitió otear la bahía azul y la distante ciudad, y ver algunas barcas de pesca que salían a faenar. Pero en ninguna parte vio el bote de la isla con el viejo Dan a bordo; y el corazón de Davy se fue apesadumbrando más y más, conforme pasaba el día sin que tuviera noticias suyas. Por la tarde apareció Gulliver; a él le confió Davy su preocupación, y los tres amigos examinaron juntos la situación.

–No hay otro bote en la isla, y de haberlo, yo no llegaría muy lejos remando; de modo que no puedo ir en busca de Dan –reconoció el muchacho con tristeza.

–De buena gana iría nadando hasta el puerto… si pudiera hacerlo; pero con este viento y la marea en mi contra, me resultaría imposible. He aullado durante todo el día con la esperanza de que alguien me oyera, pero nadie lo ha hecho, y estoy abatido –dijo Nep, con una expresión de angustia en su rostro.

–Yo sí puedo hacer algo por ti, y lo haré de todo corazón. Volaré hasta la ciudad, si es que no lo veo antes en la bahía, y trataré de descubrir qué ha sido de Dan. Regresaré y te lo contaré todo, y entonces pensaremos qué hacer a continuación. Anímate querido Davy: te traeré noticias suyas, si es que alguna se puede obtener –y pronunciadas estas confortantes palabras, Gulliver se alejó volando, dejando a Nep y a su amo de nuevo vigilantes y a la espera.

El viento soplaba con fuerza mar adentro, y como el ala rota del ave no estaba aún del todo recuperada, Gulliver fue incapaz de sortear un barco que se aproximaba rápidamente a él. Una repentina ráfaga empujó a la pequeña gaviota con tanta violencia contra el velamen, que ésta cayó sin aliento sobre la cubierta, y antes de que pudiera recobrarse, fue atrapada por una niña.

–¡Oh, qué *pájaro* tan lindo! Mira su caperuza negra, su pecho blanco, sus patas y su pico rojos, sus alas de color paloma, y sus ojos suaves y brillantes. Siempre he querido tener una gaviota; y cuidaré muy bien de ésta, pues no creo que esté malherida.

El pobre Gulliver luchó, picoteó y graznó; pero la pequeña Dora lo sujetó con fuerza, y lo encerró en una cesta hasta que llegaron a puerto. Entonces lo introdujo en una nasa para langostas –una gran cesta de boca estrecha, algo así como una jaula– y la dejó sobre la hierba, desde donde Gulliver podía vislumbrar el mar y la torre del faro, sentado a solas en aquella terrible prisión.

Si Dora hubiese conocido la verdad, sin duda habría dejado marchar a la gaviota, además de hacer todo lo posible por ayudarla; pero ella, al contrario que Davy, no podía entender su discurso, pues muy pocas personas poseen la habilidad de hablar

con los pájaros, las bestias, los insectos, y las plantas. Para la niña, sus súplicas y llamadas de atención eran tan sólo ásperos graznidos; y, cuando al fin se encogió en silencio, con la cabeza gacha y las plumas erizadas, pensó que el ave tendría sueño: pero Gulliver se lamentaba por Davy, preguntándose qué haría entonces su amiguito.

Durante tres largos días con sus noches estuvo prisionero y sufrió mucho. La casa estaba llena de gente feliz, pero nadie se compadeció de Gulliver. Damas y caballeros hablaban sabiamente acerca del ave; los niños la manoseaban y tironeaban de ella; las niñas la admiraban, y se rifaban sus alas para adornar sus sombreros, si finalmente moría. Los gatos merodeaban alrededor de su jaula; los perros no paraban de ladrarla; las gallinas cacareaban sobre ella; y un estridente canario se burlaba de su vecino desde la bonita pagoda en la que colgaba, muy lejos del alcance de los felinos. Por las noches sonaba la música; y la pobre ave se dolía de oír aquellos dulces sonidos, pues le recordaban las etéreas melodías que tanto amaba. En medio de la quietud de la noche, oía las olas rompiendo en la orilla; el viento llegaba cantando desde el mar; la luna brillaba afablemente sobre él; y veía a las pequeñas ninfas de las aguas danzando sobre la arena. Pero durante tres días nadie le dedicó una sola palabra amable, y la gaviota languidecía con el corazón roto.

Durante la cuarta noche, cuando todo estaba en absoluto silencio, el pequeño Gulliver vio una sombra negra arrastrándose sobre el césped, y oyó una suave voz dirigiéndose a él:

–Pobre *pájaro*, te morirás si permaneces aquí más tiempo; de modo que te dejaré ir. Seguro que la pequeña señorita se enfadará terriblemente, pero Moppet aguantará la regañina por ti. ¡Vaya! Sé que estás impaciente, y que tienes prisa por marcharte; pero espera tan sólo a que deshaga los nudos de la cuerda que asegura la puerta, y entonces podrás volar libremente.

–Pero mi querida y amable Moppet, ¿no serás castigada por hacer esto? ¿Por qué te preocupas tanto por mí? Sólo puedo agradecértelo de palabra y alejarme de aquí volando.

Mientras Gulliver hablaba, había levantado la vista hacia la carita negra inclinada sobre él, y vio lágrimas en los ojos tristes de la niña; pero ella le sonrió y negó con la rizada cabecita, al tiempo que susurraba amablemente:

–No quiero que me des las gracias, *pajarito*. Deseo dejarte ir porque eres un esclavo, como yo lo fui una vez; y sé muy bien lo duro que es eso. Yo me escapé y te ayudaré a que hagas lo mismo. Llevo viéndote unos cuantos días; traté de venir antes, pero no tuve ninguna oportunidad.

–¿Vives aquí, Moppet? Nunca te he visto jugando con los otros niños –preguntó la gaviota, mientras los ágiles dedos de la niña deshacían los nudos.

–Sí, vivo aquí, y echo una mano en la cocina. Tú no me has visto, porque nunca salgo a jugar; a los niños de aquí no les gusto.

–¿Y por qué no? –preguntó Gulliver extrañado.

–Porque soy negra –repuso Moppet con un sollozo.

–¡Pero eso es una crueldad por su parte! –exclamó el ave, que nunca había oído hablar de algo tan absurdo–. El color no supone ninguna diferencia; los zarapitos son grises, las focas son negras y los cangrejos amarillos; pero no nos importa, y todos somos amigos. Es muy injusto que te traten de esa manera. ¿Es que no tienes ni un solo amigo que te quiera?

–Nadie en el mundo se preocupa por mí. Fui vendida cuando sólo era un bebé, y desde entonces he ido de mano en mano. A los otros niños no les faltan personas que los quieran y los cuiden, pero Moppet no tiene ningún amigo –y en este punto los ojos negros se llenaron de lágrimas, haciendo que su visión fuera tan borrosa, que la pobre niña no pudo ver que el último nudo estaba ya suelto.

Gulliver sí lo vio, y empujando la puerta, escapó de su prisión lanzando un graznido de alegría; y dando un brinco hasta la manita de Moppet, miró el pequeño y oscuro rostro con tal agradecida confianza, que su ceño se relajó al punto; y la sonrisa más luminosa que había esbozado en varios meses, brilló cuando el ave apoyó tiernamente su cabeza en la mejilla de la niña, y dijo suavemente:

–Yo soy tu amigo; te quiero, y jamás olvidaré lo que has hecho por mí esta noche ¿Cómo puedo agradecértelo antes de irme?

Durante un minuto, Moppet sólo pudo abrazar al ave y llorar; pues aquellas eran las primeras palabras amables que había oído en mucho tiempo, y éstas fueron directamente a su pequeño y solitario corazón.

–¡Oh, mi querida gaviota! Me siento pagada con esas palabras, y no quiero que me des las gracias. Me basta con que me quieras, y vengas de vez en cuando a verme si puedes; ¡es tan difícil vivir en este lugar! No creo que pueda aguantar mucho. Me gustaría ser un pájaro para volar lejos, o una ostra para enterrarme segura en el cieno, y ser libre para hacer lo que yo quiera.

–Me gustaría que pudieras ir a vivir con Davy a la isla; él es bondadoso y feliz, y tan libre como el viento. ¿No puedes escapar de aquí, Moppet? –susurró Gulliver, deseoso de ayudar a aquella pobre alma solitaria.

La gaviota le contó a la niña toda su historia; y ambos convinieron en que debía volar inmediatamente a la isla, y averiguar si Dan estaba de vuelta; de no ser así, regresaría a la ciudad, y Moppet buscaría a alguien que les ayudase a encontrarlo. Y una vez hecho esto, Davy y el viejo Dan se llevarían a Moppet, si podían, para hacerla feliz en la isla.

Henchido de esperanza y alegría, Gulliver dijo adiós y extendió sus alas… pero, por desgracia para la pobre gaviota, estaba aún demasiado débil para volar. Durante tres días casi no había comido nada, ni dispuso tampoco de agua salada para bañarse, y había permanecido acurrucado y abatido en la jaula, hasta que sus fuerzas lo abandonaron.

–¿Qué voy a hacer ahora? Dime, ¿qué puedo hacer? –gritó, agitando sus débiles alas, y correteando de aquí para allá en su desesperación.

–No llores, *pajarito*, yo te cuidaré hasta que estés de nuevo en condiciones de

volar. Conozco allá abajo una pequeña cala, bonita y solitaria, a la que casi nunca va nadie. Allí puedes permanecer tranquilamente hasta que te hayas recuperado. Yo iré a llevarte comida, así podrás dedicarte a descansar y a fortalecer tus alas, con seguridad y libertad.

Mientras así hablaba, Moppet tomó tiernamente a Gulliver en sus manos y se escabulló en la penumbra, colina arriba, descendiendo luego hacia ese lugar solitario que nadie frecuentaba, salvo los vientos y las olas, las gaviotas y la pequeña Moppet, cuando las duras palabras y los golpes hacían que le doliese el corazón y el cuerpo. Allí dejó al ave, y, con un cariñoso «buenas noches», se deslizó hasta la casa en la que habitaba; y ya en su pobre camastro en el desván, se sintió tan rica como una reina, y mucho más feliz, porque había hecho una buena acción, y ganado un amigo.

Al día siguiente, se desató una gran tormenta: soplaba un viento huracanado, la lluvia caía torrencialmente, y el mar azotaba la costa sin descanso. De haberse encontrado en forma, a Gulliver no le habría importado aquello en absoluto, pero alicaído y convaleciente como estaba, pasó un día de gran inquietud, acurrucado en una grieta del acantilado, pensando en los pobres Davy y Moppet. Resultaba muy duro para él, incluso en la seguridad de la cala, no poder nadar ni volar, y, estando tan débil, tener que contentarse con el escaso alimento que halló entre las rocas. Al caer la noche la tempestad arreció, mostrándose aún más feroz que antes, y se resignó a no ver a la niña; pues estaba seguro de que no se arriesgaría a desafiar al temporal sólo para darle de comer. Así que escondió la cabeza bajo un ala y trató de dormir; pero estaba tan mojado y débil, tan hambriento y nervioso, que el sueño no llegaba.

–¿Cómo lo estará pasando el pequeño Davy, solo en la isla con este temporal? Caerá enfermo de soledad y angustia; la lámpara no será encendida, los barcos naufragarán y mucha gente sufrirá. ¡Oh Dan, Dan… si tan sólo pudiéramos encontrarte, qué gran alivio supondría para todos!

Mientras así se lamentaba Gulliver, una voz gritó en la oscuridad:

–¿Estás ahí, *pajarito*? –y Moppet apareció trepando sobre las rocas, con una cesta llena de cuantos alimentos pudo conseguir–. Pobre *pajarito* mío, estarás hambriento. Aquí te traigo algo de comida; hay pescado y otras cosas que creo que pueden gustarte. ¿Cómo te encuentras ahora?

–Mucho mejor, Moppet; pero… ¡esta tormenta!, y yo sin poder llegar hasta Davy; estoy muy preocupado por él –empezó a decir Gulliver, picoteando su cena; pero se detuvo de repente, pues un débil sonido, como de alguien llamando a gritos, llegaba desde abajo:

–¡Ayuda, ayuda!

–¡Hola! ¿Qué es eso? –exclamó Moppet, aguzando el oído.

–¡Davy, Davy! –gritaba la voz.

–¡Es Dan! ¡Hurra, lo hemos encontrado! –y Gulliver se lanzó fuera de la roca de forma tan imprudente, que cayó al agua produciendo un chapoteo. Pero eso no le importó; y *remó* con sus alas, como si fuera un pequeño barco de vapor a toda

máquina.

Más abajo, entre dos rocas junto a la orilla del mar, yacía Dan, tan magullado y herido que era incapaz de moverse, y tan debilitado por el hambre y el dolor, que apenas podía hablar. Tan pronto como Gulliver la llamó, Moppet se apresuró a reunirse con ellos; alimentó al pobre hombre con sus restos de comida, le dio de beber agua de lluvia de una grieta cercana, y vendó su cabeza herida con un jirón de su pequeño delantal. Entonces Dan les contó cómo su bote había sido arrollado por otra embarcación en medio de la niebla, resultando herido; cómo había sido arrojado por el mar a aquella solitaria cala; cómo había yacido allí medio muerto, porque nadie había oído sus gritos, y él era incapaz de moverse; cómo la tormenta lo devolvió a la vida, cuando ésta casi lo había abandonado ya; y cómo el sonido de la voz de Moppet, le dijo que la ayuda se encontraba cerca.

¡Qué contentos se pusieron todos entonces! Moppet bailaba de alegría; Gulliver graznaba y agitaba sus alas; y el viejo Dan sonreía, a pesar del dolor, sabiendo que volvería a ver a Davy de nuevo. Él no podía entender a Gulliver, pero Moppet le contó toda la historia, y cuando terminó de hacerlo, el pobre hombre estaba más preocupado por el chico que por su propio estado.

–¿Qué hará él, tan solo como está? Podría herirse accidentalmente o quizá asustarse, o tratar de llegar a tierra. ¿Está encendida la lámpara? –gritó, tratando de incorporarse y dejándose caer de nuevo, con un gemido de dolor.

Gulliver voló hasta posarse en la roca más alta, y desde allí escrutó la negrura del mar y el cielo. Sí, allí estaba: la inmutable estrella brillando a través de la tormenta, y diciendo claramente: «Todo está bien».

–¡Gracias al cielo! Si la lámpara está encendida, significa que Davy está sano y salvo. Ahora, ¿cómo podré llegar hasta él? –preguntó Dan.

–No se preocupe, *señó*: Moppet verá qué hacer. *Usté* quédese quieto hasta que yo vuelva. Hay gente en la casa que lo ayudará, si yo les digo quién es y dónde está *usté*.

La valiente niña echó a correr al punto, y no tardó en regresar con la ayuda prometida. Dan fue transportado a la casa, donde lo cuidaron y atendieron; Moppet no fue regañada por estar fuera a hora tan tardía; y, con la agitación del momento, nadie pensó en la gaviota. A la mañana siguiente, la jaula fue hallada caída en el suelo, y todos se imaginaron que el ave habría volado lejos de allí. Dora estaba ya cansada de su nueva mascota, por lo que pronto fue olvidada por todos excepto por Moppet.

El día amaneció despejado; y Gulliver voló alegremente hasta la torre del faro, donde Davy observaba y esperaba aún, con la cara muy pálida y el corazón angustiado; pues los tres últimos días habían sido muy difíciles de soportar, y, de no haber sido por sus fieles Nep y Resplandor, habría perdido por completo el valor. El ave fue a posarse en su regazo, y, sentado allí, le narró sus peripecias en la ciudad; mientras Davy reía y lloraba, Nep permanecía junto a él, con sus ojos brillantes llenos de simpatía y moviendo alegremente la cola. Los tres pasaron juntos una hora

felicísima, y al cabo llegó un barco para trasladar a Davy a la tierra continental, mientras otro guarda se hacía cargo de la lámpara, hasta que Dan estuviese recuperado.

Nadie, salvo Moppet, Davy y Gulliver, conoció nunca la mejor parte de la historia; ¿quién podía imaginar que una gaviota –la mascota del solitario chico del faro–, tuviese algo que ver con el hallazgo del viejo farero, o la buena fortuna que favoreció a Moppet? Mientras Dan permaneció en cama, ella lo atendió como una hija cariñosa y solícita; y una vez recuperado, él se hizo cargo de la pequeña. Naturalmente, no le importaba el color de su piel: sólo veía la soledad de la niña, su corazón noble y generoso, su alma blanca e inocente; y tan contento estaba de merecer su amistad, como si de la alegre y rica Dora se tratase.

El día en que Dan y Davy, Moppet, Gulliver y Nep, se embarcaron con destino a la isla, fue muy feliz para todos; pues aquél seguiría siendo su hogar, ahora con el joven y robusto Ben para echar una mano al farero.

El sol se estaba poniendo, y los cuatro amigos surcaban en su barca, unas olas tan rosadas como rosado era el cielo del ocaso. Un viento fresco hinchaba la pequeña vela, y alborotaba el pecho blanco de Gulliver, posado en la cofa y canturreando para sí una alegre cancioncilla. El viejo Dan manejaba el timón y Davy se sentaba a sus pies, con Nep atado junto a él, irguiendo mucho la cabeza; pero el rostro más radiante de todos era el de Moppet. Arrodillada en la proa, se inclinaba hacia delante: con los labios entreabiertos, su ensortijado cabello negro revuelto por el viento, y los ojos fijos en la isla que sería su hogar. Como si de un pequeño mascarón de proa –símbolo de esperanza– se tratase, se estiraba y miraba, mientras el batel tajaba las olas, alejándola de su antigua vida y acercándola a una nueva.

Cuando el sol se hundió bajo el horizonte, brilló la lámpara del faro con súbita claridad, como si de esa manera la isla quisiera darles la bienvenida. Dan arrió la vela; y, dejándose arrastrar por la marea, derivaron hasta que las olas rompieron suavemente en la orilla, dejándolos a salvo en casa.

Sirenitas

–¡Cómo me gustaría ser una gaviota, un pez, o una sirena!; entonces pasaría todo el rato nadando, que es lo que a mí me gusta, y no tendría que permanecer en esta estúpida tierra seca todo el día –refunfuñó Nelly, sentada con el ceño fruncido y abriendo agujeros en la arena con los puños, una luminosa mañana de verano, mientras las olas llegaban murmurando a la playa, y una refrescante brisa entonaba una agradable canción.

A esta niña le gustaba tanto bañarse en el mar, que de haber sido por ella habría estado todo el tiempo jugando en el agua; pero como la pobrecita andaba un poquito resfriada, le habían prohibido entrar en el agua durante un par de días. Así pues, Nelly, en plena rabieta como estaba, se separó de sus compañeros de juego para sentarse y enfurruñarse a sus anchas en un paraje solitario entre las rocas. Se entretuvo allí observando a las gaviotas volar y planear, con sus brillantes alas blancas plegadas cuando caían en picado, o abiertas al dispararse de nuevo hacia arriba bajo los rayos del sol. Y con tanta fuerza pidió que se cumpliese su deseo, que una muy grande descendió sobre la arena posándose delante de ella, y, mientras la niña miraba fijamente sus ojillos relucientes, el anillo rojo alrededor del cuello, y el pequeño penacho en la cabeza, la sorprendió diciendo en un tono ronco:

–Yo soy el rey de las gaviotas, y puedo hacer realidad cualquiera de tus deseos. Así pues, ¿qué prefieres ser: un pez, un pájaro, o una sirena?

–La… la gente dice que no hay si… sirenas –tartamudeó Nelly.

–Sí que las hay; sólo que los mortales no pueden verlas a menos que yo les dé el poder de hacerlo. ¡Decídete rápido, niña!, no me gusta nada estar en la arena. ¡Elige y deja que me vaya de una vez! –la urgió la Gran Gaviota, acompañando sus comentarios con un impaciente aleteo.

–Entonces convertidme en una sirena, por favor. Siempre he querido ver una, y debe de ser muy agradable vivir siempre en el agua.

–Sea… ¡Hecho! –exclamó la gaviota, y se marchó a continuación, rápida como una centella.

Nelly se frotó los ojos y miró a su alrededor un poco asustada; pero comprobó que no había sufrido ningún cambio aún, y a punto estaba de protestar porque el ave la había engañado, cuando un murmullo de voces suaves hizo que se encaramase a la roca que tenía a su espalda, para ver quién podía estar cantando al otro lado.

Y creedme si os digo que casi se cae de allí, al avistar a dos criaturas bastante pequeñas, dejándose mecer por las olas y flotando de aquí para allá. Ambas tenían el cabello largo y castaño, ojos verdes tan claros como el cristal, caritas muy pálidas, y las voces más dulces que Nelly hubiese oído jamás. Pero lo más extraño del caso, era que cada uno de los esbeltos cuerpecitos terminaba en una brillante cola de pez; una de ellas toda cubierta de escamas doradas, y de escamas plateadas la otra. Sus pequeños pechos y brazos eran blancos como la espuma, y llevaban brazaletes de

perlas, collares de conchas rosadas alrededor de sus cuellos, y guirnaldas de alegres algas ciñendo sus cabelleras. Ambas cantaban mientras se dejaban acunar, y se lanzaban grandes burbujas la una a la otra como si jugaran a la pelota. Cuando al fin se percataron de la presencia de Nelly, arrojaron hacia ella una gran pompa con todos los colores del arcoíris, y le gritaron alegremente:

–Ven a jugar con nosotras, pequeña amiga. Te conocemos, y muchas veces hemos tratado de hacer que nos vieras, cuando con tanta valentía nadabas y buceabas en nuestro mar.

–Tengo unas ganas enormes de ir con vosotras; pero el agua es tan profunda aquí y el oleaje tan brusco, que podría golpearme contra las rocas –respondió Nelly, encantada de ver sirenas reales al fin, y deseando enormemente acercarse a ellas.

–Hemos venido a por ti. El rey de las gaviotas nos dijo que te llamáramos. Quítate la ropa y salta hacia nosotras; entonces te transformaremos, y podrás ver cumplido tu deseo –dijeron al mismo tiempo las sirenas, extendiendo sus blancos brazos hacia la niña.

–Mi madre me dijo que no debo entrar en el mar –repuso Nelly con tristeza.

–¿Qué es una madre? –preguntó una de las sirenitas, mientras la otra se reía como si la palabra le hiciese gracia.

–¡Cómo!, ¿es que no lo sabes? ¿Acaso no tenéis padres y madres ahí abajo? –preguntó Nelly, tan sorprendida que incluso se olvidó por un momento de su deseo.

–No; nacemos de la luna y el mar, y no tenemos otros *padres* que esos –explicó Aletadorada, la de cola más brillante.

–¡Qué horror! –exclamó Nelly–. ¿Y quién cuida entonces de vosotras?; ¿y dónde vivís?, sin padres ni madres no podéis tener un hogar.

–Cuidamos solas de nosotras mismas. Todo el mar es nuestro hogar, y hacemos siempre lo que nos place. ¡Ven, vamos, ya verás lo divertido que es! –la animó Aletadeplata, la otra sirena, lanzando pompas como una malabarista, hasta que el aire quedó tan lleno de burbujas, que ambas flotaron sobre ellas por encima del agua.

Ahora bien, si Nelly no hubiera estado tan enfadada con su buena mamá en ese momento, y por ello tan predispuesta a cualquier acto de rebeldía, nunca habría sido tan desobediente, ni se hubiese ido a jugar con aquellas amiguitas tan extrañas. Ella tenía mucha curiosidad por ver cómo vivían aquellas criaturas, y estaba encantada sólo de pensar en narrar sus aventuras cuando regresara –pues ella daba por seguro que lo haría–, sana y salva a casa. Así pues dejó caer su ropa sobre la roca y se zambulló en las aguas verdes más abajo, contenta de tener la oportunidad de demostrar su fino estilo de natación. Pero Aletadorada y Aletadeplata la detuvieron, y le ordenaron beber de sus manos el agua espumosa que habían recogido.

–El agua de mar es salada y amarga; no me gusta –protestó Nelly, retrocediendo.

–Pues entonces no podrás ser como nosotras. ¡Bebe, y en un momentito verás lo que ocurre! –le gritó Aletadorada.

Nelly sorbió las frías burbujas, y al hacerlo, se quedó sin aliento, pues unos

calambres terribles la recorrieron de la cabeza a los pies, mientras las sirenas entonaban extrañas cantinelas y agitaban sobre ella sus manos. El malestar empero, desapareció en un periquete, y al cabo se sintió como si fuera un corcho flotando en el agua. Permaneció anonadada durante un rato, hasta que buscándose los pies, encontró que sus piernecitas blancas se habían convertido en la cola de un pez multicolor, que la impulsaba suavemente hacia delante, mientras las olas rompían contra su pecho.

–¡Ahora soy una sirena! –exclamó entusiasmada, y contempló su reflejo en la superficie del agua para ver si sus ojos eran de color verde, su rostro pálido, y su pelo castaño y rizado como las algas.

Mas no; tenía aún cara de niña, con sus mejillas sonrosadas, sus ojos azules y sus tirabuzones amarillos. No obstante no se sentía decepcionada, pues pensó que su rostro era más bonito que esas caras de luna de sus nuevas compañeras de juego, de modo que se echó a reír y dijo alegremente:

–Ahora jugaréis conmigo y me querréis, ¿no es cierto?

–¿Qué es querer? –preguntó Aletadeplata, mirándola fijamente.

–¡Cómo! Cuando las personas se quieren se echan los brazos unos a otros y se dan besos; eso hace que sientan felicidad en sus corazones –respondió Nelly, tratando de explicar la hermosa palabra.

–¿Qué son besos? –preguntó Aletadorada con expresión de curiosidad.

Nelly puso un brazo alrededor del cuello de cada sirena, y las besó suavemente en los labios húmedos y fríos.

–¿No os ha gustado? ¿No os resulta dulce? –preguntó ella entonces.

–Diría que tú piel está más caliente que la mía, pero pienso que las ostras tienen mejor sabor –dijo una de las sirenas, y la otra añadió:

–Las sirenas no tenemos corazón, así que eso no nos hace más felices.

–¿Que no tenéis corazón, dices? –gritó Nelly consternada–. ¿No podéis amar? ¿Entonces no sabéis nada sobre el alma, ni lo de ser buenos y todo eso?

–No –se rieron a coro las sirenas, meneando sus cabezas y haciendo que las gotas de agua volaran como perlas–. No tenemos alma, y tampoco nos molestamos en ser buenas. Cantamos y nadamos, comemos y dormimos. ¿No es suficiente eso para ser feliz?

«¡Valedme cielos, qué raras son estas criaturas!», pensó Nelly un poco inquieta, aunque ansiosa por ir con ellas y saber más de aquella curiosa vida submarina de la que hablaban.

–¿Es que no os preocupáis por mí en absoluto? –quiso saber ella–, ¿acaso no os gustaría que me quedara con vosotras un ratito más? –y se preguntó cómo podía seguir adelante, junto a unas criaturas que eran incapaces de quererla.

–Oh, sí, nos gustas como nueva compañera de juegos, y nos alegramos mucho de que hayas venido a vernos. Tendrás nuestras pulseras para lucirlas, y te mostraremos todo tipo de cosas hermosas ahí abajo, si no temes acompañarnos –le respondieron

las sirenas, adornándola con sus guirnaldas y collares, y sonriéndole tan dulcemente, que ella se sintió dispuesta a seguirlas cuando se alejaron nadando sobre las grandes olas, que las arrojaban hacia delante y hacia atrás, pero que de ningún modo podían ahogarlas ni dañarlas.

Nelly disfrutó mucho de este modo, y se preguntó por qué los pescadores en sus barcos no trataban de capturarlas, hasta que por boca de sus nuevas amigas, supo que las sirenas eran invisibles para los hombres, y que por esa razón no debían temer ser atrapadas por ellos. Eso la hizo sentirse muy segura, y después de un buen rato de juego entre las olas, dejó que sus compañeras la cogieran de las manos, y la condujeran hacia el nuevo mundo que se extendía para ella sobre el fondo marino. Ella esperaba encontrarlo espléndido y muy alegre, con árboles de coral creciendo por todas partes, suntuosos palacios cubiertos de perlas, lindas avenidas pavimentadas de relucientes joyas… Pero he aquí que resultó ser un lugar oscuro y silencioso: grandes penachos de algas fluctuaban de un lado a otro agitadas por las corrientes; conchas vacías yacían semienterradas en la arena; y extrañas y feas criaturas nadaban, se arrastraban o culebreaban por todas partes.

El agua verde de la superficie era el cielo de aquel mundo, y, a falta de nubes, la luz del sol proyectaba las sombras de los barcos sobre el reino crepuscular de las profundidades. Algunos viejos tritones de larga barba gris, meditaban inmóviles en oscuros rincones entre las rocas, y unas cuantas sirenas dormían en sus lechos de algas marinas, en el interior de grandes conchas de ostras que se abrieron para recibir a Nelly. Un suave murmullo, como el que puede escucharse cuando uno se acerca una caracola al oído, sonaba por todas partes, y en ningún lugar vio Nelly juguete alguno, o comida apetecible, o diversión de cualquier tipo.

–¿Es aquí donde vivís vosotras? –preguntó ella, tratando de ocultar lo decepcionada que estaba.

–Sí, ¿no te parece un lugar maravilloso? –respondió Aletadorada–. Esta es mi cama, y tú tendrás una concha entre la de Aletadeplata y la mía. ¡Mira! Está recubierta interiormente de nácar, y tiene un muelle colchón de nuestras más suaves algas para que descanses bien.

–¿Tienes hambre, Nelly? –preguntó entonces Aletadeplata–. Ven con nosotras y toma unos cuantos camarones para cenar; conozco un lugar donde son excelentes; ¿o tal vez prefieres ostras?

Nelly estaba dispuesta a comer cualquier cosa, pues la brisa del mar y el juego entre las olas le habían abierto el apetito; así pues, se alejaron nadando para recoger los bonitos y rosados camarones en conchas de vieira, como niñas recolectando fresas silvestres en cestas de mimbre; poco tiempo después se sentaban a comer, y Nelly echó de menos el pan y la mantequilla, pero no se atrevió a decirlo, para no parecer una cría maleducada.

Estaba tan sorprendida por todo lo que vio, que aquel raro almuerzo frío pronto fue olvidado gracias a las maravillosas historias que las sirenas le contaron, mientras

cascaban caracolas y se las comían como si fuesen frutos secos, o arrancaban las verdes manzanas de mar –que saben como a limones en vinagre–, de las enredaderas que trepaban sobre las rocas, y los sillares y capiteles de una ciudad sumergida.

–No parece que tengáis una familia muy grande, ¿o es que los demás se han marchado a una fiesta en alguna otra parte? –preguntó Nelly, un poco cansada de aquella quietud.

–No; nunca hay muchos de los nuestros a la vez. Una nueva freza estará pronto lista, y entonces tendremos algunos pequeños bebés tritones y sirenas con los que jugar. Te enseñaremos el árbol de las maravillas, si es que has terminado ya de comer, y te lo contaremos todo sobre él –respondió Aletadeplata, alejándose impulsada por el ondulante movimiento de sus manos.

Nelly y Aletadorada la siguieron hasta un paraje desierto, donde una altísima planta crecía desde la arena hasta rozar la superficie con sus ramas, donde se extendían como sargazos flotantes y de las que colgaban unas pequeñas vainas, como las que a menudo crujen bajo nuestros pies cuando se encuentran secas en la playa.

–Sólo unas pocas eclosionarán; porque nunca hay un gran número de sirenas y tritones en el mar, como ya he dicho. Se necesita mucho tiempo para que el árbol alcance la luz, y no puede florecer a menos que la luna llena brille sobre él a medianoche; entonces estos capullos se abren, y los pequeños tritones y sirenas se alejan nadando para crecer como nosotras –explicó Aletadeplata.

–¿Sin enfermeras ni niñeras de ningún tipo que cuiden de ellos, o nodrizas que los críen? –preguntó Nelly, pensando en el precioso bebé que tenía en casa, y con el que tanto le gustaba jugar.

–Ellos cuidan de sí mismos, y cuando hay demasiados en un mismo lugar, los viejos tritones envían a algunos a otro océano; así mantenemos nuestra tranquilidad y disponemos de espacio para todos –dijo Aletadorada con satisfacción.

–Y cuando envejecéis, ¿qué es de vosotras? –preguntó Nelly, muy interesada en aquellas criaturas tan sorprendentes.

–Oh, pues nos vamos marchitando hasta volvernos de color gris, entonces nos quedamos muy quietas en alguna oquedad rocosa, hasta que nos convertimos en piedra; así contribuimos a formar estas rocas. Según me ha contado Percebe, ese viejo tritón de allí, a veces la gente de tierra firme encuentra huellas de nuestras manos, cabezas o aletas en la piedra, y se queda perpleja tratando de averiguar qué clase de pez o animal dejó aquellas impresiones; ésa es una de nuestras bromas –y ambas sirenas rieron a coro, como si disfrutaran desconcertando y afrentando el ingenio de personas que eran mucho más sabias que ellas.

–¡Vaya!, pues yo creo que es mucho mejor ser enterrado bajo la hierba y las flores, una vez que nuestra alma ha volado al cielo –reflexionó Nelly, que empezaba a alegrarse de no ser aún una «auténtica» sirena.

–¿Qué es eso del cielo? –preguntó estúpidamente Aletadeplata.

–No lo entenderías por mucho que yo me esforzase en explicártelo. Sólo puedo

decirte que es un lugar encantador al que vamos cuando morimos, y los ángeles que moran allí, no tratan de desconcertarnos en absoluto ni se burlan de nosotros; por el contrario, nos aman y se ponen muy contentos al vernos llegar –dijo sobriamente Nelly.

Ambas sirenitas miraron fijamente a su nueva compañera con sus ojos verdes muy abiertos, como tratando de entender lo que habían oído, pero al cabo se dieron por vencidas y, batiendo graciosamente sus brillantes colas, salieron disparadas llamándola alegremente:

–¡Ven a jugar con los cangrejos, es muy divertido!

A Nelly le daban bastante miedo los cangrejos, pues acostumbraban a mordisquearle los deditos gordos de los pies cuando andaba en medio de ellos; pero en ese momento, al no tener pies, se sintió más valiente, y no pasó mucho tiempo hasta que estuvo persiguiéndolos alegremente sobre las rocas, y riéndose al verlos enterrarse de costado en la arena. Con las langostas verdes se divirtió muchísimo, pues le hacía mucha gracia la forma estrafalaria en la que se movían, avanzando como a trompicones, con sus grandes pinzas listas para agarrar y sostener lo que les viniese en gana. Resultaba jocoso verlas limpiarse esos ojos saltones con sus antenas, y cómo los hacían girar para todos los lados. Los cangrejos ermitaños, en sus conchas robadas, eran curiosos de ver, y también los grandes caracoles disparando hacia fuera sus cuernos; las arañas de mar eran muy feas, y tembló de miedo cuando un horrible pulpo pasó junto ella, con sus ocho largos tentáculos ondeando como serpientes y chasqueando su pico ganchudo.

–Mostradme algo bonito –rogó Nelly a las sirenas–; no me gustan estas criaturas tan horripilantes. ¿Es que no hay flores, pájaros o animales aquí para jugar?

–Oh sí, aquí tenemos nuestras preciosas anémonas de mar, amarillas, rojas y blancas, floreciendo en sus lechos; y estas hermosas plantas multicolores que vosotros llamáis algas. Luego, muy lejos de aquí, están los árboles de coral, que te enseñaremos algún día; y las esponjas en las rocas, y muchas otras cosas bonitas y curiosas –respondió Aletadorada, llevando a Nelly de un lado a otro, para enseñarle lo más parecido a flores que tenían allí. Luego Aletadeplata dijo:

–Seguro que a ella le gustarán los nautilos y los peces voladores, y le entusiasmará pasear sobre los delfines y las ballenas. Vamos, y demostrémosle que, como en su mundo, también tenemos pájaros y animales.

Ascendieron las tres pequeñas hacia la superficie; y cuando Nelly vio las hermosas criaturas rojas y azules, como una escuadra de navíos encantados flotando sobre las olas, aplaudió y gritó arrebatada:

–¡No tenemos nada tan hermoso en tierra firme! ¡Qué delicados y hermosos son! Pero, ¿no los despedaza el viento ni los arruinan las tormentas?

–¡Observa y aprende! –respondieron las sirenas, muy complacidas ante las expresiones de admiración de la niña; y cuando sopló una ráfaga de viento, plegando todas las velas de seda, los hermosos colores se desvanecieron, y los barquitos de

hadas se perdieron de vista sumergiéndose de forma segura.

–Los marineros de mi mundo no pueden hacer eso –admitió Nelly–, y cuando nuestros barcos se hunden, ya no pueden volver a subir a la superficie.

En ese momento, algunos peces volaron sobre sus cabezas para zambullirse de nuevo a continuación, mientras las gaviotas se lanzaban en picado sobre ellos… mas en vano.

–Ahí tienes a nuestras aves, y aquí vienen nuestros caballos. La gente de allá arriba los llama marsopas, pero para nosotros son delfines; y créeme, tienen un excelente galope sobre sus lomos –dijo Aletadorada, cuando un banco de grandes criaturas, todas ondulándose graciosamente, se aproximó a ellas.

Montaron de un brinco las tres niñas del mar, y salieron disparadas al punto a través del agua; y a la par que sus cabalgaduras se empinaban y hundían sucesivamente, pegaban tremendos botes, sacudiendo sus colas y agitando sus aletas, como si disfrutaran retozando de aquella manera. Nelly desde luego lo hacía, y hubiera seguido cabalgando indefinidamente; pero en eso apareció una ballena, y sus compañeras de juego se apresuraron a encaramarse a su enorme lomo, para escuchar noticias del Mar del Norte. Era ésta como una isla flotante, y las sirenas se sentaron bajo su surtidor, mientras el cetáceo expulsaba agua a presión y daba vueltas perezosamente, disfrutando del calor del sol después de su viaje por las regiones frías.

–¿Es que no corren buenos tiempos? –le preguntó Aletadeplata, mientras ambas se escurrían por los resbaladizos costados, y el monstruo las aupaba de nuevo con una sacudida.

–¡Espléndido! Me gustaría ser una auténtica sirena y no tener lecciones que estudiar, ni labores que bordar, ni niñeras que me regañen, ni madres ni padres que me prohíban el baño cuando a mí más me apetece –hizo saber Nelly pícaramente; pero mientras así hablaba, sus ojos estaban clavados en la lejanísima tierra firme, y una pequeña punzada de dolor atravesó su corazón, recordándole que aún no era una verdadera sirena y que, por más que se negase a escucharla, tenía una conciencia.

Jugaron durante toda la tarde, prepararon una merienda cena a base de ostras, y se fueron a la cama temprano, para dormir una buena siesta antes de la medianoche, pues la luna estaba llena, y barruntaban que el árbol de las maravillas florecería antes del amanecer.

Nelly, en ese momento, agradeció el silencio de las profundidades; y el suave arrullo del mar la ayudó a conciliar el sueño, y soñó que navegaba en un nautilo hasta que una terrible jibia se lanzó en su persecución, y se despertó del susto, aturdida al encontrarse acostada en una húmeda cama de algas dentro de una gran concha nacarada.

–¡Arriba dormilona!; que ya es la hora y hace una noche maravillosa –la llamaron las sirenas, y acompañadas de nuevos amigos, se apresuraron todos a ver abrirse los capullos cuando la luna los besara.

El mar brillaba como una bandeja de plata bruñida; las estrellas parecían flotar

allí como lo hacen en el cielo, y el viento soplaba mar adentro, trayendo de la costa los dulces aromas de los jardines y los campos de heno. Todas las criaturas del mar, dejándose mecer por el suave oleaje, cantaban a coro en vibrante eufonía, y Nelly se sintió como si estuviera en el sueño más extraño y hermoso que jamás hubiese tenido.

Poco a poco el orbe lunar, en su recorrido, acabó por culminar y brillar de lleno sobre el árbol de las maravillas; y uno a uno fueron brotando los hijos del mar, que parecían renacuajos, con sus pequeñas caras y sus bracitos en lugar de aletas. Criaturas diminutas como eran, nadaban en tropel formando un banco, como si de pequeños peces se tratase; mientras, las sirenas y tritones de más edad les daban la bienvenida, y les ponían bonitos nombres cuando se acercaban a mirarlos, y se escurrían entre las manos que trataban en vano de agarrarlos. Hasta poco antes del amanecer fueron mantenidos bajo el benéfico fulgor lunar, creciendo rápidamente mientras aprendían a usar sus pequeñas colas y a hablar con sus dulces vocecitas; pero al despuntar el alba, todos se hundieron hasta el fondo, y se fueron a dormir a las conchas-cuna especialmente preparadas para ellos. Ese era todo el cuidado que necesitaban, y después de eso no tenían niñeras ni maestras, y podían hacer todo lo que ellos quisieran, y se permitía que los mayores jugaran con ellos como si fueran muñecos.

Nelly tomó a su cargo el cuidado de varias crías, y trató de hacer que la quisieran y la obedecieran; pero los extraños pequeños se reían en su cara cuando ella les hablaba, se alejaban nadando cuando quería darles un beso, y se ponían a hacer el pino agitando sus colitas cuando les decía que debían ser buenos. Entonces ella los dejaba jugar a su aire, y se divertía como podía con otras cosas; mas pronto se cansó de aquella vida exótica y ociosa, y comenzó a extrañar algunos de sus queridos juegos de antaño, así como a las personas y los lugares que tanto solían gustarle.

Todos allí eran muy amables con ella; pero nadie parecía quererla, ni preocuparse de si ella era buena o no, o de reñirla cuando se comportaba de forma egoísta o cogía una rabieta. Se sentía enojada por cualquier cosa todo el rato, y muchas veces también triste, a pesar de que era incapaz de decir por qué. Todas las noches soñaba con su madre, y a menudo se despertaba creyendo sentir a su hermanito, que, en su hogar en tierra firme, solía colarse en su cama y besarle los ojos recién abiertos por la mañana. Pero ahora se trataba sólo de un hijo del mar, que se retorcía en su concha como una pequeña anguila, haciéndola pensar en su casa y preguntarse si la extrañarían allí.

–Ahora ya no puedo volverme atrás, así que debo olvidarme de todo eso –se dijo, y trató de hacerlo… ¡pero resultaba tan difícil!, y a medias deseaba ser una sirena de verdad, sin corazón ni alma que se doliesen de nada.

–Mostradme algo nuevo; estoy cansada de todos estos entretenimientos, espectáculos y juguetes –suplicó Nelly un buen día, cuando ella y sus dos compañeras de juego se disponían a sentarse a encadenar monedas de plata y conchas rosadas, para hacer collares.

–Nosotras nunca nos cansamos de hacer estas cosas –repuso tranquilamente Aletadorada.

–A vosotras no os interesa nada de cuanto os rodea, y tampoco os preocupáis de pensar ni de aprender cosas nuevas. A mí sí me importa, y deseo hacer algo que sea entretenido y aprender un poco al mismo tiempo si puedo –dijo Nelly con decisión, mientras miraba a su alrededor el curioso mundo en el que vivía ahora; mas el espectáculo que a su vista se ofrecía era una inmensidad oscura, fría y silenciosa, con los viejos tritones convirtiéndose en piedra en sus nichos, las perezosas sirenas meciéndose en sus conchas o peinando sus cabellos, y los más pequeños jugando como una miríada de estúpidos pececitos al sol.

–No podemos ir a los mares del Sur todavía, y no tenemos nada más que enseñarte aquí, a menos que se desate una gran tormenta –explicó Aletadeplata.

–Tal vez a ella le gustaría ver los restos de un naufragio; hay unos bastante recientes no muy lejos de aquí –le propuso Aletadorada a su compañera–.

»–Un gran barco embistió a uno más pequeño, y éste se hundió muy deprisa. Uno de los críos de la Madre Carey me habló de ellos esta mañana, y pensé que podríamos ir a verlos antes de que se deterioren demasiado. Las cosas que fabrican los hombres nunca duran mucho tiempo en nuestro reino.

–¡Sí, vayamos a verlos!; anhelo contemplar y tocar algo que haya hecho mi gente. Vuestro mundo es maravilloso, pero empiezo a pensar que el mío es mucho mejor, al menos para mí –reflexionó Nelly, antes de dejar sus perlas y alejarse nadando en dirección a los restos del naufragio, que yacían entre las rocas, haciéndose pedazos rápidamente–. Pero ¿dónde está la tripulación? –preguntó ella, cuando estaban a punto de colarse nadando a través de las portillas y escotillas rotas. La niña temía toparse con alguna pobre criatura ahogada, algo que la turbaría mucho, aunque a las sirenas pudiese no importarles.

–El crío de la Madre Carey asegura que todos fueron rescatados. Era un buque mercante que transportaba frutas, y llevaba sólo unos pocos pasajeros a bordo. Una señora y un niño, y algunos hombres, se alejaron en los botes salvavidas hacia la costa, pero dejaron atrás todo lo demás.

–¡Estoy tan contenta! –exclamó Nelly, sintiendo que su corazón se calentaba de gozo, al oír las buenas noticias sobre la madre y su pequeño.

El barco transportaba un cargamento de naranjas, y la arena blanca estaba cubierta de cajas rotas y abiertas, desde las cuales la fruta ascendía libre y lentamente hacia la superficie del agua. Algunas piezas se habían echado a perder, pero muchas eran aún comestibles, y Nelly les pidió a las sirenas que las probaran, y juzgaran si sus naranjas no eran mejores que las saladas manzanas marinas. No les gustaron, pero jugaron a la pelota con las frutas doradas, hasta que Nelly propuso que las empujaran hacia la orilla, como regalo para los hijos de los pescadores. Eso les pareció divertido; y pronto la playa quedó cubierta de naranjas, y los pobres chiquillos gritaron de alegría y corrieron para recoger aquel milagroso manjar.

–Me gustaría que hubiese algunas cosas bonitas para dárselas también, pero sólo veo bolsas de ropa de los marineros, toda mojada y no precisamente atractiva –dijo Nelly, disfrutando mucho de aquel juego; pues sentía morriña y ansiaba oír voces humanas y ver rostros como el suyo. Ella necesitaba hacer algo por alguien, y sentirse querida por los demás. Así pues buscó por todo el pecio, y por fin, en una cabina con mejor aspecto que el resto, encontró los juguetes y la ropa del niño pequeño y de su madre. Aquello supuso una gran alegría para ella, y, sabiendo cuánto aman los niños sus propias cosas, y cómo lloran cuando éstas se pierden, recogió todo lo que no estaba estropeado, e hizo que Aletadorada y Aletadeplata la ayudasen a llevarlo hasta la orilla, donde la gente se había reunido para salvar cuanto proviniera del buque naufragado.

Hubo gran regocijo entre quienes aguardaban en la playa, cuando estos pequeños tesoros llegaron a tierra firme; y no tardaron en ser llevados a la casa donde descansaban la señora y el niño. Esto complació mucho a Nelly, e incluso las perezosas sirenas encontraron agradable aquel juego desconocido para ellas; y así, fueron las tres hasta la playa sobre algunos objetos flotantes, entre los pesados macutos con la ropa de los pobres marineros, libros húmedos y cajas, que de otro modo se habrían perdido. Nadie podía ver a Aletadeplata y Aletadorada, pero como Nelly se había rezagado, para mirar y escuchar a la gente a través de la espuma y las nubes de agua pulverizada, de tanto en tanto se oía gritar a algún niño, algo parecido a esto:

–¡Oh, he visto una cara por allí!… un carita pequeña y adorable, muy bonita pero triste, ¡y una manita me saludó! ¿Podría ser una sirena?

Entonces alguna persona adulta respondía:

–¡Tonterías, niño! Las sirenas no existen. Se trata tan sólo del reflejo de tu propio rostro en el agua. Vámonos de aquí, o la marea nos atrapará.

Si Nelly no hubiese sido parcialmente humana, no podría haber ocurrido aquello; y aunque nadie creyó en su existencia, se consoló pensando que, después de todo, no era un frío pez, y le encantó quedarse a ver jugar a los niños, hasta mucho después de que Aletadorada y Aletadeplata se cansaran de ellos, y se fueran a ocuparse de sus propios asuntos.

Pero he aquí que, cuanto más tiempo permanecía allí, más triste se ponía, pues la tierra firme le parecía ahora más agradable que el mar; la tierra verde, seca, cálida, con sus flores y árboles, sus pájaros y ovejas, y la gente adorable que la quería y se preocupaba por ella. Incluso la escuela le parecía un lugar feliz; y cuando pensó en su propia casa, donde estarían su madre y su hermanito, fue tal el anhelo que por ellos sintió su corazón, que sus lágrimas cayeron en el mar, y ella les tendió los brazos llorando amargamente:

–¡Oh, mamá, querida mamá, perdóname; perdóname y ayúdame a volver junto a ti!

Mas nadie respondió ni acudió a su llamada, y la pobre Nelly se hundió

sollozando en el mar, y lloró hasta quedarse dormida en su camita forrada de nácar, sin beso de buenas noches que la consolara. Cada día que pasaba deseaba más y más regresar a su antiguo hogar, y más y más le disgustaba el mar y todo lo que contenía. Las sirenas no podían distraerla ni entender su dolor, así que fue a ver al anciano y sabio Percebe, y le preguntó qué debía hacer para ser una niña de nuevo.

–Nadie más que el rey de las gaviotas puede hacer ese cambio, mi pequeña bígaro –le explicó amablemente el viejo tritón–. Debes estar muy atenta y esperarlo pacientemente. No se le ve muy a menudo; incluso podrían pasar años antes de que venga otra vez. Mientras tanto procura ser feliz entre nosotros, y no te preocupes por esa tierra tan seca en la que no vemos ni pizca de belleza.

Esto alivió en gran medida los pesares de Nelly, que a partir de ese día pasó la mitad de su tiempo flotando sobre las olas, llamando a las gaviotas, alimentándolas, y haciéndose amiga de ellas, de modo que pudiera estar segura de que la avisarían cuando llegase su rey. Ella hizo otras muchas buenas acciones, y trató de portarse lo mejor posible; porque sabía, aunque el viejo y sabio tritón lo ignorase, que los desalmados no pueden ser felices. Reunió las conchas más hermosas y curiosas que pudo encontrar, y las esparció por la playa para que los niños pudieran jugar con ellas. Metía malhumoradas langostas y cangrejos en las nasas –para gran consternación de éstos–, ayudando así a los pescadores a reunir una buena carga para el mercado. A menudo se sentaba a cantar entre las rocas, allí donde las personas solitarias pudieran escuchar la tenue y dulce balada, y disfrutar de ella. Cuidaba de los niños pequeños mientras tomaban sus baños, y disfrutaba cogiendo y besando a los rosados bebés mientras chapoteaban en el agua en brazos de sus niñeras; enviaba suaves olitas para refrescar a los convalecientes, cuando sus enfermeras los introducían en la saludable agua marina; y adormecía con su arrullo a los poetas que soñaban en la orilla.

Nelly socorría a todos los peces heridos por culpa de los muchos enemigos que rondan por el gran océano, y trató de enseñar a los crueles tiburones, a los feos pulpos, y a los perezosos caracoles a ser más amables y más industriosos. Ellos no le hacían demasiado caso; pero esta tarea la mantuvo ocupada, haciendo que su tierno corazón se desviviese ayudando a cuantos se le acercaban; y cada noche, cuando se acostaba en su solitaria cama de algas, ella se decía esperanzada:

–Tal vez mañana venga el rey y me haga volver a casa. Cuando lo haga, mamá ha de encontrarse con una Nelly mejor que la niña traviesa y caprichosa que se escapó.

Supuso que su madre, habiendo hallado su ropita abandonada sobre las rocas, la creería ahogada, seguramente arrebatada por un fatal golpe de mar; y con frecuencia lamentaba el dolor que sin duda habría causado en su casa. Pero ella se animaba a sí misma imaginando la alegría que su milagroso retorno traería, y ansiaba entretanto alcanzar ese feliz momento.

Como el pueblo de las sirenas y los tritones, emprendería muy pronto su largo viaje hacia los mares del Sur, para pasar el invierno, le rogaron a Nelly que fuera con

ellos; y para animarla, le contaron lo hermoso que era todo allí: los buscadores de perlas, las islas de las especias, los árboles de coral, y las innumerables maravillas de aquel paraíso estival. Pero a Nelly no le importaba ya ningún lugar, que no fuera la bonita villa que miraba al mar sobre el acantilado, y no se sintió tentada en absoluto por las bellas historias que escuchó.

–No; yo prefiero seguir viviendo aquí, sola, donde puedo ver de cuando en cuando a mi propia gente y mi propia casa; incluso si tengo que esperar durante años y años la llegada del rey. Ahora sé que sólo la niña estúpida que yo era entonces, sería capaz de dejar cuanto podía usar y disfrutar, tratando de convertirse en una criatura sin alma. No me importa si me duele el corazón de vez en cuando; prefiero ser tal como soy a como sois vosotras: sin ningún tipo de amor ni deseo de ser buenos, sabios y felices como nosotros.

Aletadeplata y Aletadorada, después de oírla decir aquello, pensaron que Nelly era una criatura muy ingrata, y la dejaron sola. Pero a ella no le importó, porque el padre Percebe iba a quedarse para «volverse de piedra», como ellos llamaban a su extraño modo de morir. Así pues, cuando todos se marcharon, ella fue muy amable con el viejo tritón, que sin moverse de su rincón, permanecía sentado meditando sobre los cien años de su vida, y preguntándose cómo sería la roca de la que lentamente pasaba a formar parte.

Pero Nelly no quería que se muriese todavía, de modo que le trajo cosas apetitosas para comer, cantó para él, y le hizo tantas preguntas, que el tritón se vio obligado a permanecer despierto para responderlas. ¡Ah, qué historias tan maravillosas le contó!: apasionantes relatos de lugares bellísimos, peces curiosos y monstruos insólitos; valiosas lecciones sobre las mareas y las estrellas; y otros misterios del gran océano. La niña se sentaba en una caracola y escuchaba durante horas, sin cansarse nunca de aquellos nuevos cuentos de ondinas y nereidas.

Pero no se olvidó de vigilar la llegada de la Gran Gaviota, y cada día nadaba cerca de la orilla, haciendo señas a todas las aves de alas blancas que pasaban volando, y pidiendo noticias de su rey. ¡Y hete aquí que al fin apareció! Nelly flotaba bocarriba sobre las olas, canturreando ociosa para sí, y levantando una mano para llamar a su mascota, cuando, en lugar de un pequeño zarapito, un gran pájaro plateado se posó en ella, y alzando la vista vio los ojos llameantes, el anillo rojo alrededor del cuello y el penacho en la cabeza, y con una explosión de alegría exclamó:

–¡Habéis vuelto! ¡Habéis vuelto! Oh, querido rey, concededme otro deseo, un deseo mejor, y dejadme ser una niña de nuevo.

–Hum… Veamos –dijo la Gran Gaviota, agitando sobre ella sus enormes alas–. ¿Estarás contenta entonces?

–¡Lo estaré! ¡Lo estaré! –respondió Nelly con impaciencia.

–¿Nunca más serás una niña caprichosa y desobediente?

–¡Nunca más!, ¡nunca más!

–¿Seguro que no prefieres ser un pájaro, un pez, o seguir siendo una sirena?

–¡Seguro, seguro!; nada hay tan hermoso como ser un niño.

–¡Sea pues! –y al punto, agarrándola con su fuerte pico, la gaviota alzó el vuelo, ganando altura como si fuera a llevarla a su nido, para alimentar con ella a sus polluelos.

La pobre Nelly estaba enormemente asustada; pero antes de que pudiera recuperar el aliento para preguntar qué iba a ser de ella, el rey dijo en voz alta:

–¡Recuerda lo que has prometido! –y la dejó caer…

Ella esperaba estrellarse contra las rocas más abajo, y pensó que tal vez en eso consistiera su castigo; pero para su sorpresa, cayó en zigzag flotando como una pluma, y al cabo se encontró tendida en la arena con su propia forma, y las mismas ropas que vestía antes de irse con las sirenas. Permaneció tendida un momento, disfrutando del placer de sentirse seca y cálida, y acariciando la querida tierra a su alrededor.

–¡Cómo!, cariño, ¿cuánto tiempo has estado dormida? –sonó una voz muy cercana; y con un sobresalto, Nelly vio a su madre inclinada sobre ella, mientras el bebé se arrastraba entre ambas, riendo y balbuceando, tratando de enfrentarse al rostro de su hermana para comprobar si estaba despierta.

–¡Oh mamá, querida mamá, estoy muy contenta de tenerte otra vez! Yo era muy traviesa, pero he aprendido una lección muy valiosa, y voy a ser una buena niña de ahora en adelante –exclamó Nelly, agarrándose fuertemente a su madre y dándole numerosos besos.

–¡Valedme cielos! Mi pequeña ha estado soñando, y se despierta de un humor excelente –dijo riendo la madre.

–¿Acaso no creíste que me había ahogado? ¿Cuánto tiempo he estado fuera? –preguntó Nelly, mirando a su alrededor como si estuviera confusa.

–Alrededor de una hora. Pero yo no estaba preocupada, porque sabía que no romperías tu promesa, querida.

–¿Entonces fue sólo un sueño, y no me convertí en una sirena? –dijo Nelly.

–Espero que no; porque me gusta mi niña tal y como es. Cuéntame el sueño mientras yo deshago estos enredos antes de volver a casa.

Y así, sentada en las rodillas de su madre, mientras su hermanito cavaba hoyos en la arena, Nelly narró sus aventuras en el fondo del mar, tan detalladamente como pudo; sin embargo, todo le parecía oscuro y muy lejano, y no quedaba nada claro en su mente, salvo la idea de que, efectivamente, lo más maravilloso del mundo era ser una niña pequeña con un corazón para sentir, una madre a la que amar, y una casa en la que vivir hasta que, llegado el momento, partamos a ocupar otra, más hermosa que cualquiera otra en la tierra o en el mar.

Una francachela junto al mar

–¿Irás esta noche a la fiesta de la señora Tortuga? –preguntó un joven y alegre bígaro a su amigo Berberecho, cuando ambos se encontraron en la arena.

–Bueno… no lo sé: ¿qué tienen previsto hacer allí?, y ¿quiénes están invitados? –respondió Berberecho, bastante lánguidamente, porque había sido una estación veraniega muy animada, y estaba decididamente agotado.

–Definitivamente no habrá baile, pues el regidor no lo aprueba; pero no faltarán oportunidades para cantar, ni una antología de cuadros dramáticos, ni, por supuesto, un espléndido banquete. Es la última noche de la temporada; y, como en el gran hotel estarán celebrando su fiesta de despedida, hemos pensado que también nosotros podríamos organizar algún tipo de francachela. La encantadora Lily Cangrejo estará allí; también las langostas, los percebes, los cangrejos herradura, y los caracoles de mar, además de los mosquitos, las luciérnagas y los escarabajos de agua. He oído decir que asistirán distinguidos forasteros: un pez volador, una musaraña de agua, y los críos de la Madre Carey.

–Hum… ya, bueno; tal vez me deje arrastrar hasta allí en un par de horas o así. Me muero por ver a Lily Cangrejo; y el regidor organiza unas fiestas memorables. Ahora voy a disfrutar de unas algas; así que chao, hasta la noche.

El joven Berberecho no se refería a fumar un cigarro, no, sino a echarse una buena siesta bajo las algas. Bígaro buscó también unas algas con la misma intención; y ambos se despertaron tan vigorizados, que estuvieron entre los primeros en llegar a la fiesta.

El linaje de las tortugas es de rancio abolengo, pues ellas son vetustas y honorables. Su escudo de armas es un globo terráqueo que descansa sobre el caparazón de una tortuga[11], y muchos de sus antepasados –es inútil tratar de contarlos– han sido regidores. Incluso sus enfermedades son aristocráticas, porque siempre mueren de apoplejía o de gota. Algunas lenguas malintencionadas aseguran que se debe a que son unas *vividoras*[12]; pero las tortugas insisten en que se trata de algo hereditario, y que nadie puede hacer nada al respecto. Son extremadamente lentas y bastante torpes, pero dignas y bien educadas hasta decir «basta». El matrimonio al que me refiero vivía con elegancia, daba bonitas fiestas, y tenía un solo hijo, que era considerado como una tortuga muy apuesta y un buen partido. Todo el mundo pensaba que acabaría desposando a la hermosa Lily Cangrejo, la reina de la bahía; pero desafortunadamente, ella flirteaba con Oceanicus Langosta, y nadie se atrevía a pronosticar a quién elegiría ella.

Para la fiesta, el señor y la señora Tortuga habían escogido un lugar bonito y tranquilo en la playa, con una hermosa marisma cercana, para ciertos invitados que no podían permanecer mucho tiempo fuera del agua. Una roca plana en un extremo fue escogida como escenario para la representación de los cuadros dramáticos, y en el

extremo opuesto, se extendía la zona donde se serviría el banquete. El regidor se contoneaba pomposamente antes de la llegada de sus invitados, muy corpulento y luciendo un aspecto imponente; mientras que su esposa, graciosamente vestida de terciopelo negro y adornos de oro, se sentaba tranquilamente, descansando un poco antes de que comenzaran los trabajos de la tarde. Colón, el hijo de ambos, vestía un flamante traje negro, con corbata blanca y una flor en el ojal. La luna haría las veces de gran lámpara de araña, y un voluntarioso grupo de luciérnagas se había comprometido, llegado el momento, a servir de candilejas. La marea estaba subiendo; y, en lugar de carruajes, ola tras ola rompían dejando su carga de invitados en la misma linde de la hacienda familiar.

Las familias Percebe y Mejillón fueron las primeras en llegar, pues rara vez salían éstas de casa, y siempre se recogían temprano. La señorita Mosquito se presentó cargada de escándalos y chismes, y se mantuvo en un perpetuo zumbido en el oído de alguien, aunque a todos disgustaba y nadie quería pararse a hablar con ella. Era una solterona astuta, delgada, criticona, mordaz… y tan gruñona, que la gente decía que su nombre, que era Jantipa[13], le sentaba como un guante. Una pequeña y modesta musaraña de agua, vestida de un monótono gris marengo, llegó a la par que los escarabajos, que ocuparon un lugar cercano a la marisma, pues no estaban acostumbrados a las multitudes. Los miembros de la familia Langosta –siempre tan peculiares– llegaron desordenadamente, cada uno por su lado, con su característico estilo desgarbado, y fueron pronto seguidos por las familias de los bígaros y los berberechos. Un grupo de petreles[14] llegó marchando junto al pez volador, que parecía –y sin duda se sentía– completamente fuera de su elemento. El alboroto causado por la llegada de los distinguidos forasteros, sólo había empezado a calmarse cuando Colón Tortuga y Oceanicus Langosta, se encontraron en la entrada; el joven Berberecho se llevó el vaso a un ojo, y Bígaro exhaló un suspiró. Se produjo un gran revuelo entre las damas, y la señorita Mosquito comentó maliciosamente a su prima Luciérnaga:

–¡Valedme, cielos! ¡Qué jaleo a cuenta de una gente tan vulgar!

–¡El comodoro Cangrejo, la señora Cangrejo, y la señorita Cangrejo! –anunció el criado de librea, y la distinguida familia de crustáceos hizo su solemne entrada.

El comodoro había tomado parte en muchas batallas navales, y era famoso por no retroceder jamás, una vez se hallaba en presencia del adversario. Pero el viejo soldado era más bien tímido en compañía de extraños, y lo mismo cabía decir de su señora; y a menudo, cuando alguien se acercaba a hablar con ellos, ambos se retiraban precipitadamente hacia un lado; tan retraído era el carácter de aquella excelente pareja. El comodoro vestía su flamante uniforme color naranja, y cojeaba visiblemente, pues había perdido una pata en una célebre batalla. La señora Cangrejo vestía con gran elegancia, de verde con bodoques rojos. Pero la señorita Cangrejo… ¿cómo podría pintaros a esa encantadora criatura? Deslumbradoramente rubia, vestía de un blanco níveo de la cabeza a las patas, y llevaba en su pinza un exquisito ramo

de algas de color rosa; la visión del ramo hizo que la joven tortuga mirase torvamente a la langosta, pues habiendo enviado ambos algas a la damita, Lily había escogido las de su rival. Ahora bien, los padres de Lily deseaban que su joven hija aceptase a Colón, porque su familia era pudiente; pero ella no lo amaba, pues había entregado su corazón a Oceanicus, que era pobre. Aun así, al haber sido educada a la vieja usanza, ella sentía que era su deber asegurar un buen casamiento; de modo que se dejaba cortejar por el aburrido Colón, mientras coqueteaba con el alegre y vivaracho Oceanicus. El asunto había alcanzado un punto crítico, y resultaba evidente que algo se decidiría esa misma noche, pues ambos caballeros estaban colados por el caparazón de la hermosa Lily, y se miraban trágicamente el uno al otro con cara de lamprea.

–Siempre pensé que esto traería cola (y no de sirena), pues el comportamiento de esa muchacha es escandaloso. Hubo un caso muy parecido a éste en el hotel el verano pasado, y acabó con una fuga y un suicidio –zumbó la señorita Mosquito al oído de *madame* Tortuga, que irguiendo mucho la cabeza, respondió en su tono más digno, sin apartar la vista de su hijo:

–No tengo ningún temor a ese respecto: tales asuntos se dirimen con toda propiedad entre nuestras primeras familias. Y ahora, si me disculpa, tengo unas palabras que decirle a la señora Cangrejo.

–Si esto es una muestra de las costumbres de nuestras *primeras familias*, me alegro de no pertenecer a ninguna de ellas –gruñó para sí la señorita Mosquito–. ¡Ah, si por mí fuera, arruinaría tu belleza en un periquete, *se-ño-ri-ta*! –masculló, mirando fijamente a Lily Cangrejo. ¡Y vaya si lo haría!, pues esta criatura rencorosa, solía deleitarse picando con saña a las chicas guapas hospedadas en el hotel; en especial sus pobres y queridas naricillas, hasta que ya no eran aptas para ser contempladas.

Los caracoles, como siempre hacían, llegaron tarde; y uno de ellos, al ser presentado a la musaraña, comenzó a quejarse de sus sirvientes, como acostumbran a hacer las señoras[15] de postín cuando se juntan.

–Nunca hubo un esclavo tan perfecto para una casa como yo lo soy para la mía –explicó el caracol–. Nosotros recibimos numerosas visitas en nuestro hogar, y las cosas deben estar permanentemente en perfecto orden; pero ¡ay!, nunca lo están, y eso que empleamos a diez sirvientes. ¿Cómo lo logra usted, *madame*? Parece bastante rolliza y serena; yo, en cambio, ya ve: consumida hasta la concha por mis preocupaciones y cuidados.

–Vengo del arroyo sobre la colina, y en el campo vivimos de una forma mucho más simple que la gente de la ciudad. No tengo ni un solo sirviente, en casa lo hago todo yo misma, y he criado a mis ocho hijos sin ayuda alguna –respondió la musaraña, componiéndose los pliegues de su chal blanco con aire tranquilo.

–¡Cáspita! ¡Eso es extraordinario! Pero a mí, ya ve, una vida tan activa no me conviene. Usted está acostumbrada a esos ajetreos, me atrevo a asegurar que desde siempre, de modo que lo lleva muy bien; pero yo fui educada en un ambiente

diferente –y, con una orgullosa mirada, el espléndido caracol violeta se alejó lentamente, mientras la musaraña y los escarabajos intercambiaban guiños y sonrisas entre ellos.

–Dígame, ¿cómo ha llegado una criatura que realiza su propias tareas domésticas, a entrar en nuestro selecto círculo? –preguntó el caracol a un viejo e irritable cangrejo herradura, a quien aquél respetaba mucho.

–Porque se trata de una criatura encantadora, y yo mismo le aconsejé a la señora Tortuga que la invitase –respondió el cangrejo herradura, en un tono tan agudo como su cola.

–¡Caracoles! ¿Adónde vamos a ir a parar? –suspiró el ofendido molusco, que, siendo tan conservador como era, no apreciaba ni poco ni mucho ningún tipo de progreso.

–Mi querido señor, se lo aseguro, es una espléndida inversión, totalmente segura y muy rentable –le decía la vieja langosta al regidor, a quien sostenía por la solapa del chaqué en un rincón.

–¿Es usted acaso el presidente del banco? –preguntó la vieja tortuga, con un brillo astuto en sus ojillos.

–No señor, ni siquiera soy el director, pero me tomo interés en él, y si tuviera caudales, no dudaría en invertirlos allí, pues el banco más seguro que conozco es el de mis amigos *Ostras, Mejillones y Cía.* –respondió la langosta, que era tan viejo y mal partido, como ningún otro crustáceo sobre el lecho marino.

–Pensaré en ello y solicitaré informes, y, si todo es satisfactorio, seguiré su consejo, pues créame que yo valoro mucho su opinión, y confió en su buen juicio –repuso el señor Tortuga, que veía en la langosta a un especulador sin escrúpulos.

–Bendito sea, señor, hará que me sienta orgulloso de usted. Sin duda será reelegido, y permanecerá como regidor hasta el día (espero que lejano) de su muerte, si la influencia y el voto de A. Langosta pueden mantenerlo en su sillón –respondió el crustáceo, para quien Tortuga era un viejo y testarudo caballero, al que no le resultaría difícil estafar, de alguna manera estrictamente legal.

–Esto pinta bien: Tortuga acabará por picar, y nosotros saldremos a flote a pesar del desastroso balance –susurró Langosta a su amigo Hércules Mejillón, en tono exultante; pues lo cierto era que el banco de *Ostras, Mejillones y Cía.*, se encontraba en una situación muy cercana a la quiebra, aunque muy pocos lo sospechaban siquiera.

Entretanto, la señorita Lily conducía a sus dos pretendientes a la desesperación, a fuerza de mostrarse amable y coqueta con ambos. Ella se sentaba en un sofá de color verde mar, haciéndose aire con un pequeño abanico de coral, mientras los dos caballeretes, plantados gallardamente delante de ella, trataban de entretener a la señorita e incordiarse el uno al otro.

–Feo asunto el de Bessie Percebe y el joven Berberecho, ¿no le parece? –dijo Colón con su pachorra característica, pensando que eso complacería a Lily,

moviéndola a la piedad o a condenar a su antigua rival.

–¿Qué ha ocurrido? He pasado una semana entera encerrada con un fastidioso resfriado, y no estoy al tanto –respondió la joven, posando sus grandes ojos en Colón, de una manera que lo confundía terriblemente.

–¡Cómo! ¿Es que no sabía usted que ella estaba prácticamente comprometida con Phillip Bígaro, el primo de Tom, que está aquí esta noche?; pues bien, justo cuando el enlace se consideraba decidido, apareció Charley Berberecho, y ambos se fugaron. La familia Percebe insiste en que su hija fue raptada, pero yo lo dudo.

–Yo también lo dudo. Cualquier muchacha con sentido común preferiría un buen tipo como Charley, sin un centavo, a un fideo como Phil Bígaro, aunque valga medio millón –dijo Oceanicus, en un tono que hizo que la sangre de Colón hirviese de ira.

–Fue una acción poco caballerosa y de lo más inadecuada, y nadie más que un merluzo de baja estofa lo habría hecho –respondió la tortuga con gravedad.

–Bueno, yo diría que más merluzo fue Phil, por encajar tan mansamente semejante vapuleo. Considero que fue un acto de valentía por parte de Charley, y me imagino que la señorita Lily estará de acuerdo conmigo –contraatacó Oceanicus, con una sonrisa insinuante y una respetuosa inclinación.

–No debería hacerme esa pregunta tan indecorosa –respondió Lily, sonriendo afectadamente detrás de su abanico–. Fue terriblemente inadecuado y todo eso, lo admito; pero también fue muy romántico, y yo adoro el romanticismo, ¿acaso usted no, señor Tortuga?

–Decididamente no es forma de hacer las cosas. En las buenas familias no se permiten este tipo de locuras; pero ¿qué otra cosa podría esperarse de un vulgar molusco? –comentó Colón con desprecio.

–¡Vaya, querido amigo, no debería usted ser tan severo, teniendo en cuenta que su prima Theresa hizo lo mismo, ya sabe…

Mientras Oceanicus decía esto, miraba directamente a los ojos de la joven tortuga de la manera más impertinente. Pero por una vez Colón estuvo a la altura, pues se limitó a responder fríamente:

–El viejo Percebe jura que encerrará a Charley Berberecho, si logra encontrar un lugar adecuado para un joven bribón como él; yo le he sugerido que pruebe en una nasa para langostas.

Aquello fue un golpe bajo, pues Oceanicus había sido atrapado en una nasa no hacía mucho, de camino a casa después de un cóctel de mariscos; y habría sido hervido si sus amigos no hubiesen acudido en tropel al rescate. Se consideraba una triste desgracia morir por ebullición, o ser capturado de cualquier forma; de modo que la familia de la langosta lo ocultó tan cuidadosamente, como hizo la de la tortuga con el *affaire* de la huida de Theresa.

Oceanicus dirigió a Colón una mirada que éste recordaría durante mucho tiempo, pero no le dijo nada; y volviéndose hacia la señorita Cangrejo, como si estuvieran ellos dos solos, murmuró con pesar:

–Mi querida Lily, debe de ser terriblemente aburrido para usted no poder bailar. ¿Me permite que le traiga algo de comer? Veo que al fin están sirviendo los aperitivos.

–Estaba a punto de acompañar a la señorita Cangrejo hacia allí yo mismo –intervino la joven tortuga con altivez.

–Ahora no vayan a pelearse por mí. Permaneceré aquí sentada, y cada uno de ustedes puede traerme alguna cosa. Tomaría un camarón y un vasito de agua salobre –propuso la señorita Lily, con la esperanza de calmar a los enfurecidos pretendientes.

Ambos se alejaron a toda prisa; pero Oceanicus, que siempre marchaba a paso ligero, fue el primero en regresar; y mientras le tendía el vaso a la señorita, le susurró:

–Recuerde que después vienen los cuadros dramáticos…

–¡Oh cielos! ¡No puedo ni pensar en ello! –exclamó la señorita Lily con un gritito–. Ahora, ¿puede usted sujetar mis cosas mientras como? Tenga cuidado de no romper esto, pues lo valoro mucho –añadió, al tiempo que le entregaba a la tortuga el abanico que él le había regalado–. ¡Cuán dulces y fragantes son! Yo adoro las algas –continuó ella, aspirando el aroma de su ramo, antes de dárselo a la langosta para que se lo cuidara. Luego, quitándose los guantes, bebió coquetamente un sorbito de su salmuera, y sosteniendo delicadamente el camarón con una pinza, le quitó las patas con la otra, metiéndoselo poco a poco en la boca, hasta que no quedó nada más que la cola, que la tortuga conservó como una prenda de amor.

* * * *

–Mi querida criatura, qué demacrada la veo: temo que esta alegre temporada haya sido demasiado para usted. Los coleópteros a su edad deben ser cuidadosos con su estado de salud –le dijo la señorita Mosquito a Fanny Luciérnaga, que era una de las favoritas del momento, siendo como era una dama bonita, pizpireta y *luminosa*.

–Gracias querida, pero me encuentro estupendamente, y ninguna estación es *la peor* para mis alegrías. Si usted es capaz de soportar un verano de disipación, con más razón puedo hacerlo yo, dados los buenos años que usted me saca, ya sabe –respondió dulcemente la señorita Fanny, mientras se alejaba en compañía de Tom Bígaro, que rehuía a «Miss Quito» (como él la llamaba), como si de una plaga andante se tratara… aunque habría sido más acertado calificarla de «plaga volante».

–¡Pobre chica! ¡Cuánto siento que esté perdiendo su belleza tan rápidamente… y volviéndose tan arisca y amargada! Ella solía ser brillante y simpática, pero está muy consentida y mimada, y no disponiendo de fortuna ni de talento, muy pronto será olvidada –comentó Jantipa, rubricándolo con un suspiro que venía a decir: «Si ella fuera como yo, ahora encarnaría todo lo que es bueno y encantador».

–¿Cómo les va a los cangrejos herradura, señorita Mosquito? –preguntó la señora Tortuga.

–No los veo muy a menudo; no pertenecen a mi círculo de amistades, ya sabe.

Criaturas que surgieron del cieno, y que aún mantienen relaciones con los que viven allí, no son la clase de organismos con la que me conviene asociarme –respondió Jantipa, con un respingo de desprecio de su larga nariz.

Conviene saber que, en aquellos momentos, tanto las tortugas como las langostas tenían conexiones en Villacieno, de modo que, naturalmente, unas y otras se sintieron ofendidas por el comentario de la hembra mosquito. La anciana señora Langosta se puso tan colorada como si estuviera recién cocida; pero la señora Tortuga, sin perder la compostura, cambió rápidamente de tema, diciendo cortésmente:

–Vamos a cenar temprano debido a los cuadros dramáticos; como usted va a actuar, ¿no prefiere acompañarme abajo, y tomar un refrigerio antes de que comience la estampida?

–Gracias, es usted muy amable, pero cenaré en el hotel en algún momento. Estoy bastante delicada, ya sabe, y encuentro que el alimento que allí tengo a mi disposición, conviene más a mis necesidades que las viandas vulgares. Veo que la señora Percebe aguarda a que me acerque para distraerla, así que debo dejarlas. Tenga cuidado se lo ruego, y no se excite demasiado, mi querida señora, pues ya sabe que la apoplejía es una triste fatalidad en su familia. Y usted, señora Langosta, ya puede dejar de aparentar esa aristocrática indignación.

Y con estos picotazos de despedida, la señorita Jantipa Mosquito se alejó zumbando, dejando a las dos venerables damas renegando a gusto, mientras se arreglaban las cintas de sus sombreros:

–Jantipa se pone realmente insoportable; está constantemente sedienta de sangre, y apuñala a diestro y siniestro con su lengua cruel. Vamos querida, tomemos una taza de té, estoy segura de que nos lo merecemos.

* * * *

Fue realmente divertido observar a los comensales durante la cena: al regidor anteponiendo el bienestar de sus invitados al suyo propio; a las señoritas picoteando delicadamente su comida, y pretendiendo no tener mucho apetito después de haber tomado «un té delicioso en casa»; a los caballeros más jóvenes comiendo cualquier cosa a su alcance, y bebiendo más de lo que era aconsejable para ellos… Las damas más ancianas estuvieron algo desatendidas, pero dieron lo mejor de sí mismas, y deslizaron unas cuantas pequeñeces en sus bolsos «para los animalitos en casa»; mientras que sus orondos maridos se atiborraban hasta cortarse el resuello.

Después de la cena, hubo sesión de canto; y los petreles quedaron espléndidamente bien, porque formaban una cuadrilla muy alegre, y cantaron todo tipo de canciones de ambiente marinero en un fino estilo, especialmente: «Toda una vida sobre las olas»[16] y «Mecido en la cuna de las profundidades». La señorita Mosquito, recitó con voz zumbona «Sopla, corneta, sopla» de Tennyson; y la señora Musaraña interpretó muy dulcemente una canción de cuna. El viejo A. Langosta, que

aún era un animoso fiestero, cantó «Hay una loma»[17], lo que hizo que la vieja tortuga riese de tal modo, que llegó a temerse que le diera un ataque; y, para deleite de la señorita Lily, la serenata de la joven Langosta eclipsó por completo la barcarola de la joven Tortuga. Después de esto, el pez volador realizó algunas vistosas proezas gimnásticas en la marisma; y a los escarabajos se les permitió, como un favor especial, mostrarle a la juventud el nuevo «paso del saltamontes», que era el último grito en bailes populares.

Y entonces llegó el esperado momento de los cuadros dramáticos. Una hilera de luciérnagas hacía las veces de luces de pie en el escenario; una gruesa telaraña servía de telón, y dos arañas se encargaban de subirlo y bajarlo. *Monsieur* Hyla, una rana arborícola, interpretó entre los números dulces melodías con su flauta, y todo fue como la seda. El primer cuadro fue una escena de *La tempestad* de Shakespeare. Un venerable cangrejo herradura hacía de Prospero, y su cola rígida resultaba muy convincente como varita mágica. Lily Cangrejo era Miranda, que lucía espléndidamente mientras miraba con arrobamiento a su Fernando, personaje interpretado por Oceanicus. Un erizo hacía de Calibán; una Luciérnaga era Ariel; y el cuadro fue un gran éxito, a decir de todo el mundo a excepción de la rencorosa tortuga Colón.

El regidor en persona accedió a aparecer en el siguiente cuadro como el viejo marinero, contando su historia a los invitados de la boda en el célebre poema de Coleridge. A su rostro le faltaba capacidad de expresión, y se le veía más bien rollizo para ser un hombre angustiado, «en manos de la muerte en vida»; pero como varios miembros de su familia habían llevado una vida marinera, y muerto a edades fabulosamente avanzadas, decidió que nadie era más adecuado que él para interpretar ese papel. La joven langosta hacía del invitado retenido por el marinero, y fue realmente soberbia la expresión de nostalgia con la que contempló la zarabanda nupcial: Lily era la novia –¡qué dulce su mirada bajo el velo!–; y Colón el novio –la tortuga, presa del entusiasmo del momento, estuvo absolutamente genial.

El cuadro de «Los tres pescadores»[18] siguió a continuación, y fue el punto álgido de la velada, pues uno de los petreles iba cantando los versos a medida que se representaban las escenas. Primeramente se vio a los pescadores «navegando en grandes conchas sobre el lago hacia el Oeste». Una medusa, el joven berberecho, y Tom Bígaro, eran los pescadores, y todas las damas del público aplaudieron con entusiasmo, al verlos remar tan gallardamente. Al cabo aparecieron las tres esposas en la torre del faro –que habían simulado a base de acumular luciérnagas en la parte superior de la roca–, y aquéllas, interpretadas por la musaraña, la señorita Escarabajo, y un caracol, esperaban con ansiedad a los barcos «que no habrían de volver a tierra nunca más». Aquí los caballeros por poco no derriban la platea con sus vítores, aunque las damas calificaron la escena de nadería. La última escena fue realmente emocionante, pues los «tres cadáveres yacían sobre la arena brillante», y «las mujeres lloraban retorciéndose las manos trágicamente». La joven medusa estuvo

verdaderamente fantasmal, y la angustia de la señora Musaraña fue tan magistralmente interpretada, que resultó evidente para todos que ella no desconocía el dolor. «La dama de los lirios de Astolat»[19] fue el siguiente cuadro, pues éste y «Los tres pescadores» son siempre los favoritos en la playa. Naturalmente Lily Cangrejo interpretaba a la dama, yaciendo en un lecho de espléndidas algas sobre la gran concha de labios rosados que era la barca. En la proa se sentaba un sapo, haciendo del viejo y fiel enano que la conducía hacia Camelot, y su fealdad, por contraste, acentuaba la deslumbrante belleza de Lily. En la orilla del lago aguardaban los dos petreles más apuestos, haciendo del rey Arturo y Lancelot, y una bonita señorita Bígaro interpretaba a la reina Ginebra. Una buena parte del público no había leído *Los idilios del rey*[20], y no tenía la menor idea de lo que significaba todo aquello; pero todos se esforzaban en aparentar que lo hacían, y daban palmaditas con las manos con un aprobador: «muy dulce», o, «exquisito»; «realmente, esto hace a los jóvenes acreedores de grandes alabanzas»; «totalmente *comme il faut*»[21], como dijo la anciana señora Langosta tratando de parecer elegante, a pesar de que era una mujer más bien ordinaria, que no sabía hacer nada más que ensaladas, pues su padre había regentado un restaurante.

El último cuadro pertenecía al *Don Juan*[22]. Colón interpretaba al severo padre, y Lily a la encantadora hija; los dos vestían a la griega, y es imposible describir lo bien que estuvieron ambos en estos papeles. Fue éste un número muy emocionante; pues, cuando Haidée yacía lánguidamente en su diván, preguntándose quién sería el galán que había cantado bajo su ventana una noche de luna llena, el mismo galán irrumpió magníficamente en la sala como un corsario, seguido de toda su banda. Oceanicus parecía oscuro, feroz y melodramático como media docena de *Byrons*, y electrizó al público derribando al señorial padre y exclamando: «¡Tirano, yo te desafío!, ¡ja!, ¡ella es mía!»; y abandonando rápidamente la escena con Lily en brazos. Esta emocionante exhibición de talento interpretativo, produjo ronda tras ronda de tumultuosos aplausos, y gritos de: «¡Langosta!, ¡Langosta!», desde todos los rincones de la platea. El telón fue alzado, pero nadie apareció a excepción de Colón, todavía caído en el suelo, después de haber quedado aturdido y totalmente perplejo por el ataque, que no había sido ensayado previamente. Yacía con la mirada perdida, y su aspecto era tan patético, que los bromistas que habían levantado el telón, lo dejaron caer y lo levantaron a él en su lugar. Todo el mundo se rio de la tortuga y elogió a Oceanicus. Las langostas brillaban de orgullo; las damitas confesaron estar «hondamente conmovidas», y los caballeretes reconocieron que *Oce* se había superado a sí mismo, «¡por Neptuno!».

Una vez volvieron a su cauce las desbordadas emociones, el público comenzó a preguntarse por qué las «estrellas» no aparecían para recibir sus agasajos. Pero lo cierto es que en ninguna parte fueron encontrados, y la señora Cangrejo (madre de Lily) comenzó a mostrarse inquieta. Alguien sugirió que podrían estar dando un paseo por la playa, para refrescarse y recomponerse. Se organizó una búsqueda

concienzuda, pero no se descubrió indicio alguno, hasta que una anciana medusa que flotaba en la orilla, les informó de que una joven pareja había zarpado poco antes, y que les oyó decir que tenían el tiempo justo de parar en casa del reverendo doctor Bacalao, antes de embarcar en el vapor.

Cuando estas ominosas palabras fueron repetidas entre los asistentes, la señora Cangrejo se desmayó, y el comodoro pataleó de un lado a otro, usando un lenguaje muy grueso. La señorita Mosquito Jantipa exclamó triunfalmente: «¡Os lo dije!»; y todo el mundo andaba muy excitado y sin saber qué cara poner. Los invitados se dispersaron al instante, y cuando el oleaje se llevó al último de ellos, la pobre señora Tortuga dijo con un suspiro:

–Por mi parte, me alegro de que acabe la temporada; de que demos carpetazo a esta frivolidad estival; y de que podamos recuperar nuestro sencillo estilo de vida y nuestras costumbres, como criaturas respetables y decentes.

La amiguita de Fancy

Era un carro largo y estrecho, cuya caja tenía la forma de una gran cesta, con ruedas bajas, y tirado por un corpulento pollino. La señorita Fairbairn, la institutriz, gobernaba diestramente el tiro desde el pescante; y a su espalda, asomando sus cabecitas a los bordes de la cesta, se veía a un puñado de niñitos sonrientes, con pequeñas palas de madera y cubitos de lata en las manos, camino de la playa. Recorrieron un buen trecho desde la explanada frente al hotel, a través de la pedregosa carretera hacia las afueras, y desde allí al amplio y suave arenal. Nada más llegar, todos los niños salvo uno, se tiraron inmediatamente del carro a cavar hoyos y estanques, o a construir castillos y fortalezas. Hacían esto mismo día tras día, y nunca se cansaban de ello; pero la pequeña Fancy[23] había inventado nuevos juegos para ella, y rara vez cavaba en la arena. Cultivaba un hermoso jardín de algas marinas que las olas regaban todos los días; mantenía un palacio de bonitas conchas, donde albergaba a todo tipo de pequeñas criaturas acuáticas, como si fueran personajes de cuentos de hadas; tenía amigos y compañeros de juego entre las gaviotas y los correlimos[24]; aprendía cosas curiosas observando a los cangrejos, a las medusas y a los cangrejos herradura; y todos los días vigilaba atentamente esperando ver una sirena.

Era inútil explicarle que no había sirenas: Fancy creía firmemente en su existencia, y estaba segura de que algún día vería una. Los otros niños llamaban sirenas a las focas; y se contentaban con las extrañas criaturas relucientes que jugaban en el agua, tomaban el sol sobre las rocas, y nadaban en torno a ellos mirando con sus ojos suaves y brillantes. Pero a Fancy no le convencían las focas –no eran lo suficientemente hermosas ni graciosas para su gusto–, y suspiraba por encontrarse con una auténtica sirena. Aquel día la niña echó una despreocupada carrera a las aves playeras a lo largo de la orilla; plantó unas hermosas algas rojas en su jardín; y dejó escapar a los caracoles y escarabajos de agua que habían pasado la noche en su palacio. Después se dirigió a una roca que descollaba cerca del tranquilo rincón donde jugaba a solas, y se sentó allí a esperar la llegada de una sirena, mientras subía la marea; pues ésta le traía muchas cosas curiosas, y tal vez pudiera obsequiarla con una de aquellas legendarias criaturas.

Al mirar a través de las olas que venían rompiendo una sobre otra, vio algo que no era ni un barco, ni una boya, ni una foca. Se trataba de una figura de aspecto fabuloso, con una extraña cabeza, una larga y ondulante cola, y algo así como un par de brazos con los que se impulsaba a modo de aletas. Las olas se abatían sobre ella, de modo que Fancy no podía verla con detalle; pero, cuanto más la miraba, más segura estaba de que aquello era una sirena; así que esperó con impaciencia a que alcanzara la orilla. Fue acercándose más y más, hasta que una gran ola la arrojó, fuese lo que fuese, sobre la arena; y Fancy comprobó con disgusto que no era más que un

largo pedazo de alga parda, desgarrada a la altura de las raíces. Estaba muy decepcionada; pero, de súbito, su rostro se aclaró, juntó sus manos y se puso a bailar alrededor del sargazo, diciendo:

–Puesto que ninguna viene a mí, haré mi propia sirena.

Se alejó corriendo playa arriba, y, después de pensarlo un momento, puso manos a la obra. Tras elegir un lugar liso y duro sobre la arena, dibujó con un palito el contorno de su sirena; luego compuso su cabellera con la hierba marrón de la marisma cercana, disponiéndola en largos mechones a ambos lados de la cara, que hizo con sus conchas rosas y blancas más bonitas –pues antes de nada, había derribado su palacio para recuperarlas–. Los ojos eran dos guijarros de color gris; el cuello y los brazos los formaban las más grandes conchas blancas; y el espléndido vestido lo hizo con algas rojas, verdes, moradas y amarillas, procedentes del jardín que Fancy había vaciado para vestir a su sirena.

–En los cuentos se dice que las sirenas tienen una larga cola de pez; y yo podría hacerle una con esta gran hoja de alga parda. Pero no es lo bastante bonita, y no me gusta, porque yo quiero que la mía sea muy hermosa: así que no le haré ninguna cola –dijo Fancy, y colocó dos conchas blancas y alargadas para simular los pies, en el borde inferior de la larga falda con flecos.

Añadió luego una corona de pequeñas estrellas de mar, ciñendo la melena castaña, y un cinturón de pequeños cangrejos naranjas alrededor de la cintura; abotonó el vestido con caracolas de color violeta, y colgó una pequeña piedrecita blanca, como una perla, de cada oreja.

–Ahora debe tener un espejo en una mano y un peine en la otra, como dice la canción, y entonces estará terminada –dijo Fancy contemplando su creación, muy complacida con el resultado.

Al poco encontró los restos de un pequeño pez, y su raspa se convirtió en un excelente peine; mientras que una medusa transparente, con un marco de conchas de berberecho alrededor, hizo las veces de espejo. Colocando ambos objetos en las manos de su sirena, y algunas pulseras de coral rojo en las muñecas, Fancy dio por finalizada su obra, y bailó alrededor de ella cantando:

Mi bonita y pequeña sirena,
¡vamos!, ven y juega conmigo:
Sé bienvenida, yo te querré;
¡muy felices hemos de ser!

Pero he aquí que, absorta como estaba en su tarea, no había prestado atención a la marea, que no paraba de subir; y mientras ella cantaba, una ola barrió la orilla mojándole los pies.

–¡Oh, qué lástima no haberla puesto más arriba! –se lamentó Fancy–; la marea diseminará mis conchas y algas por la orilla. Yo quería conservarla para mostrársela a

la tía Ficción. ¡Mi pobre sirena! La perderé; pero tal vez ella sea más feliz en el mar: así que la dejaré ir.

Encaramándose a la roca de sus juegos, Fancy esperaba ver su obra destruida. Pero el mar parecía compadecerse de ella, y una tras otra las olas se acercaban sin hacerle ningún daño. Por fin una rompió prácticamente encima de la sirena, y Fancy pensó que ese sería su final. Mas no: en vez de esparcir las conchas, los guijarros y las algas, la ola levantó toda la figura, sin desplazar de su sitio ninguno de sus componentes, y suavemente se la llevó de vuelta al mar.

–¡Adiós! ¡Adiós! –exclamó Fancy, mientras la pequeña figura se alejaba flotando; y más tarde, cuando desapareció de su vista, se llevó las manos al rostro, porque ella quería a su sirena, y había empleado todos sus tesoros para adornarla; perderla tan pronto le resultaba muy duro, y los ojos de Fancy estaban arrasados en lágrimas. Otra gran ola llegó rizándose; pero esta vez no alzó la vista para verla romper, y un minuto después, oyó pasos ligeros sobre la arena, dirigiéndose hacia ella. Aun así, tampoco se movió, porque en ese triste momento, ninguno de sus compañeros de juego podría ocupar el lugar de su efímera amiga, y ella no deseaba ver a nadie.

–¡Fancy! ¡Fancy! –gritó despreocupadamente una voz, más dulce que cualquiera que hubiese oído en su vida. Pero la niña no levantó la cabeza, ni le importaba tampoco saber quién la llamaba. Los pasos se detuvieron muy cerca de ella; y en eso sintió en su piel el tacto de una manita fría y húmeda. Entonces se volvió a mirar, y vio a una extraña niña pequeña parada junto a ella, que le sonreía mostrando sus dientes como pequeñas perlas, y que le dijo con tono sereno:

–Tú querías que yo jugara contigo, así que volví.

–¿Quién eres tú? –quiso saber Fancy, preguntándose dónde había visto antes a esa niña.

–Yo soy tu sirena –respondió la desconocida.

–Pero el agua te llevó, yo lo vi –exclamó Fancy.

–Las olas sólo me llevaron para que el mar me diera la vida, y luego me trajeron de nuevo hasta ti –respondió la recién llegada.

–Pero ¿eres realmente una sirena? –preguntó Fancy, comenzando a sonreír y a creer.

–Soy *realmente* la sirena que tú hiciste: mírame y dime si no es así –y la pequeña criatura se movió lentamente alrededor de Fancy, hasta que ésta, efectivamente, se convenció de que se trataba de su obra.

Ciertamente, era muy parecida a la figura que hasta hacía sólo un momento yacía sobre la arena, sólo que ya no estaba hecha de guijarros, conchas y algas. Allí, ceñida por una corona de estrellas, estaba la larga melena marrón que, agitada por la brisa, azotaba su bonito rostro. Sus ojos eran grises, sus mejillas y su boca rosadas, blancos el cuello y los brazos; y por debajo de los flecos de su larga falda, asomaban sus pequeños pies descalzos. Llevaba pendientes de perlas en las orejas, pulseras de coral en las muñecas, un cinturón de oro, un espejo en una mano y un peine en la otra.

–Sí –dijo Fancy acercándose–, no hay duda de que tú eres mi pequeña sirena; pero ¿cómo ha sucedido que vinieras a mí al fin?

–Querida amiga –respondió la niña del mar–, tú creíste en mí, vigilaste y me esperaste durante mucho tiempo, diste forma a tu deseo con tus tesoros más preciados, y prometiste acogerme y quererme. No podía evitar venir; y el mar, que es tan generoso contigo, como tú lo seas con él, me ayudó a concederte tu deseo.

–¡Oh, qué alegría, qué contenta estoy! Querida sirenita, ¿cuál es tu nombre? –exclamó Fancy, al tiempo que rodeaba con sus brazos el cuello de su nueva amiga, y besaba su fría mejilla.

–Llámame por el bonito nombre de mi prima germana: Lorelei –contestó la sirena, devolviéndole el beso tan cálidamente como pudo.

–¿Quieres venir a mi casa y vivir conmigo, querida Lorelei? –le preguntó Fancy, sosteniéndola aún firmemente.

–Si me prometes no decirle a nadie *quién* ni *qué* soy, permaneceré contigo mientras me quieras y creas en mí. Tan pronto como me traiciones, o me retires tu confianza o tu cariño, desapareceré para no regresar jamás –respondió Lorelei.

–Te lo prometo; pero ¿no se preguntará la gente quién eres y de dónde vienes? Y, si me lo preguntan a mí, ¿qué voy a decirles? –dijo Fancy.

–Les dirás que me encontraste en la orilla del mar… ¡y déjame a mí el resto! Pero no debes esperar que otras personas me quieran y crean en mí como lo haces tú. Te dirán cosas muy duras sobre mí; te reprenderán por quererme, e intentarán separarnos; ¿podrás soportar eso, y mantenerte fiel a tu promesa?

–Creo que podré. Pero ¿por qué no habrías de gustarles? –quiso saber Fancy, mirándola con preocupación.

–Porque ellos no son como tú, querida –respondió la sirena, con lágrimas de sal en sus ojos brillantes–. Ellos no poseen tu don de ver la belleza en todas las cosas, de disfrutar de delicias invisibles, y de vivir en un mundo de tu propia invención. A tu tía Ficción le gustaré; pero a tu tío Realidad no. Él querrá saberlo todo acerca de mí; pensará que soy una pequeña vagabunda; y querrá enviarme a alguna otra parte, para que me eduquen como a los demás niños. Me mantendré tan lejos como pueda de su camino, porque le tengo mucho miedo.

–Yo me ocuparé de ti, querida Lorelei; y nadie te perturbará. Pero… me ha parecido oír a la señorita Fairbairn llamándonos. Debemos irnos ya: dame tu mano y no tengas miedo.

Agarraditas de la mano se dirigieron hacia los otros niños, que dejaron de cavar, y contemplaron extrañados a la niña nueva. La señorita Fairbairn, que era muy sabia y muy buena, aunque un poco estirada, la miró también, y dijo con tono de sorpresa:

–¡Cómo, querida! ¿Dónde has encontrado a esta niña tan curiosa?

–Abajo en la playa. ¿No le parece bonita? –respondido Fancy, sintiéndose muy orgullosa de su nueva amiga.

–No lleva zapatos; así que debe ser una mendiga, y no debemos jugar con ella –

dijo un niño, al que le habían enseñado que ser pobre era una cosa terrible.

–¡Qué pendientes y pulseras más bonitos lleva! –dijo una niña pequeña muy coqueta, que se preocupaba mucho de su apariencia.

–No parece que sepa muchas cosas –dijo otro niño, que por haberse aplicado tanto al estudio, nunca tuvo tiempo para cavar y correr y hacer pasteles de barro, hasta que un día enfermó, y debieron enviarlo a la orilla del mar para que se curase.

–¿Cómo te llamas, pequeña?, ¿y dónde están tus padres? –le preguntó entonces la señorita Fairbairn.

–No tengo padres; y mi nombre es Lorelei –respondió la sirenita.

–Querrás decir «Luly»; cuida tu pronunciación, hijita –dijo la señorita Fairbairn, que siempre corregía a todas las personas que conocía, por una cosa u otra–. Dime, ¿dónde vives?

–No tengo ninguna casa ahora –repuso Lorelei, sonriendo ante el tono de la señorita.

–Sí, sí que la tienes: mi casa es tuya, y te quedarás conmigo para siempre –exclamó Fancy de todo corazón–. Ella es mi pequeña hermana, señorita Fairbairn: yo la encontré, cuidaré de ella y la haré feliz.

–A tu tío no le va a gustar, querida Fancy –y la señorita Fairbairn negó gravemente con la cabeza.

–A mi tía le gustará; y a mi tío no le importará, si aprendo bien mis lecciones, y me preocupo de recordar las tablas de multiplicar. Iba a darme algo de dinero, para que yo aprendiera a llevar una contabilidad; pero le diré que se quede con el dinero y me deje tener a Lorelei en su lugar.

–¡Oh, qué tonta! –gritó el niño al que no le gustaban los pies descalzos.

–No, no lo es, porque si es amable con la niña desconocida, tal vez ella le regale algunas de sus bonitas pertenencias –intervino la niña presumida.

–Llevar la contabilidad es una cosa muy útil e importante. Yo llevo la mía, y mamá dice que tengo un gran talento «artimético» –agregó el niño paliducho que estudiaba mucho.

–Vamos, niños; es casi la hora de cenar. Fancy, puedes llevarte a tu amiguita a casa; tu tío hará lo que crea más oportuno al respecto –dijo la señorita Fairbairn, mientras acomodaba a los muchachitos en la caja del carro.

Fancy mantuvo a Lorelei muy cerca de ella; y tan pronto como llegaron al gran hotel, donde se alojaban todos los niños con sus padres o tíos, se la presentó a su tía Ficción, que enseguida se interesó por la niña sin parientes ni amigos, hallada en tan misteriosas circunstancias. La buena mujer se mostró satisfecha con lo poco que pudo descubrir, y, al menos durante un tiempo, se comprometió a cuidarla.

–Podemos imaginar todo tipo de cosas románticas acerca de ella; y, poco a poco, quizá vayamos descubriendo alguna historia apasionante al respecto. Yo puedo hacer que resulte útil de muchas maneras; no se hable más: ¡se quedará con nosotros!

Cuando la tía Ficción puso amorosamente su mano sobre la cabeza de la sirena,

como si la reclamase como propia, tío Realidad entró furtivamente, con su cuaderno de notas en la mano y sus antiparras sobre la nariz. Conviene saber que, aun siendo marido y mujer, estas dos personas tenían caracteres muy distintos. Tía Ficción era una mujer simpática y pintoresca, que contaba historias encantadoras, y escribía poesía y novela; una mujer muy querida por la gente joven, y amiga de algunas de las personas más célebres del país. El tío Realidad era un caballero grave y resuelto; un hombre al que era de todo punto imposible contrariar o tratar de convencer. Resultaba muy útil para todo el mundo; atesoraba una inmensa cantidad de conocimientos; y siempre estaba tomando notas de cuanto veía y oía, para incluirlo en una gran enciclopedia que estaba preparando. Le disgustaba lo novelesco; amaba la ortodoxia, y siempre quería llegar al fondo de las cosas. Estaba empeñado en hacer de la pequeña Fancy una personita más aplicada, más modosa y amiga de la verdad; pues era una niña caprichosa y soñadora, aunque muy amable y encantadora. Tía Ficción mimaba a su sobrina plegándose a los dictados de su corazón, y esto habría perjudicado a la niña, si su tío Realidad no se hubiese implicado también en su educación; pues las lecciones impartidas por ambos eran necesarias para ella, como lo son para todos nosotros.

–¡Bueno, bueno, bueno! ¿A quién tenemos aquí? –dijo enérgicamente el tío, mientras sus penetrantes ojos, saltando por encima de sus lentes, se posaban en la recién llegada.

Tía Ficción le contó rápidamente lo que todos los niños habían dicho; pero él respondió con impaciencia:

–Vamos, vamos, querida: quiero toda la verdad del asunto. Tú eres capaz de embrollarlo todo, y en Fancy no podemos confiar ahora. Si esta niña no está falta de razón, debe de saber más sobre sí misma de lo que pretende. Ahora –dijo dirigiéndose a la sirenita–, dinos toda la verdad, Luly, ¿de dónde vienes?

Pero la niña del mar se limitó a negar con la cabeza, y a responder como hiciera antes:

–Fancy me encontró en la playa, y quiere que me quede con ella. No le haré ningún mal. Por favor, deje que me quede.

–Evidentemente, esta criatura ha sido víctima de un naufragio y arrojada a continuación a la orilla por la marea; el trauma ha hecho que lo olvide todo sobre su persona. Su maravillosa belleza, su acento, y estos adornos, demuestran que es una niña extranjera –dijo la tía Ficción, señalando los pendientes.

–¡Tonterías, querida!: se trata de guijarros blancos, no de perlas; y si las examinas adecuadamente, te darás cuenta de que esas pulseras son las que tú le regalaste a Fancy, como recompensa por recordar tan bien cuanto le expliqué sobre el coral –contraatacó el tío Realidad, que había dado vueltas y vueltas alrededor de Lorelei, pellizcándole las mejillas, acariciándole el cabello, y examinando su vestido, a través de esos anteojos de los que nada escapaba.

–Podría quedarse y ser mi compañera de juegos, ¿qué mal hay en ello? Yo cuidaré

de ella; y seremos muy felices juntas –exclamó ansiosamente Fancy.

–Uno no puede estar seguro de eso hasta que lo ha intentado. Tú dices que cuidarás de ella: ¿tienes acaso dinero para pagar su manutención y para comprar su ropa? –le preguntó su tío.

–No; pero pensé que vosotros me ayudaríais –contestó Fancy tristemente.

–Nunca digas que vas a hacer algo si no estás segura de que puedes hacerlo –dijo el tío Realidad, mientras tomaba notas del asunto, pensando que podrían serle útiles en algún momento–. No tengo ninguna objeción a que cuides de la niña, si, después de hacer averiguaciones sobre ella, se demuestra que es una criatura sana e inteligente. Ella puede quedarse un tiempo; y, cuando volvamos a la ciudad, la inscribiré en una de nuestras escuelas de caridad, donde podrá aprender a ganarse la vida. Dime, Luly, ¿sabes leer?

–No –respondió la sirena, abriendo mucho los ojos.

–¿Sabes escribir y contar?

–¿Qué es eso? –preguntó inocentemente Lorelei.

–¡Valedme cielos! ¡Cuánta ignorancia! –exclamó el tío Realidad.

–¿Sabes coser o cuidar bebés? –preguntó suavemente la tía Ficción.

–No sé hacer nada más que jugar y cantar, y peinarme el cabello.

–¡Ya veo! ¡Ya veo! La hija de un organillero. Bueno, me alegro de que mantengas tu cabello suave y peinado… ¡eso ya es más de lo que hace Fancy! –se mofó el tío Realidad.

–Oigamos cómo cantas –susurró su pequeña sobrina; y, con una voz tan armoniosa como el sonido de las olas rompiendo en la orilla, Lorelei cantó una canción que hizo bailar a Fancy, embelesó a tía Ficción, y suavizó el duro semblante del tío Realidad, muy a pesar de sí mismo.

–Muy bien, muy bien, sí señor: tienes una voz preciosa. Me ocuparé de que recibas la educación apropiada, y con el tiempo, podrías ganarte la vida dando lecciones de canto –dijo el tío, volviendo las hojas de su cuaderno en busca del nombre de un hábil maestro, pues tenía listas de todos los lugares y personas útiles bajo el sol.

Lorelei se rio de la idea; y Fancy pensó que cantar por dinero, y no por amor, era una forma muy dura de ganarse la vida.

Se hicieron indagaciones; pero nada más pudo averiguarse, y ninguna de las jovencitas habló… ni era probable que lo hicieran; así que la misteriosa niña del mar vivió con Fancy, y la hizo muy feliz. Los demás niños del hotel no se ocuparon mucho de ella, pues convencida de que no la creerían si decía la verdad, se mostraba tímida y fría con ellos. Como nunca había encontrado un compañero de juegos adecuado, Fancy estaba acostumbrada a jugar sola; ahora por fin tenía uno, y ambas disfrutaban mutuamente de su compañía. Lorelei le enseñó muchas cosas, además de nuevos juegos; la tía Ficción estaba encantada con las preciosas historias que Fancy repetía para ella; mientras que el tío Realidad, no salía de su asombro ante el

conocimiento de la fauna marina que demostraba, sin haber leído ningún libro. Además, Lorelei enseñó a Fancy a nadar como un pez; y las dos ejecutaban ejercicios tan maravillosos en el agua, que los veraneantes acostumbraban a bajar a la playa cuando ellas se bañaban. Por su parte, Fancy trató de enseñar a su amiga a leer, a escribir y a bordar; pero Lorelei no parecía aprender mucho, a pesar de que quería sinceramente a su maestra, y de que cada noche la arrullaba con hermosas y desconocidas canciones de cuna.

Circulaba una gran cantidad de comentarios acerca de la curiosa desconocida; pues su forma de conducirse era insólita, y nadie sabía a punto fijo cómo debía tratarla. Ella no comía nada más que frutas y mariscos –¡nunca pescado!–, y sólo bebía agua salada. Le disgustaba terriblemente la ropa ceñida, y habría correteado por ahí con una holgada túnica verde, con los pies descalzos y el cabello suelto, si el tío Realidad no lo hubiera impedido. Mañana, tarde y noche –no importaba la temperatura que hiciese–, las niñas se zambullían en el mar; y de haber podido hacerlo, Lorelei habría cambiado su muelle camita por un jergón de algas secas. Confeccionaba encantadoras cadenas de conchas; encontraba siempre espléndidos trozos de coral; y se sumergía allí donde nadie más se atrevía a hacerlo, para traer consigo maravillosas algas y caracolas. Algunos veraneantes le ofrecían dinero por estas cosas, pero ella se lo daba todo a Fancy y a la tía Ficción, de quien se había encariñado muchísimo. Resultaba curioso ver la clase de gente a la que le entusiasmaban Fancy y su amiguita: poetas y artistas; niños delicados e introvertidos; y unas cuantas personas adultas, que habían mantenido su corazón joven a pesar de la edad, los problemas, y las frustraciones. Por el contrario: caballeros jóvenes y elegantes; bellas y coquetas señoritas; hombres y mujeres superficiales y amantes del dinero; y niños artificiales, o poco infantiles, evitaban cuidadosamente a las dos niñas; y estas personas, o bien se burlaban de ellas, o bien las ignoraban por completo, o aparentaban no ser conscientes de su existencia. Para reconocer a quienes simpatizaban con las niñas, bastaba echarles un vistazo a sus caras, que se iluminaban y resplandecían cuando ellas aparecían; además, tarareaban y escuchaban sus canciones e historias, participaban en sus obras de teatro, y encontraban descanso y consuelo en su dulce compañía.

«Esto durará algún tiempo aún; mientras tanto, Fancy recupera fuerzas, y gracias a mí, no desperdicia totalmente sus días de descanso. Pero el final de nuestras vacaciones se acerca; y, tan pronto como regresemos a la ciudad, llevaré a esa niña al Asilo de Harapientos, y veremos lo que pueden hacer allí por ella», pensó el tío Realidad, que nunca estuvo realmente satisfecho con Lorelei, pues fue muy poco lo que pudo descubrir respecto a su persona.

Paseaba por la playa rumiando esta cuestión, después de una dura jornada de trabajo en su enciclopedia; y en eso, fue a sentarse al pie de una roca en un paraje apartado, y allí, en lugar de disfrutar de la hermosa puesta de sol, se dedicó a estudiar el curso de las nubes, el estado de la marea, y la temperatura del aire, hasta que un

sonido de voces hizo que se encaramase a la roca a mirar. Fancy y su amiguita estaban jugando al otro lado, y el anciano caballero esperó a ver de qué se trataba. Ambas permanecían sentadas con sus pequeños pies descalzos en el agua; Lorelei estaba ensartando perlas en un cordel, y Fancy trenzaba una bonita corona de juncos verdes.

–Me gustaría poder ir a mi casa en el fondo del mar, para traerte un collar de perlas más exquisitas aún que éstas –dijo Lorelei–; pero está demasiado lejos, y no puedo nadar ahora tan bien como solía hacerlo.

–Tengo que ver esto. La niña, evidentemente, lo sabe todo acerca de sí misma, y podría contarlo si ella quisiese –murmuró el tío Realidad, cada vez más emocionado por este descubrimiento.

–No me importan las perlas: prefiero tenerte a ti, Lorelei –dijo Fancy con cariño–. Cuéntame un cuento o cántame una canción mientras trabajamos, y te regalaré mi corona de juncos.

–Te cantaré una pequeña canción, que encierra lo que tu tío llamaría «una moraleja» –dijo Lorelei, riendo con picardía. A continuación, con esa vocecita suya tan etérea, cantó la historia de…

La roca y la burbuja

Una roca desnuda y marrón
descollaba sobre el agua del mar,
las olas a sus pies
espumaban despreocupadamente.
Una pequeña burbuja
llegó flotando hasta ella,
y de esta manera
gritó a la roca alegremente:
«¡Eh! Tosca piedra marrón,
rápido, déjame paso:
soy la cosa más hermosa
que flota en el mar.
Mira mi túnica irisada,
mira mi corona de luz,
mi orbe reluciente,
tan liviano y brillante.
Sobre el agua azul
voy flotando,
para bailar en la orilla
con el rocío y la espuma.
Ahora, déjame paso, déjame paso;

pues las olas son fuertes,
y sus pies ondulantes
me impulsan hacia adelante».
Pero la gran roca permaneció impasible,
muy erguida sobre el agua;
miró gravemente hacia abajo,
y dijo amablemente:
«Pequeña amiga, debes
tomar otro camino;
pues yo no me he movido
de aquí en mucho tiempo.
Enormes olas han chocado,
y vientos furiosos soplado;
pero mi robusta forma
no se ha inmutado.
Nada me conmueve
en el aire o en el mar;
entonces, ¿cómo iba a apartarme,
pequeña amiga, por ti?».
En eso las olas rieron
con sus voces dulces;
y las aves marinas miraron,
desde su asiento rocoso
a la alegre burbuja,
que respondió airada,
mientras su redonda mejilla brillaba,
absurdamente orgullosa:
«Has de moverte por mí;
y no debes burlarte
de las palabras que digo,
¡fea y tosca roca!
¡Callaos, aves silvestres!,
¿por qué me miráis así?
¡Dejad de reíros, olas groseras,
y ayudadme a seguir!
Pues he aquí
la reina del mar,
y esta piedra cruel
no puede hacerme temer».
Y embistiendo furiosamente,
con una palabra despectiva,

la engreída burbuja estalló;
mas la roca no se movió.
Dijeron entonces las aves marinas,
sentadas en sus nidos,
a los polluelos
acurrucados contra sus pechos:
«No seáis como la burbuja
–cabezotas, groseros y vanos–,
buscando por la violencia
vuestro objetivo obtener;
sed mejor como la roca:
resueltos, auténticos y fuertes,
y sin embargo, amables y alegres,
y firmes contra mal.
Obedeced, polluelos,
y más sabios seréis
con la lección aprendida
hoy junto al mar».

–Bueno, ciertamente la canción tiene una moraleja… ¡si esa tontita de Fancy fuera capaz de verla! –dijo para sí el tío Realidad, alzando de nuevo su cabeza calva cuando la niña dejó de cantar.

–Muchas gracias: es una hermosa cancioncita para mí. Pero dime, Lorelei, ¿lamentas haber venido a tierra firme para ser mi amiga? –preguntó Fancy, pues, mientras se inclinaba para coronar la cabeza de la niña del mar, vio que ella miraba con nostalgia el agua que le besaba los pies.

–Todavía no: mientras tú me quieras yo me sentiré feliz, y no lamentaré haber dejado de ser una sirena para contentarte –respondió Lorelei, rozando con su suave mejilla la de su amiguita.

–¡Qué feliz fue el día en que mi «muñeca» se convirtió en una sirena de verdad! –exclamó Fancy–. A menudo deseo contarle a todo el mundo este maravilloso prodigio, y hacerles saber a todos lo que realmente eres: entonces ellos te querrían como yo lo hago, en vez de llamarte pequeña vagabunda.

–Muy pocos creerían nuestra historia; y los que lo hicieran sentirían curiosidad por mí, pero no me amarían como haces tú. Me encerrarían en una jaula y me exhibirían en las ferias como una atracción; y yo me sentiría tan desgraciada que querría morir… Así pues, no le digas a nadie quién soy, ¿lo harás? –dijo Lorelei gravemente.

–¡Nunca! –exclamó Fancy, aferrándose tiernamente a ella–. Pero, querida Lorelei, ¿qué harás cuando mi tío te envíe lejos de mí, como dice que hará tan pronto volvamos a casa? Yo iré a verte siempre que pueda, pero ya no podremos estar

siempre juntas, y no hay mar en la ciudad para que puedas disfrutar.

–Lo soportaré por tu bien… si puedo; y si no puedo, volveré a este lugar, y esperaré hasta que llegue el verano y vengas de vacaciones.

–¡No, no! ¡No me separaré de ti!; y si el tío te lleva lejos, yo vendré aquí, y me convertiré en una sirena como tú –exclamó Fancy.

Las dos amiguitas se abrazaron la una a la otra, y estaban tan ensimismadas en sus propias emociones, que no vieron la alargada sombra del tío Realidad revoloteando sobre ellas, mientras éste se alejaba furtivamente sobre la blanda arena. ¡Pobre viejo y sabio caballero! Estaba en un triste estado mental, y no sabía qué hacer, porque nunca antes en toda su larga existencia, se había sentido tan perplejo.

–¡Una auténtica sirena! –murmuró–. Siempre pensé que esta niña era un poco tonta, y ahora estoy seguro de ello. Ella cree que es una sirena, y ha conseguido que Fancy también se lo crea. Le he dicho a mi esposa una docena de veces, que le deja leer a Fancy demasiados cuentos de hadas y libros de prodigios. Su cabecita está llena de disparates, y la cría está dispuesta a creer cualquier historia ridícula que le cuenten. Y ahora, ¿qué demonios voy a hacer? Si meto a Luly en un asilo, a Fancy se le romperá el corazón, y muy probablemente ambas huirán lejos. Si las dejo estar juntas, Luly pronto hará que Fancy se trastorne tanto como ella, y yo me sentiré mortificado, por tener una sobrina que insiste en que su compañera de juegos es una sirena. ¡Bendita sea mi alma! ¡Qué absurdo es todo este asunto!

Tía Ficción estaba en la ciudad hablando con su editor sobre su última novela, y tío Realidad no quería contarle la extraña historia a nadie más; así que meditó un buen rato el asunto, y decidió resolverlo de una vez por todas. Cuando las niñas llegaron a casa, le dijo a Fancy que aguardase en la biblioteca, mientras él hablaba a solas con Lorelei. Se esforzó todo lo que pudo… pero nada en claro pudo sacar de ella; bailaba y reía, y le volvió a contar la misma historia de siempre… hasta que el anciano caballero le confesó que había escuchado su conversación en las rocas; entonces la niña se puso muy triste, y reconoció que, efectivamente, era una sirena. Esto le puso furioso, y ni por un instante creyó semejante dislate; le contestó que eso era imposible, y que ella debía contarle toda la verdad.

Lorelei, sin embargo, no podía añadir nada más, y lloró amargamente al sentirse incomprendida; así pues, el tío la encerró con llave y fue a hablar con Fancy, que supo que algo terrible iba a ocurrir, nada más vislumbrar su rostro enfurruñado. Él le contó a su sobrina cuanto sabía, e insistió en que Lorelei era tonta o malvada, por empeñarse en mantener una historia tan ridícula.

–Pero, tío, es cierto que yo hice una sirena en la orilla; y también lo es que ella volvió convertida en una niña, pues yo vi cómo la figura se alejaba flotando sobre las olas, y al poco apareció Lorelei –explicó Fancy muy seriecita.

–Es muy probable que tú hicieses una figura en la arena, y que en tu imaginación ésta representase una sirena: es justo el tipo de cosas que sueles hacer –admitió su tío–. Pero es imposible que *algo* pudiese volver a la vida ocupando su lugar, y no

escucharé ningún otro disparate semejante. Tú no viste a esa niña salir del agua; Lorelei me confesó que no reparaste en ella hasta que te tocó. Se trataba de una niña real, que llegó a la playa desde algún otro sitio; y tú te imaginaste que ella se parecía a tu figura, y te creíste la estúpida historia que te contó. Es mi creencia que nos hallamos ante una niña mala y artera; y cuanto antes se marche ella de aquí, mejor para ti.

Tío Realidad estaba tan enojado y habló tan duramente, que Fancy se sintió amedrentada y confusa; y empezó a pensar que podría estar en lo cierto respecto a lo de la sirena, aunque odiaba renunciar a ese aspecto tan romántico de la historia.

–¿Si aceptara que se trata de una niña real, dejarías que se quedase a vivir con nosotros, tío? –preguntó ella, olvidando que si perdía su fe, perdería también la amistad de Lorelei.

–¡Ah!, entonces habrías empezado a comportarte como una niña razonable. ¿Lo harías?, ¿estarías dispuesta a reconocer que no crees en sirenas y en todas esas paparruchas? –exclamó el tío Realidad, deteniendo su vagabundeo de un lado a otro de la habitación.

–¡Cómo!, si tú me aseguras que nunca hubo sirenas y que nunca las habrá, no me queda otra opción que creerte y renunciar a mi fantasía… ¡pero me da tanta pena! –suspiró la niña.

–¡Esa es mi niña sensata! Y ahora querida, párate a pensar un minuto, y también comprenderás que lo mejor es alejar a *la niña*, como ya has hecho con *la sirena* –propuso su tío con brío.

–¡Oh, eso no!; nosotras nos queremos, y Lorelei es buena conmigo: no puedo renunciar a ella –exclamó Fancy.

–Respóndeme a unas pocas preguntas, y te demostraré que ella no es buena en absoluto, que no la quieres, y que debes apartarte de ella –repuso el tío Realidad, enumerando las cuestiones con los dedos mientras hablaba.

»–¿No dijo Luly que quería que nos mintieras, a nosotros y a todos los demás, acerca de quién era ella?

–Sí, tío.

–¿Acaso no te gusta más estar con ella que con tu tía o conmigo?

–Sí, tío.

–Y dime, ¿no prefieres oír sus canciones e historias a estudiar tus lecciones?

–Sí, tío.

–¿Y no crees que es malo engañar a la gente; querer más a una extraña, que a quienes somos como unos padres para ti; y escuchar tontas historias en vez de útiles lecciones?

–Sí, tío.

–Muy bien. Entonces, ¿no ves que si Luly te obliga a hacer esas cosas malas y propias de personas ingratas, ella no es una niña buena, ni una compañera de juegos adecuada para ti?

Fancy no respondió, pues ella no podía creer que fuese así, a pesar de que tío Realidad hacía que lo pareciese. Cuando él hablaba de esa manera, ella siempre se confundía y acababa dándose por vencida, porque no sabía cómo argumentar en contra. Él llevaba razón en cierto modo; pero a Fancy le parecía que tampoco a ella le faltaba razón… aunque era incapaz de demostrarlo; de modo que agachó la cabeza, y dejó que sus lágrimas cayeran una a una sobre la alfombra.

Tío Realidad no tenía intención de ser cruel, pero sí de continuar hasta el final, siguiendo su propio camino; y, cuando reparó en el triste semblante de su sobrinita, la sentó en sus rodillas y, más suavemente, le dijo:

–¿Recuerdas la historia de la Lorelei alemana, que tan dulcemente cantaba sobre su roca en el Rin, que atraía a los pescadores a una muerte segura?

–Sí, tío; y me gusta –respondió Fancy alzando la vista.

–Pues bien querida, tu Lorelei te llevará a ti a meterte en problemas, si la sigues. Supongamos que ella es lo que tú piensas, una… sirena; debes saber que es el deleite mayor de estas criaturas, atraer a los incautos al agua, donde, por supuesto, se ahogan. Si ella es lo que yo pienso: una niña taimada y mala, que ve que tú eres muy simple, y que pretende ser atendida sin hacer nada útil a cambio, ella te llevará a una ruina peor que si la siguieras al mar. No tengo ninguna hija propia, y quiero cuidar de ti como si lo fueras, y que te sientas segura y feliz. No me gusta esa niña, y quiero que renuncies a su amistad para mi tranquilidad. ¿Querrás hacerlo, Fancy?

Conforme su tío le decía estas cosas, toda la belleza, toda la dulzura de su amor, parecían abandonar a la imagen que de su amiga tenía en la mente, y con ellas, su fe en el pequeño sueño que la había hecho tan feliz. Las sirenas se convirtieron en criaturas traicioneras, desagradables, e irreales; y Lorelei le pareció una niña egoísta y malcriada que, mediante engaños, la había convencido para que hiciera cosas equivocadas. Su tío había sido muy amable con ella durante toda su vida; y ella lo quería, se sentía agradecida, y quería demostrar este sentimiento, complaciéndolo. Pero su corazón se aferraba aún a su conquista: a la amiga en la que había confiado, y a la que había querido; y le parecía imposible renunciar a la sombra, a pesar de la descomposición de la sustancia. Se llevó las manos al rostro por un momento; y al cabo rodeó con sus brazos el cuello del anciano y, con un pequeño sollozo, le susurró:

–Renunciaré a mi amiga; pero tú serás amable con ella, porque yo estuve encariñada de ella una vez.

Cuando la última palabra salió de los labios de Fancy, un largo y patético grito resonó en la habitación; Lorelei irrumpió en ella, le dio un beso a la niña, y la vieron correr velozmente en dirección a la playa, retorciéndose las manos. Fancy corrió tras ella; pero, cuando por fin alcanzó la orilla, no había nada que ver, salvo los guijarros, las conchas y las algas que conformaran el simulacro de sirena, flotando dispersos sobre una ola en retroceso hacia el mar.

–¿Me crees ahora? –exclamó Fancy, llorando amargamente, mientras señalaba los restos de su amiga, y volviéndose con gesto de reproche hacia el tío Realidad, que

había seguido a su sobrina con gran esfuerzo y asombro.

El anciano se recompuso enseguida; luego negó con la cabeza y respondió decididamente:

–No, querida, no te creo. Es un asunto extraño, lo admito; pero no me cabe duda de que se aclarará de manera natural más tarde o más temprano.

Pero en eso se equivocaba el tío Realidad, pues este misterio nunca fue resuelto. Fancy nunca habló de ello, y cuantas personas la rodeaban, lo olvidaron pronto; sin embargo la niña hizo muy pocos amigos, y aunque aprendió a amar y a respetar a tío Realidad y a tía Ficción, ella no pudo olvidar a su compañera de juegos más querida. Año tras año regresó a la orilla del mar, para pasar las vacaciones de verano; e invariablemente, lo primero que hacía era visitar el lugar donde solía jugar a solas, y estirar los brazos hacia el océano, llorando tiernamente:

–¡Oh, mi pequeña amiga! ¡Vuelve a mí!

Pero Lorelei nunca más volvió.

Historia de una ballena

Freddy se sentó a meditar en el banco a la sombra del árbol. Se trataba de un amplio asiento blanco, de unos cuatro pies de largo, formando una concavidad desde sus extremos hasta el centro, que le hacía parecer un columpio; y no sólo era cómodo, también era curioso, porque estaba tallado de una sola pieza en un hueso de ballena. Freddy solía sentarse allí, y pensaba en el banco porque le interesaba sobremanera, aunque nadie pudo decirle nada al respecto, salvo que llevaba allí mucho tiempo.

–Pobre y vieja ballena, me pregunto cómo habrás llegado hasta aquí, de dónde vienes, y si fuiste una criatura buena y feliz mientras viviste –dijo Freddy en voz alta, acariciando el viejo hueso con su pequeña mano.

Y en eso se oyó un gran crujido; y una repentina ráfaga de viento agitó los árboles, como si un enorme monstruo gimiese y suspirase. Freddy pudo escuchar entonces una voz fantástica, resonante, aunque curiosamente quebrada, como si alguien tratara de hablar con la mandíbula rota.

–¡Ah, Freddy, Freddy! –llamó la gran voz–. Te contaré todo lo que quieras saber, porque tú eres la única persona que me ha compadecido, o se ha preocupado de indagar mi origen y mis peripecias.

–¡Cómo!, ¿es que puede hablar? –preguntó Freddy, muy sorprendido y un poco asustado.

–Por supuesto que puedo; debes saber que estás sentado sobre una parte de mi mandíbula. Podría hablar aún mejor si toda mi boca estuviera aquí; pero me temo que mi voz sería entonces tan estridente, que no serías capaz de escucharla sin estremecerte. De todos modos, no creo que nadie más de por aquí pueda entenderme. No son muchos en total los que podrían hacerlo, te lo aseguro; pero tú eres un chiquillo reflexivo, con una viva fantasía, y además con un gran corazón, así que tú oirás mi historia.

–¡Oh gracias, eso me encantaría! Pero… si fuera usted tan amable de hablar un poco más bajo, y de no suspirar, se lo agradecería mucho; pues su voz me aturde, y he de agarrarme fuerte para no salir volando con sus soplidos –le rogó Freddy.

–Trataré de hacerlo, muchacho: pero no resulta fácil para mí adaptar mi tono al de un camarón, o evitar suspirar cuando pienso en mi triste destino; ese destino que, después de todo, tal vez mereciese –reflexionó el hueso con voz más suave.

–¿Era usted una ballena traviesa? –quiso saber Freddy.

–Yo era orgulloso, muy orgulloso, y un poco tonto también; y créeme que sufrí por ello. Me atrevo a decir que sabes mucho sobre nosotras. Veo que lees a menudo, y pareces un niño aplicado y sensible…

–Pues en realidad no: aún no he leído nada sobre ustedes, y sólo sé que son los peces más grandes que hay en el mar –respondió Freddy honestamente.

El hueso crujió y se agitó, como si estuviera riéndose, y en un tono que testimoniaba que aún no había superado su orgullo, dijo:

–Te equivocas, querido amiguito; no somos peces en absoluto, aunque los estúpidos humanos nos han llamado así durante mucho tiempo. No podemos vivir sin aire; tenemos la sangre roja y caliente; y no ponemos huevos, así que no podemos ser peces. Sin duda somos las más grandes criaturas en el mar y fuera de él. ¡Cómo, bendito sea!, algunas de nosotras medimos casi un centenar de pies de largo; sólo nuestras colas tienen quince o veinte pies de ancho; las más grandes de nosotras pesarán unas 500 000 libras, y contienen la grasa, los huesos y los músculos de un millar de cabezas de ganado. Con la quijada de un miembro de mi familia, se levantó un arco lo suficientemente grande para que un jinete cabalgara holgadamente bajo él; y mis primos de la familia de los cachalotes, suelen producir unos ochenta barriles de aceite por cabeza.

–¡Caray, menudos monstruos son ustedes! –exclamó Freddy, tras exhalar un largo suspiro, mientras sus ojos se abrían más y más conforme escuchaba.

–¡Ah!, bien puedes afirmarlo; formamos una maravillosa e interesante familia. Todas nuestras ramas son famosas por una u otra razón. Las ballenas de aleta, los cachalotes, y las ballenas francas son las más grandes; luego vienen los narvales, los delfines y las marsopas; a estas últimas, me atrevo a asegurarlo, las habrás visto alguna vez.

–Así es: pero háble me de las más grandes, por favor: ¿De qué clase era usted? –preguntó Freddy.

–Yo era una ballena franca, natural de Groenlandia. Los cachalotes viven en lugares cálidos; pero para nosotras la zona tórrida es como un mar de fuego, y no podemos pasar por allí, aunque nuestros primos sí lo hacen. Créeme, ir a las Indias Orientales por la ruta del Polo Norte, es más de lo que vuestros famosos Parry y Franklin[25] fueron capaces de hacer.

–Yo no sé nada de eso; pero sí me gustaría saber lo que ustedes comen, y cómo viven, y cómo fue que vino usted a parar aquí –dijo Freddy, que pensaba que aquella ballena era bastante presumida.

–Bueno, no tenemos dientes (me refiero a nuestra rama de la familia); y nos alimentamos de criaturas tan pequeñas, que sólo podrías verlas a través de un microscopio. Sí, puede que te extrañe, pero es la verdad, mi pequeño amigo. Del cielo de nuestras bocas penden unas láminas llamadas «barbas»; son grandes piezas de seis a ocho pies de largo, dispuestas en dos filas paralelas, semejantes a enormes peines, que conforman un inmenso tamiz. La lengua, que produce unos cinco barriles de aceite, se encuentra por debajo, como un gran cojín de satén blanco. Cuando tenemos necesidad de alimentarnos, nos apresuramos a través del agua, que está llena de las pequeñas criaturas que comemos, y las atrapamos en nuestro tamiz, expulsando el agua a borbotones a través de dos agujeros que tenemos en la cabeza. Recogemos entonces la comida con la lengua y nos la tragamos, pues a pesar de ser tan grandes, nuestras gargantas son pequeñas. Vagamos por el océano, saltando y retozando, alimentándonos y escupiendo agua, huyendo de nuestros enemigos, o luchando con

valentía para defender a nuestras crías.

–¿Es que tienen algún enemigo? Resulta difícil creerlo, siendo tan grandes –reflexionó Freddy.

–Pues los tenemos, y nada desdeñables; tres al menos que nos atacan en el agua, y varios más que los hombres usan contra nosotros. El *asesino*, el pez espada, y el *triturador*, nos acosan en nuestro propio elemento. El *asesino* se aferra a nosotros, y no podemos zafarnos de él hasta que nos ha herido de muerte; el pez espada nos apuñala fatalmente con su estoque; y el *triturador* nos azota hasta la muerte con su propio cuerpo, delgado pero fuerte y flexible. Y luego están los humanos, que nos arponean, nos disparan o nos atrapan, para convertirnos en aceite, en velas, en asientos, y en refuerzos para vestidos y en varillas para sombrillas y paraguas –dijo el hueso, en un tono que evidenciaba desprecio.

A Freddy le hizo gracia la idea, y preguntó:

–¿Qué es eso de las velas? Había oído hablar del aceite de ballena, de las sombrillas y los asientos (estoy en uno); pero yo creía que las velas estaban hechas de cera.

–Me temo que no puedo decir mucho al respecto: sólo sé que, cuando se mata a un cachalote, extraen aceite de los tejidos grasos como hacen con nosotras; pero los cachalotes poseen una especie de depósito en la cabeza, lleno de una sustancia cremosa de color rosa. Les hacen un agujero en el cráneo, y se lo vacían; y a veces llenan con su contenido dieciséis o veinte barriles. Con esto fabrican lo que vosotros llamáis velas de «blanco de ballena». Nosotras no tenemos ninguna de esas fruslerías en la cabeza, pero los cachalotes siempre han sido unas criaturas algo atolondradas[26].

Aquí el hueso soltó una estentórea carcajada –una especie de rugido crujiente–, que envió a Freddy volando desde el asiento hasta la hierba, donde se quedó sentado, riendo también, aunque no acabó de entender el chiste de la ballena.

–Te pido perdón, hijo. No es frecuente que yo me ría; pues llevo un gran peso en el corazón (en donde quiera que éste esté), y he conocido suficientes dificultades, para volverme tan triste como a menudo lo es el mar.

–Háble me de sus problemas; le compadezco mucho y me gusta oírle hablar –lo animó Freddy amablemente.

–Desgraciadamente se nos caza y se nos da muerte muy fácilmente, a pesar de nuestro extraordinario tamaño; y debemos sufrir otros tormentos además de la muerte: nos quedamos ciegas; nuestras mandíbulas se deforman a veces; nuestras colas, con las que nadamos, se lastiman; y acabamos padeciendo dispepsia[27].

Freddy profirió un grito al oír aquello; él sabía bien lo que era la dispepsia, pues en la orilla del mar había muchas personas enfermas, que siempre estaban hablando y quejándose de esa dolencia.

–No es cosa para tomarse a risa, te lo aseguro –dijo el hueso de la ballena–. Sufrimos mucho, y acabamos adelgazando, debilitándonos y sintiéndonos miserables.

A veces he pensado que ésa es la razón por la que somos de color azul[28].

–Tal vez, como carecen de dientes, no mastican suficientemente su comida, y por eso sufren dispepsia; eso mismo le ocurre a un viejo caballero que conozco –razonó Freddy.

–Esa no puede ser la razón; mis primos, los cachalotes, tienen dientes, y también sufren dispepsia.

–¿Son ellos de color azul?

–No, son blancos y negros. Pero yo iba a contarte mis tribulaciones y pesares. Mi padre fue arponeado cuando yo era muy joven, y recuerdo cuán valientemente murió él. Las ballenas francas generalmente huimos al avistar un ballenero, pero no por cobardía (¡oh, querido, no!) sino por discreción. Los cachalotes se quedan y presentan batalla, y son asesinados muy rápidamente; son una rama de la familia especialmente testaruda. Nosotras peleamos cuando no podemos evitarlo; y mi padre murió como un verdadero héroe. Lo persiguieron durante cinco horas antes de conseguir arponearlo; aun así trató de escapar, y arrastró a tres o cuatro balleneras, a mil seiscientas brazas de profundidad, desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la madrugada. Entonces le lanzaron otro cabo, y él remolcó el propio buque durante más de una hora. Llevaba quince arpones clavados en su cuerpo; y aun así atrapó un bote entre sus mandíbulas, arrojó a varios hombres al agua, y dañó el casco del ballenero, antes de que acabaran con él. ¡Ah, dime si no es para sentirse orgulloso de un padre así!

Freddy permaneció respetuosamente en silencio durante unos minutos, ya que el viejo hueso parecía profundamente emocionado. Al cabo, el cetáceo continuó hablando:

–Los cachalotes viven en manadas; pero las ballenas francas preferimos compartir nuestra vida con un solo compañero, y nos tenemos mucho cariño. Mi esposa era una criatura encantadora, y fuimos muy felices hasta que un aciago día, cuando ella estaba jugando con nuestro hijo (un pequeño y dulce ballenato de sólo doce pies de largo y una tonelada de peso), éste fue arponeado. Su madre, en vez de huir, lo envolvió con sus aletas, y se zambulló tan profundamente como el cabo lo permitía. Entonces ella se volvió, y embistió contra las balleneras con gran rabia y angustia, ignorando por completo el peligro que corría. Los hombres golpearon a mi hijo, a fin de capturarla también a ella, y no tardaron en conseguirlo; pero incluso entonces, a pesar de su sufrimiento, ella no trató de escapar, sino que se aferró a su pequeño «surtidor» hasta que ambos fueron asesinados. ¡Ay! ¡Ay!

Aquí el hueso crujió tan lastimeramente, que Freddy temió que se hiciera pedazos, poniendo prematuramente fin a la historia.

–No piense en esas cosas tristes –lo consoló el niño–; cuénteme cómo llegó hasta aquí. ¿Fue arponeado?

–No, no lo fui; porque he sido lo suficientemente prudente toda mi vida para mantenerme lejos del peligro. No como uno de mis antiguos conocidos, que le dio por atacar a un buque, propinándole un golpe tan terrible, que abrió una gran vía por

donde el agua se precipitó al interior, hundiéndolo en un periquete. Pero ¡ay!, pagó un alto precio por aquella ocurrencia; pues unos pocos meses después, otro ballenero lo atrapó fácilmente, al hallar dos arpones todavía clavados en su lomo, y una herida en la cabeza. Se me olvidó mencionar que los cachalotes poseen agudos dientes de marfil, y producen ámbar gris; una especie de materia que huele muy bien y cuesta mucho dinero. Te narro estos pequeños episodios familiares, ya que pareces interesado en ellos, y creo sinceramente que pueden ayudar a enriquecer las mentes de los jóvenes.

–Es usted muy amable; pero ¿tendría la bondad de contarme algo sobre usted mismo? –insistió Freddy; pues el hueso parecía esquivar esa parte de la historia, como si quisiera evitarla.

–Bueno, si he de hacerlo lo haré; pero me pesa confesar lo estúpido que he sido. Tú sabes lo que es el coral, ¿no es así?

–Pues no –contestó Freddy, algo extrañado por la pregunta.

–Entonces, antes de nada, supongo que debo explicártelo. Seguro que tienes un poco en casa; ya sabes: esos pedruscos ásperos y blancos, encima de la mesa del salón, que están llenos de pequeños agujeros. Pues bien, esos agujeros son las bocas de cientos de madrigueras de pequeños pólipos o gusanos de coral, que producen estos grandes políperos calcáreos para que les sirvan de residencia. Son de diferentes formas y colores: los hay que parecen estrellas; algunos son finos como el hilo de zurcir, de color azul o amarillo; mientras que otros asemejan caracoles y pequeñas langostas. Algunas personas sostienen que los auténticos productores de coral tienen forma de pequeñas bolsas oblongas de jalea, cerradas en un extremo y abiertas por el otro, con seis u ocho pequeñas antenas, como una estrella, a su alrededor. Éstos son los verdaderos responsables –las criaturas mencionadas más arriba, no serían más que huéspedes o visitantes–, y cuando se sientan en sus celdas y estiran sus antenas hacia el exterior, *pintan* bajo el agua un conjunto diverso y cambiante de hermosos colores: carmesí, verde, naranja, violeta… Pero si son molestados o atacados, el pueblo del coral se retira a sus galerías, y las hermosas tonalidades desaparecen. Dicen que hay muchas islas y arrecifes de coral construidas por estas industriosas criaturas, en los mares del Sur; pero yo no pude ir a verlo, y estoy satisfecho con todo lo que encontré en las latitudes septentrionales. Conocí a una comunidad de productores de coral, y solía ir a visitarlos hace mucho tiempo, cuando empezaron a trabajar. Era un lugar encantador en el fondo del mar, pues crecían allí plantas preciosas de muchos tipos; espléndidos peces nadaban de un lado a otro; conchas maravillosas yacían sobre la arena blanca; langostinos amarillos y carmesíes, largos y deslizantes gusanos verdes, y erizos de mar de color púrpura, abundaban también. Cuando les pregunté a los pólipos por su trabajo, y me respondieron: «construimos una isla», me reí de ellos; porque la sola idea de que aquellas criaturas diminutas y ligeras pudiesen producir cualquier cosa, era ridícula. «Tú puedes reírte si quieres, pero acabarás por convencerte de que hablamos en serio… si es que vives lo suficiente», añadieron.

«Nuestra familia ha construido miles de islas y largos arrecifes, que el mar no puede superar, altos y sólidos como son.» Aquello me divirtió muchísimo; pero no me lo creí, y me reí como nunca.

–Lo que cuentas parece muy extraño –dijo Freddy, mirando la rama de coral que había traído de casa para examinarla de cerca.

–¿Verdad que sí? ¿A que resulta difícil de creer? Yo solía ir de vez en cuando, para ver cómo les iba a los pequeños compañeros, y siempre los encontraba afanándose en su proyecto. Durante mucho tiempo lo único tangible fue una pequeña planta sin hojas, extendiéndose poco a poco y haciéndose más y más alta –pues siempre construyen hacia arriba, hacia la luz–. Al cabo de una temporada, el pequeño arbusto se había convertido en un árbol: peces voladores se posaban en sus ramas; vacas marinas descansaban a su sombra; y miles de pequeños y gelatinosos pólipos vivían y trabajaban en sus cámaras blancas. Me alegró sinceramente ver que su trabajo estaba muy avanzado; pero todavía no creía en la historia de la isla, y solía bromear acerca de su desmedida ambición. Estas criaturas tienen muy buen carácter, y sólo me respondieron: «Espera un poco más, amiga ballena franca». Yo tenía mis propios asuntos que atender, así que, durante unos años, me olvidé de los productores de coral, y pasé la mayor parte de mi vida en la ruta de Groenlandia, evitando climas cálidos que no convenían a mi constitución. Cuando regresé, después de una larguísima ausencia, me quedé asombrado al ver que el árbol había crecido hasta convertirse en una cosa grande con forma de paraguas, que descollaba sobre la superficie del agua: bajo ella, las algas marinas prendían y prosperaban; sobre ella, las aves marinas anidaban. Las aves y los vientos habían llevado semillas hasta allí, y éstas habían germinado; las corrientes habían arrojado troncos de árboles a sus orillas; lagartijas, insectos y pequeños animales vinieron con ellos, y se convirtieron en los primeros habitantes terrestres; entonces, ¿qué era aquello sino una isla?

–¿Qué les dijo entonces? –quiso saber Freddy.

–Yo estaba muy enojado, y me negaba a admitir mi equivocación; así que insistí en que aquello no era una auténtica isla, pues no vivía gente en ella. «Espera un poco más», me respondieron los pólipos, y continuaron construyendo y ensanchando los cimientos que sustentaban la isla. Me alejé con rabia, y no regresé en mucho tiempo. Yo confiaba en que la obra de los productores de coral sufriese algún percance; pero sentía tanta curiosidad, que no podía mantenerme alejado, y al volver allí, me encontré con un asentamiento de pescadores, y los primeros pasos de una próspera población. De no haber descubierto yo en el curso de mis viajes, una raza de diminutas criaturas mucho más pequeñas que los pólipos (como un ratón frente a un elefante), aquello me habría causado una gran admiración. Mas he aquí que, al oír a dos caballeros eruditos hablando de diatomeas, mientras navegaban hacia la península del Labrador, presté oídos a su conversación. Dijeron que estas pequeñas algas viven tanto en agua salada como dulce, y que se encuentran en todas las partes del mundo; que están compuestas por una cáscara vítrea, conteniendo una sustancia

blanda de color amarillo dorado; y que son tan numerosas, que las orillas de vuestras costas están formadas por ellas, y hasta un pueblo aquí, en los Estados Unidos, había sido levantado sobre sus restos; que estas algas constituyen el alimento de muchos pequeños animales marinos, de los que, a su vez, se alimentan grandes criaturas; y que, en fin, eran seres maravillosos y muy interesantes. Me guardé esta historia, y cuando los pólipos me preguntaron si acaso no habían logrado lo que se proponían, les dije que aquello no me parecía tan impresionante, pues las diminutas diatomeas levantaban ciudades enteras, y por tanto eran criaturas más industriosas. Pensé que eso los pondría en su sitio, pero se limitaron a nadar a mi alrededor, y a informarme de que mis diatomeas eran plantas, no animales, así que toda mi historia no era más que una patraña. Entonces me enfurecí; no podía soportar el hecho de que aquellos pequeños bribones hubieran logrado lo que nuestra especie, la reina de los mares, no podría hacer jamás. No me bastaba con ser la criatura más grande que existía: quería ser también la más habilidosa. No recordé que todo tiene su propio lugar y utilidad, y que debería estar feliz de hacer el trabajo para el que había sido creado. Medité la cuestión durante un largo rato, y al fin decidí hacer de mí mismo una isla.

–¿Cómo pensaba hacerlo? –preguntó Freddy sorprendido.

–Tenía mis planes al respecto; y yo los creía infalibles. Estaba tan empeñado en superar a los pólipos, que poco me importaba lo que pudiese ocurrir; de modo que me dispuse a trabajar a mi torpe manera. Yo no podía amontonar piedras, ni construir millones de celdas, así que resolví convertirme en una isla: Nadé una noche hacia el interior de un puerto no muy lejano; cubrí mi lomo de arena y algas; y permanecí inmóvil, con mi volumen parcialmente emergido. A la mañana siguiente, las gaviotas se acercaron a investigar, y perforaron con sus picos mi cubierta de algas y arena, lo que pronto evidenció que barruntaban mi estratagema, y que a ellas no podría engañarlas. Los habitantes de la costa, sin embargo, se entusiasmaron con el fenómeno; pues un pescador les había llevado la noticia, y todo el mundo andaba como loco por contemplar la nueva isla, surgida tan súbitamente. Después de observar y debatir durante un buen rato, unos botes partieron a examinar el misterio *in situ*. Montones de señores científicos trabajaron sobre mí con microscopios, martillos, ácidos, y todo tipo de artefactos y procedimientos, para decidir *qué era yo*; y mantuvieron tal fuego cruzado de tecnicismos y latinajos, que a punto estuve de morir de aburrimiento: no eran capaces de sacar una conclusión; y mientras tanto, la noticia del extraño prodigio se propagaba, y personas de toda clase y condición venían a verme. Aunque no alcanzaban a comprender el porqué de mi comportamiento, las gaviotas se abstuvieron de revelar mi artificioso engaño, y yo continué a lo mío como si tal cosa. Cada noche me alimentaba y retozaba hasta el amanecer; luego me cubría con mi arena y mis algas, y permanecía inmóvil para ser contemplado al día siguiente. Yo deseaba que alguien viniese a vivir sobre mí, pues entonces podría considerarme, cuando menos, a la altura de la isla de los pólipos. Pero nadie vino, y ya empezaba a cansarme de engañar a la gente, cuando acabé por

engañarme a mí mismo. Un viejo marinero vino a visitarme un día; él había sido ballenero, y no tardó en descubrir el secreto, aunque no dijo nada hasta verse fuera de peligro, y tenerlo todo listo; entonces, mientras yo yacía plácidamente al sol, un horrible arpón llegó volando por el aire, y se hundió profundamente en mi lomo. Me olvidé de todo salvo del intenso dolor que sentía, y me zambullí para salvar la vida. Mas ¡ay!: como la marea estaba baja, no pude superar el bajío frente a la bocana, y fui acosado por cientos de embarcaciones, que me empujaron hacia los bancos de arena en la orilla. Grandes y fuertes como somos, una vez fuera del agua estamos completamente indefensas. Pronto fui despachado; y mis huesos fueron dejados en tierra para que se blanquearan al sol.

»–Esto ocurrió hace ya mucho tiempo; y, desde entonces, todas mis reliquias han sido repartidas por diversos lugares. Mi mandíbula sirve aquí de asiento a tu gente, hasta que la erosión la destruya; pero no podía desmoronarme hasta haberle contado a alguien mi historia. Recuerda hijo mío: el orgullo precede siempre a la caída[29].

En eso, con un crujido estremecedor, el hueso se hizo añicos, y encontró una tranquila tumba entre la hierba alta y verde.

Rizo, la ninfa del mar

Muy hondo bajo la inquieta superficie del mar azul, vivía Rizo, una pequeña y feliz ninfa de las aguas. Se pasaba el día bailando despreocupadamente bajo las interminables arcadas de coral, confeccionando guirnaldas de irisadas flores marinas, o meciéndose a merced de las grandes y rizadas olas que brillan bajo el sol. Pero por encima de estas diversiones, ella amaba tenderse entre las caracolas multicolores en la orilla del mar, a escuchar la delicada y murmurante música que el oleaje les enseñara mucho tiempo atrás; y así, durante horas y horas, la pequeña ninfa contemplaba el océano y el cielo, mientras canturreaba alegremente para sí.

Mas cuando la tempestad se desataba, se apresuraba a desaparecer bajo la tumultuosa marejada, donde todo es tranquilidad y silencio; y junto a sus hermanas ninfas aguardaba a que remitiese el temporal, escuchando entristecida entretanto, los gritos y lamentos de aquellos a quienes los embates del mar embravecido destrozaban y arrojaban al agua; aquellos que pronto llegarían, abismándose pálidos y fríos, al acogedor reino de las ninfas marinas. Derramaban entonces lágrimas de compasión sobre las formas inertes, y las depositaban en silenciosas tumbas, donde algas de muchos colores prosperaban, y las joyas brillaban semienterradas en la arena.

Esta era la única aflicción que ensombrecía la vida de Rizo, que a menudo pensaba en quienes que se dolían de la pérdida de sus seres queridos –descansando para entonces en lo profundo de oscuras y silenciosas grutas de coral–, y de mil amores habría devuelto a la vida a cuentos yacían a su alrededor. Pero el gran océano es mucho más poderoso que todas las ninfas de corazón tierno que habitan en su seno; así pues, sólo podía llorar por ellos y dejarlos dormir eternamente, allí donde no había olas crueles que pudieran seguir dañándolos.

Un día en que una terrible tempestad rugía a lo largo y ancho del mar, mientras las ninfas veían rodar las grandes olas como densas nubes sobre sus cabezas, y oían el bramido del huracán resonando en la distancia, un niño llegó flotando a su reino a través de las ondas espumosas; sus ojos estaban cerrados como si estuviese profundamente dormido, los largos cabellos caían como algas alrededor de su carita pálida y fría, y las pequeñas manos aferraban aún algunas de las conchas que había estado recogiendo en la playa, cuando las grandes olas lo arrebataron de la orilla para entregárselo al mar encolerizado.

Derramando tiernas lágrimas, las ninfas depositaron el frágil e inmóvil cuerpo infantil sobre un lecho de algas, y, cantando a coro tristes baladas, como si con ello pretendieran hacer que su sueño fuera más profundo y reparador, lo velaron larga y amorosamente, hasta que la tormenta cesó y el mar quedó de nuevo en calma.

Mientras Rizo cantaba inclinada sobre la criatura, oyó, a través del lejano rugido del viento y la marejada, una voz doliente y desgarrada, que parecía pedir ayuda. Escuchó con atención, pensando que no era más que el eco de su propia y lastimera tonada, pero muy por encima de la música era aún audible el triste gemido. Entonces,

escabulléndose en silencio, se deslizó a través de la espuma, las nubes de agua pulverizada y la furia de la borrasca, hasta que la luz del sol brilló sobre ella desde el cielo sereno y despejado; y, guiada por el patético lamento, siguió impulsándose hacia delante hasta que, a escasa distancia de ella, vio a una mujer en la playa con los brazos extendidos, que con voz triste y suplicante, imploraba al mar encrespado, que le devolviese al pequeño niño que tan cruelmente le había arrebatado. Pero las olas ribeteadas de espuma azotaban las rocas desnudas a sus pies, mezclando su salino y frío rocío con las lágrimas de la madre, sin dar ninguna respuesta a su petición.

Cuando Rizo vio el dolor de la mujer, al punto deseó reconfortarla; de modo que, inclinándose con ternura a su lado, allí donde ella se arrodillaba a la orilla del mar, la pequeña ninfa le dijo que su hijo dormía plácidamente, muy lejos, en un lugar encantador donde sentidas lágrimas eran vertidas, y manos suaves depositaban guirnaldas sobre él. Pero nada más susurrar la ninfa estas amables palabras, la madre, llorando desconsolada, exclamó:

–Querida y buena ninfa, ¿acaso no puedes servirte de algún encanto o hechizo, para que las olas me traigan a mi pequeño, tan lleno de vida y de fuerza como cuando lo arrebataron de mi lado? Devuélveme a mi hijo, o déjame yacer junto a él en el seno del océano cruel.

–De buena gana te ayudaré en todo lo que esté en mi mano, aunque no poseo muchos poderes de los que pueda valerme; no llores más, pues emprenderé una búsqueda por mar y por tierra, hasta encontrar a algún amigo que pueda devolverte lo que has perdido. Vigila diariamente desde este mismo lugar, y si no regreso, sabrás entonces que mi búsqueda ha resultado en vano. Adiós, madre infortunada, tú has de ver a tu hijo pequeño de nuevo, si el poder de los elementales puede traerlo de vuelta –y con estas alentadoras palabras, Rizo se zambulló en el mar; la afligida mujer, con una sonrisa entre sus regueros de lágrimas, siguió con la vista a la afable ninfa hasta que su brillante corona desapareció entre las olas.

Nada más llegar Rizo a su hogar, se apresuró hacia el palacio real y pidió audiencia a la soberana; le habló a su reina del pequeño niño, del dolor de la madre, y de la promesa que le hiciera a la pobre mujer.

–Mi pequeña y bondadosa Rizo –dijo la reina una vez escuchó toda la historia–, desgraciadamente tu promesa es imposible de cumplir; no hay ningún poder en el fondo del mar capaz de producir un encantamiento semejante, y por otro lado, nunca podrías alcanzar el reino de los genios del fuego[30], para conseguir de ellos una llama que inflame la vida latente en el pequeño cuerpo. Compadezco a su pobre madre, y de buena gana la ayudaría; pero ¡ay!, yo soy sólo un espíritu de las aguas como tú, y no puedo servirte como ansío hacerlo.

–¡Ah, mi querida reina! Si hubieseis visto su dolor, también vos trataríais de mantener la promesa que he hecho. No puedo dejar que espere inútilmente mi regreso, no hasta haber hecho todo lo posible: decidme pues dónde habitan los genios del fuego, y les pediré la llama que dará la vida al niño, y tanta felicidad a la triste y

solitaria madre: enseñadme el camino y permitid que me vaya.

–El reino de los genios del fuego se encuentra muy lejos de aquí, en las alturas, muy por encima del sol, allí donde ningún espíritu telúrico se ha atrevido a aventurarse aún –respondió la reina–. Yo no puedo mostrarte el camino, pues éste discurre a través del aire. Querida Rizo, te ruego que no te vayas, pues jamás podrás alcanzar esa lejana región: es seguro que algún daño te acarreará esa aventura; y entonces, ¿cómo íbamos a vivir sin nuestra queridísima y gentil ninfa? Permanece aquí con nosotras, en tu propio y agradable hogar, y no pienses más en ello, porque de ningún modo podría dejarte marchar.

Mas por nada del mundo rompería Rizo la promesa que le había hecho a la madre; y rogó con tanto fervor, y sus súplicas fueron tan sentidas, que la reina al fin, con inmensa tristeza, dio su consentimiento y la pequeña ninfa se dispuso gozosa a partir. Pero antes, ella y sus hermanas construyeron una tumba cubierta de delicadas conchas de brillantes colores, en la que el niño pudiera descansar hasta que ella volviera a despertarlo a la vida; entonces, rogándoles que lo velaran con la mayor fidelidad, Rizo se despidió y se alejó valientemente, principiando su largo viaje hacia lo desconocido.

–¡Buscaré sin descanso a lo largo y ancho del mundo hasta que encuentre un camino hacia el sol, o a algún buen amigo que pueda llevarme! Pues, ¡ay!, carezco de alas, y no puedo desplazarme a través del cielo azul como hago a través del agua –dijo Rizo para sí, mientras avanzaba danzando sobre las olas, que la transportaban rápidamente hacia una distante orilla.

Durante largo tiempo viajó a través de los invisibles caminos del océano, sin más amigos que la animaran que las níveas aves marinas que volaban en círculos en torno a ella, descendiendo sólo para sumergir sus cabezas, remontando silenciosamente el vuelo a continuación. A veces grandes barcos navegaban a su alrededor, y entonces, con ojos anhelantes, la pequeña ninfa estudiaba los rostros que contemplaban, sin verla a ella, la inmensidad del mar; pues a menudo éstos le parecían amables y agradables, y con gusto habría llamado su atención para pedirles que fueran sus amigos. Pero nunca entenderían la dulce y extraña lengua que ella hablaba, y quizá tampoco fueran capaces de ver el hermoso rostro que les sonreía por encima de las olas; y es que a ojos de los humanos, sus prendas azules y transparentes no eran más que agua, y las cadenas de perlas en sus cabellos, espuma y rocío chispeante; de modo que, deseando de corazón que el mar fuera indulgente con ellos, siguió avanzando en silencio hasta dejarlos muy atrás.

Al fin fueron visibles en lontananza suaves y verdes colinas, y de buen grado llevaron en volandas las olas a la pequeña ninfa, ondulando suavemente hasta romper sobre la arena cálida y blanca, dejándola en la agradable orilla.

–¡Ah, qué lugar tan encantador es éste! –exclamó Rizo, al atravesar los valles soleados, donde las flores comenzaban a abrirse, y crujían los brotes y las hojas nuevas de los árboles.

–Queridos pájaros, ¿por qué estáis tan alegres? –preguntó ella, mientras los vivaces trinos sonaban por todas partes a su alrededor–. ¿Acaso se celebra un festival sobre la tierra, y es por eso que todo está tan hermoso y brillante?

–¿Es que no sabes que Primavera está a punto de llegar? Los cálidos vientos susurran desde hace días, y estamos ensayando las canciones más dulces, para darle la bienvenida que merece –cantó la alondra, elevándose a medida que la música brotaba de su pequeña garganta.

–Dime, Violeta, ¿podré verla mientras sobrevuela la tierra? –preguntó de nuevo Rizo.

–Sí, podrás hacerlo muy pronto, pues la luz del sol me dijo que estaba ya muy cerca; dile en nuestro nombre que anhelamos volver a verla, y que esperamos aquí para celebrar su llegada –le informó la flor azul, bailando de alegría sobre su tallo, conforme asentía moviendo el cáliz y sonreía a la ninfa.

«Le preguntaré a Primavera dónde moran los genios del fuego; ella recorre la Tierra cada año, y a buen seguro podrá mostrarme el camino», pensó Rizo, mientras proseguía su camino.

Pronto vio llegar a Primavera sonriendo sobre la tierra; rayos de sol y una fragante brisa la anunciaban como heraldos, flotando delante de ella; y al fin, con sus vestiduras blancas cubiertas de flores, con guirnaldas adornando su cabello, y gotas de rocío y semillas cayendo de sus manos, la bella estación se presentó cantando.

–Querida Primavera, ¿querrás escuchar y ayudar a una pobre y pequeña ninfa marina, que busca a lo largo y ancho del mundo la casa de los genios del fuego? –preguntó Rizo en voz alta; y a continuación le contó por qué estaba allí, y le rogó que le dijese lo que ansiaba saber.

–La casa de los genios del fuego se encuentra muy, muy lejos de aquí, y yo no puedo guiarte hasta allí; pero Verano está en camino y vendrá detrás de mí –explicó Primavera–, y él podrá indicarte mejor que yo. Te proveeré empero de una fresca brisa que te ayudará en tu camino; nunca se cansará ni te fallará, y te transportará fácilmente sobre tierra y mar. ¡Adiós, pequeña ninfa! Me encantaría poder hacer algo más por ti, pero oigo voces llamándome por todas partes, y no puedo demorarme más.

–¡Muchas gracias, amable Primavera! –se despidió de ella Rizo, flotando sobre la brisa–; dile unas palabras alentadoras a la madre que aguarda en la orilla, y asegúrale que no he olvidado mi promesa, y que espero volver a verla pronto.

En eso Primavera se alejó con sus solanas y sus flores, y Rizo sobrevoló velozmente un sinfín de colinas y valles, hasta llegar a la tierra donde moraba Verano. Allí el sol brillaba cálidamente sobre la fruta temprana; los vientos frescos soplaban sobre los campos de fragante heno, y susurraban agradablemente entre las hojas verdes de los bosques; pesados rocíos caían suavemente por la noche, y los días largos y luminosos prodigaban fuerza y belleza a la tierra floreciente.

–Ahora debo buscar a Verano –se dijo Rizo, mientras navegaba lentamente por el

cielo soleado.

–¡Heme aquí!, ¿qué es lo que quieres de mí, pequeña ninfa? –resonó en su oído una voz musical; y, flotando a poca distancia, vio una majestuosa figura, vistiendo una ondulante túnica verde, cuyo agradable rostro estaba afablemente vuelto hacia ella, mirándola bajo una corona de rayos dorados, que arrojaban un resplandor cálido y brillante sobre todas las cosas.

Entonces Rizo le contó su historia, y a continuación le preguntó por el lugar que buscaba; Verano respondió:

–Sobre dónde encontrar a los genios del fuego, no puedo contarte más que mi joven hermana Primavera; pero yo también, al igual que ella, te haré un regalo para que te ayude en tu búsqueda. Toma este rayo de sol de mi corona; te dará ánimo e iluminará el camino más sombrío que puedas recorrer. ¡Adiós! Llevaré noticias tuyas a la persona que vigila el mar, si en mi viaje alrededor del mundo la encuentro allí.

Y dándole a la ninfa el rayo de sol, Verano desapareció tras las distantes colinas, dejándolo todo verde y brillante a su paso. Así reanudó Rizo su viaje, hasta que la tierra brilló bajo ella con cosechas amarillas agitándose al sol, y el aire se llenó de voces alegres, mientras los segadores cantaban en los campos o entre las viñas, donde la fruta púrpura colgaba brillando entre las anchas hojas; el cielo aparecía límpido por encima de su cabeza, y los mudables árboles de los bosques resplandecían como una guirnalda de muchos colores, sobre los montes y la llanura. Y es que a lo lejos, sobre los campos de maíz en maduración, era visible el señorial Otoño, con una reluciente corona de hojas de color carmesí, y doradas espigas de trigo entre sus cabellos y en su manto púrpura, esparciendo a manos llenas generosos regalos, con una sonrisa de felicidad en su rostro sereno.

Mas cuando la errante ninfa acuática llegó hasta él, y le preguntó por la casa de los genios del fuego, esta estación, al igual que las otras, no supo indicarle qué rumbo debía tomar; así, al encontrarse ambos, Otoño, entregándole una hoja amarilla, le dijo:

–Pregúntale a Invierno, pequeña Rizo, cuando alcances sus fríos dominios; él conoce bien a los genios del fuego, pues cuando él llega, ellos vuelan hasta la Tierra para calentar y confortar a quienes quedan bajo su manto; tal vez él pueda decirte dónde moran. Acepta pues este regalo que te hago, y cuando soplen en tu rostro sus gélidos vientos, envuélvete en ella y su solo contacto hará que entres en calor, hasta que alcances de nuevo la luz del sol. Yo le llevaré consuelo a la paciente mujer, como ya han hecho mis hermanos, y le diré que tú le eres fiel todavía.

Y dicho esto, Rizo continuó su viaje sobre la incansable brisa, dejando atrás lagos, montes y campos, hasta que el cielo se encapotó más y más y los vientos sombríos aullaron en derredor. Y allí, envuelta en la suave y cálida hoja de Otoño, miró con tristeza la tierra debajo de ella –que parecía tan desolada y silenciosa bajo el níveo sudario–, y pensó en el frío que las hojas y las flores debían de estar pasando; pues el pequeño espíritu acuático no sabía que el invierno extendía una cubierta

blanca y suave por encima de sus camas, para que pudieran dormir seguras hasta que la primavera las despertase de nuevo. De modo que, pesarosa, siguió hacia adelante hasta que Invierno, cabalgando el fuerte viento del norte, se abatió sobre la tierra con una centelleante corona de hielo ciñendo sus cabellos en cascada, mientras que bajo su capa carmesí, donde la reluciente escarcha brillaba como urdimbre de plata, esparcía copos de nieve a lo largo y ancho.

–¿Qué me quieres, pequeña y bella ninfa del mar, que vienes a mí con tanta valentía en medio de mis hielos y nieves? No me temas; soy cálido en el fondo, aunque parezco rudo y gélido por fuera –dijo Invierno, mirándola afablemente, mientras que una brillante sonrisa lucía como el sol en su rostro bondadoso, haciendo brillar los cristales de hielo que saturaban el aire.

Una vez Rizo le hubo contado la razón de su visita, la fría estación señaló el cielo, donde la luz del sol brillaba mortecinamente a través de las densas nubes, y dijo:

–Muy lejos en aquella dirección, junto al sol, se encuentra la casa de los genios del fuego; y el único camino posible es hacia arriba, a través de la niebla y las nubes. Es un camino demasiado largo y extraño para que lo recorra a solas un pequeño espíritu acuático; los genios son seres caprichosos e irascibles, y una de sus rabietas podría causarte problemas y hasta hacerte daño. Regresa conmigo, y no emprendas ese peligroso viaje hacia la bóveda del cielo. Con mucho gusto te llevaría a casa de nuevo, si consistieras en volver.

Pero Rizo contestó:

–No puedo echarme atrás ahora, cuando me hallo tan cerca de mi objetivo. Estoy segura de que los genios no me harán ningún daño, cuando les cuente el motivo de mi visita; y si consigo la llama, seré la ninfa de los mares más dichosa, pues habré cumplido mi promesa, y la pobre madre será feliz una vez más. ¡Así que adiós, Invierno! Habla suavemente con ella, y dile que aún hay esperanza, porque sin duda volveré.

–¡Adiós entonces, pequeña Rizo! ¡Qué los ángeles buenos te protejan! Prosigue con valentía tu viaje, y acepta como regalo esta capa de nieve que nunca se derrite –gritó el invierno, cuando ya el viento del norte se lo llevaba, dejando tras él una ventisca.

–Ahora, mi querida *Brisa*[31] –dijo Rizo–, ganaremos altura hasta que alcancemos el lugar que durante tanto tiempo hemos estado buscando; *Rayo de sol* se adelantará para iluminar el camino, *Hoja amarilla* me protegerá del calor y la humedad, y *Capa de nieve* permanecerá a mi lado hasta que la necesite. Así que adiós a la agradable Tierra: ¡hasta que volvamos a vernos! Y ahora: ¡adelante, hacia el sol!

Durante las primeras etapas de su travesía aérea, todo cuanto Rizo alcanzó a ver era oscuro y lúgubre: macizos nubarrones se amontonaban a su alrededor como enormes farallones, y una niebla fría saturaba la atmósfera; pero Rayo de sol, como un luminoso lucero, disipaba las tinieblas a su paso; la hoja envolvía amorosa y cálidamente a la ninfa; y la incansable brisa de Primavera la hacía ascender

velozmente. Cuanto más y más alto volaba, más y más opaco se volvía el aire, y más cerca se arremolinaba la densa y húmeda bruma; mientras que, como si de grandes olas se tratase, las nubes negras rodaban y se agitaban de un lado a otro.

–¡Ah! –suspiró con cansancio la pequeña ninfa–, ¿volveré a ver la luz de nuevo, o a sentir el viento cálido en mis mejillas? Ciertamente es un camino sombrío y luctuoso, y de no ser por los regalos de las buenas estaciones, hace mucho tiempo que habría perecido; mas pronto las pesadas nubes quedarán atrás, y todo volverá a ser hermoso de nuevo. Así que apresúrate, mi fiel Brisa, y llévame rápidamente al final de mi viaje.

Al cabo los helados vapores desaparecieron de su camino, y la luz del sol brilló sobre ella agradablemente; de modo que continuó alegremente su ascensión hasta encontrarse entre las estrellas, donde muchas cosas nuevas y extrañas estaban a la vista. Con ojos de asombro contempló los rutilantes orbes que una vez, vistos desde el fondo del mar, le parecieron oscuros y lejanos; pero ahora éstos se movían a su alrededor, emitiendo una suave luz radiante; algunos circundados por anillos de muchos colores fulgentes, y otros ardiendo con un furioso resplandor rojizo. A Rizo le habría encantado tener más tiempo para disfrutar de ellos, pues se figuraba que voces suaves y dulces la llamaban desde allí, y que hermosos rostros se asomaban a mirarla mientras pasaba; pero más arriba aún, más cerca del sol, atisbó una luz lejana, que brillaba como una resplandeciente estrella carmesí, difundiendo un brillo rosado a lo largo del cielo.

–Los genios del fuego seguramente morarán allí, de modo que no puedo permanecer aquí más tiempo –se dijo Rizo.

Así pues continuó ganando altura sin descanso, hasta que directamente frente a ella, vio un amplio sendero luminoso extendiéndose hasta un arco dorado, más allá del cual pudo apreciar formas que revoloteaban de un lado a otro. A medida que se aproximaba, el cielo resplandecía con más brillo, y el aire se volvió más y más cálido, hasta que, finalmente, la capa-hoja de Rizo se marchitó, y ya no pudo seguir protegiéndola del calor; desenvolvió entonces la blanca capa de nieve, y, con mucho gusto, se envolvió en el suave y fresco manto y atravesó el arco radiante.

A través de la bruma rojiza que flotaba alrededor de ella, vio los altos muros de luz cambiante, donde parpadeantes llamas naranjas, azules y violetas, iban de aquí para allá, describiendo graciosas figuras mientras bailaban y cabriolaban; y bajo estos arcos irisados, pequeños espíritus ígneos se deslizaban, ora alejándose ora acercándose, portando coronas de fuego, debajo de la cuales brillaban sus ojos salvajes y luminosos; y cuando hablaban, saltaban fugaces chispas de entre sus labios, y Rizo vio con asombro, a través de sus vestiduras de luz transparente, que en el pecho de cada uno de estos genios ardía constantemente una llama, que nunca vacilaba ni menguaba.

Nada más plantarse Rizo ante los genios del fuego, éstos la rodearon, y su aliento ardiente la habría chamuscado, de no haberse mantenido ella envuelta en su capa de

nieve.

–Por favor –les rogó la ninfa–, llevadme ante vuestra reina, para que pueda decirle por qué estoy aquí, y pedirle lo que deseo.

Y así, a través de serpenteantes corredores de fuego multicolor, fue conducida hasta un espíritu que se le antojó más bello que el resto, y cuya corona de llamas ondeaba de un lado a otro como un penacho de plumas de oro, mientras que, bajo su túnica violácea, la llama en el interior de su pecho ardía con más fuerza que el fuego.

–He aquí a nuestra reina –dijeron a coro los genios, inclinándose ceremoniosamente, al tiempo que ésta volvía sus ojos fulgentes hacia la desconocida plantada ante ella.

Entonces Rizo contó cómo había vagado por el mundo en su busca; cómo las estaciones la habían ayudado amablemente, regalándole el rayo de sol, la brisa, la hoja amarilla, y la capa de nieve; y cómo, a través de muchos peligros, había llegado por fin hasta ellos, para pedirles la mágica llama que prendería de nuevo la vida latente del pequeño.

Cuando la ninfa hubo acabado de contar sus peripecias, los genios cuchichearon gravemente entre sí, mientras las chispas saltaban gruesas y veloces con cada palabra; y al fin, la reina de fuego dijo en voz alta:

–No podemos darte la llama que nos pides, pues para ello, cada uno de nosotros debería cederte una parte de la que arde en nuestros pechos; y esto no lo haremos nunca, pues cuanto más resplandece la pira en nuestro seno, más hermosos somos. Así pues no nos pidas eso; sin embargo, estaremos encantados de hacerte cualquier otro regalo, pues sentimos simpatía hacia ti, y te ayudaremos en lo que podamos.

Pero Rizo no deseaba ninguna otra bendición, y, llorando amargamente, les rogó que no la enviaran de vuelta sin el don por el que había emprendido un viaje tan peligroso.

–¡Oh, mis queridos genios de corazón flamígero! Compartid conmigo la sublime luz que irradian vuestros pechos, que de seguro arderá con más fuerza después de esta piadosa acción, que yo, agradecida, os recompensaré como pueda.

Mientras esto decía, la reina había reparado en una cadena de joyas que Rizo llevaba colgada al cuello, y cuando ésta acabó de hablar, respondió:

–Si me regalas esas piedras brillantes y centelleantes, yo misma te cederé una parte de mi propia llama; pues no tenemos cosas tan hermosas como ésas para lucirlas alrededor de nuestros cuellos, y deseo mucho tenerlas. ¿Me las darás a cambio de lo que te ofrezco, pequeña ninfa de los mares?

Sin pensarlo un instante, Rizo le tendió alegremente la cadena; mas tan pronto fue tocada ésta por la mano regia, las joyas se derritieron como nieve sobre el fogón de una fragua, y cayeron al suelo convertidas en brillantes gotas; en esto los ojos de la reina relampaguearon, y los genios se reunieron con semblante enojado alrededor de la pobre Rizo, que miraba tristemente la cadena fundida, y se preguntaba qué podría ofrecer entonces, a cambio de lo que tanto ansiaba.

–Atesoro muchísimas joyas, incluso más hermosas que éstas, en mi hogar en las profundidades del mar; y os traeré todas las que pueda encontrar a lo largo y ancho del lecho oceánico, si me concedéis mi deseo, y me dais lo que busco –propuso ella, dirigiéndose suavemente a los genios del fuego, que revoloteaban en derredor con fiera expresión.

–Presta atención: deberás darnos a cada uno una joya que nunca se derrita en nuestras manos, como les ha ocurrido a éstas –dijeron–. Todos y cada uno de nosotros te cederemos una llama de nuestro fuego; y cuando el niño sea devuelto a la vida, deberás traernos todas las joyas que puedas recoger de las profundidades marinas, para que podamos probarlas aquí entre las llamas; pero si se funden también, tendremos que mantenerte prisionera hasta que nos devuelvas la luz que te prestamos. Si consientes en ello, toma nuestro regalo y vuelve a tu casa; pero no te olvides de regresar o iremos a buscarte.

Rizo aceptó de inmediato estas condiciones, aunque en verdad ignoraba si podría encontrar las joyas que le pedían; aun así, con la promesa que le hiciera a la madre grabada en su corazón, se olvidó de todo lo demás, y les aseguró a los genios del fuego que serían complacidos en sus deseos. De modo que cada uno de ellos tomó un poco de fuego de su pecho, y colocaron la lumbre resultante en un frasco de cristal, a través del cual centelleaba y brillaba como una estrella.

A continuación, no sin antes recordarle cuanto les había prometido, la acompañaron hasta el arco dorado, y se despidieron de ella. Y así, a lo largo del sendero luminoso en el cielo, y atravesando interminables bancos de bruma y nubes, Rizo fue acortando la distancia que la separaba de su reino; hasta que, muy por debajo de ella, vislumbró el ancho mar azul que abandonara hacía tanto tiempo.

Con gran entusiasmo se zambulló en las aguas claras y frescas, y buceó de vuelta a su agradable hogar; donde los espíritus del agua se congregaron alegremente a su alrededor, escuchando con lágrimas y sonrisas en sus rostros, mientras ella les describía las muchas maravillas de su viaje, y les mostraba el frasco de cristal que traía consigo.

–Ahora ven –le dijeron cuando acabó su relato–, y culmina la buena obra que con tanto valor emprendiste –y la acompañaron hasta la tumba solitaria en la que, frío y silencioso como un angelito de mármol, yacía el pequeño.

Rizo colocó entonces el frasco con la llama sobre su pecho, y la vio brillar y centellear allí, mientras la luz volvía lentamente a los ojos hasta entonces vidriosos, un resplandor rosado animaba el rostro exangüe, y el aliento brotaba a través de los labios entreabiertos; el fuego mágico ardió con más fuerza e intensidad, hasta que el niño despertó de su largo y profundo sueño, y miró sonriente y perplejo los rostros inclinados sobre él.

Al ver esto, Rizo cantó de alegría, y ayudada por sus hermanas, vistió al niño con elegantes prendas tejidas con brillantes algas, mientras que otras ninfas enrollaban en su lustrosa cabellera, largas guirnaldas de las flores más bellas, y colocaban en sus

pequeños brazos cadenas de brillantes conchas.

–Ahora ven con nosotras, mi querido niño –le dijo Rizo–, te devolveremos sano y salvo a la tierra firme, a la luz del sol y al aire fragante; pues éste no es tu hogar, y allí, en la orilla del mar, nos aguarda alguien muy querido por ti.

Así avanzaron a través de la espuma y las nubes de agua pulverizada, hasta que llegaron a la playa; y en ella, con la fresca brisa jugando con su cabello en cascada, y las olas rompiendo y espumando a sus pies, seguía plantada la madre solitaria, escrutando con ansiedad y nostalgia la inmensidad del mar. Y de súbito, en la cresta de una gran ola azul que se abatía rizándose, vio a las sonrientes ninfas acuáticas; y aupado por unos brillantes brazos blancos, su hijo levantaba sus manitas llamándola; mientras la dulce voz que tanto había deseado ella volver a oír, gritaba alegremente:

–¡Mira, mamá querida, he vuelto! ¡Y mira qué cosas tan bonitas me dieron las amables ninfas; creo que a ti te parecerán aún más hermosas!

Y en eso la enorme ola rompió suavemente, y retrocedió a continuación dejando a Rizo en la orilla, y al niño en los brazos de su madre.

–¡Oh mi fiel y pequeña ninfa! Yo te haría gustosamente algún precioso regalo para demostrarte mi gratitud por esta buena acción, pero no tengo nada más que esta cadena de pequeñas perlas: son las lágrimas que derramé por mi hijo, y puesto que el mar las ha transformado de esta manera, te las ofrezco ahora a ti –dijo la feliz madre, superadas sus primeras emociones, cuando Rizo se volvía ya para marcharse.

–Sí, con mucho gusto aceptaré tu regalo, y serán para mí, de hoy en adelante, mi más preciado ornamento –respondió el espíritu acuático; y con las perlas sobre su pecho, se dirigió hacia la orilla, donde el niño jugaba alegremente, correteando de un lado a otro; y la alegre sonrisa de la madre brilló sobre Rizo, hasta que al fin desapareció ésta bajo las olas.

Solucionado el problema más acuciante, debía aún acometer otra tarea: cumplir la solemne promesa que le hiciera a los genios del fuego. Así, buscó por todas partes, en las más recónditas cavernas de todos los mares, y entre las ruinas de los palacios sumergidos, y recogió las joyas más hermosas de cuantas brillaban allí; entonces, sobre su fiel Brisa, se dispuso una vez más a surcar los vientos bajo la cúpula del cielo.

* * * *

Los espíritus del fuego le dieron una calurosa bienvenida, y la condujeron de inmediato ante su reina, en cuya presencia se repartieron las brillantes gemas que con tanto esfuerzo y cuidado había reunido la ninfa marina; pero he aquí que, cuando los genios intentaron formar coronas con ellas, se derritieron en sus manos, convirtiéndose en coloreadas gotas de rocío; y Rizo vio con temor y disgusto cómo se iban fundiendo una tras otra, hasta no quedar entera ninguna de las que había traído. En eso los genios del fuego la miraron con rabia, y ella les rogó que fueran

misericordiosos, y que la dejaran intentarlo una vez más, diciendo:

–No me mantengáis prisionera aquí. No puedo respirar la atmósfera ígnea que a vosotros os da la vida, y de no ser por este manto mío de nieve, yo también me derretiría y desaparecería como esas gemas entre vuestros dedos. Oh queridos genios del fuego, encomendadme alguna otra misión, pero dejad que me aleje de este clima caliginoso, donde todo resulta temible y letal para un espíritu del mar.

Pero los genios no la escucharon; se acercaron a ella más y más, y con gruesas chispas incandescentes saltando de sus labios, dijeron:

–No dejaremos que te marches, porque nos prometiste ser nuestra si las joyas que nos traías resultaban ser un fiasco; de modo que despréndete de esa fría capa blanca, y ven a bañarte con nosotros en las fuentes de fuego y en los lagos llameantes; y ayúdanos a restituir a la pira de nuestros pechos, la luz que le llevaste al niño.

Al oír aquello, Rizo se dejó caer en el ardiente suelo, y sintió que su vida estaba a punto de acabar; pues sabía muy bien que el aire caliente del palacio de fuego, resultaría fatal para ella. Los espíritus ígneos la rodearon, y comenzaron a retirarle el manto de nieve; pero he aquí que, debajo de éste, vieron la cadena de perlas resplandeciendo con una luz clara y suave, que incluso brilló con más intensidad cuando la tocaron con sus dedos incandescentes.

–¡Oh, danos esto! –gritaron a coro–; son infinitamente más hermosas que todas las demás gemas, y no se derriten al tocarlas como ellas; ¡mira con qué fuerza relucen en nuestras manos! Si permites que nos quedemos con éstas, estaremos en paz y tú serás libre una vez más.

Y Rizo, de nuevo a salvo bajo su capa de nieve, les tendió gustosamente la cadena; y les contó que las perlas que ahora colocaban orgullosamente sobre sus pechos, estaban hechas de lágrimas dolientes, y que de no ser por el fuego de sus corazones, aún estarían fluyendo. Entonces los espíritus le sonrieron muy complacidos, y de no haberse apartado la ninfa, diciéndoles que cada toque suyo era como una herida para ella, la habrían estrechado entre sus brazos para besar sus mejillas.

–En ese caso, si no podemos demostrarte nuestro agradecimiento de esta manera, lo haremos de otra distinta, y haremos que tu viaje de regreso a casa sea una agradable experiencia. Ven con nosotros –le dijeron los espíritus–, y admira el brillante camino que hemos tendido para ti –y así fue conducida hasta el grandioso arco de entrada a su mundo, desde donde un precioso arcoíris, arqueaba hasta la Tierra sus siete bandas de colores radiantes bajo el sol.

–¡Este será ciertamente un agradable camino de vuelta! –exclamó maravillada Rizo–. Gracias, amables genios, por vuestras atenciones. Debo deciros adiós; con mucho gusto permanecería más tiempo aquí, pero nuestras respectivas naturalezas hacen imposible que podamos convivir, y además añoro terriblemente a mis hermanas y mi fresco hogar. ¡Y ahora, Rayo de sol, Brisa, Hoja amarilla y Capa de nieve, volad de nuevo y regresad a las estaciones a las que pertenecéis, y

agradecedles en mi nombre su inestimable ayuda!; el trabajo de Rizo ha concluido al fin.

Dicho lo cual, y a lo largo del rutilante camino que se extendía ante ella, la pequeña y feliz ninfa fue deslizándose hasta el mar… ¡su hogar!

Nota del traductor

Louisa May Alcott [LMA], segunda hija de Abigail May y Amos Bronson Alcott, nació en Germantown (Filadelfia, estado de Pensilvania, EE. UU.) el 29 de noviembre de 1832. Contaba diez años de edad cuando se trasladó con sus padres a *Fruitlands* –una comuna agraria en Harvard, Massachusetts–, junto a otros partidarios del trascendentalismo; un movimiento religioso y filosófico estadounidense que, apelando a la bondad inherente de la condición humana, defendía el contacto con Dios a través de la naturaleza. Fracasada esta utopía, los Alcott se mudan a la capital *trascendentalista*, Concord (Massachusetts), donde los hogares se suceden: Hillside; Orchard House –donde LMA escribe *Mujercitas*–; y la Thoreau House –propiedad del escritor Henry David Thoreau–. Entretanto, para aliviar la estrechez económica de su familia, LMA desempeña diversos oficios: institutriz, sirvienta, maestra de escuela… Los Alcott apoyaron activamente la causa abolicionista, llegando incluso a ocultar a esclavos fugitivos. «Al estallar la guerra civil en 1861, LMA vio marchar al frente a los voluntarios de Concord, y deseó participar en la contienda[32].» Así, se desplaza a Washington para servir como enfermera en el Union Hotel Hospital, donde contrae una neumonía tifoidea, que la mantendrá postrada durante todo un año. Fue asimismo una luchadora por los derechos de la mujer, «que defendió a través de su participación en el movimiento sufragista, y mediante alusiones implícitas y explícitas en sus obras»[33]. LMA visitó Europa en tres ocasiones: en 1865, Niza, París y Vevey –donde conoce al joven polaco Ladislas Wisniewski, único romance en su vida del que se tiene constancia–; en 1870, Francia, Suiza e Italia; y en 1873, Londres, para cursar estudios de arte.

En 1852 publicó su primer cuento –«The rival painters»–, y en 1854 su primer libro: *Flower fables*, que la convierte «en una pionera del cuento de hadas literario en America»[34]; tradición ésta, iniciada por Nathaniel Hawthorne con el *Libro de maravillas: para niñas y niños* (1851) y *Cuentos de Tanglewood* (1853). De 1868 a 1870 dirige la revista infantil *Merry's Museum*.

En 1868 apareció su mayor éxito, *Mujercitas*, un hito en la historia de la literatura juvenil, y un clásico norteamericano. En las dos décadas siguientes escribiría muchas novelas *domésticas*, ganándose un lugar destacado dentro de la escuela americana de la ficción realista (…). A pesar de ello, nunca se olvidó de las hadas y las fábulas de los días de su juventud[35].

Hacia 1885 su salud –que nunca fue buena– empezó a declinar, y se puso en manos del doctor Rhoda Ashley Lawrence, médico homeópata. Pasa en cama casi todo el año 1887, aunque no deja de escribir. Falleció en Boston el 6 de marzo de 1888, dos días después que su padre. Cinco años más tarde, los préstamos de sus obras en las bibliotecas públicas norteamericanas sólo eran superados por las de Charles Dickens[36].

* * *

Tritones; ondinas y nereidas; una niña que quiere ser sirena, una sirena que quiere ser niña, y niñas confundidas con sirenas, protagonizan «Ariel», «Sirenitas», «Rizo, la ninfa del mar» y «La amiguita de Fancy». La primera de ellas «refleja la experimentación de LMA con el apellido March[37], y contiene algunas de sus alusiones literarias favoritas: *La tempestad* de Shakespeare, y "Lorelei" de Heine»[38]. En la última «vemos desdoblarse a LMA, defendiendo por un lado la importancia de la imaginación, y por otro apostando por la realidad más práctica»[39]. Una apostilla del maestro Borges:

> El idioma inglés distingue la sirena clásica (*siren*) de las que tienen cola de pez (*mermaids*). En la formación de esta última imagen habrían influido por analogía los tritones, divinidades del cortejo de Poseidón[40].

«Historia de una ballena» recurre al mito del zaratán, que ya aparecía en *Las mil y una noches*:

> Habéis de saber que ésta que os parece una isla no es tal, sino un gran pez, que se tumbó a descansar y luego la arena lo cubrió, tomando entonces apariencia de isla por las plantas y árboles que le crecieron encima[41].

«El pequeño Gulliver», «Ariel» y «Una francachela junto al mar», comparten elementos de un mismo escenario –la isla y el faro, el hotel y las villas playeras–, probablemente inspirado en Nonquitt, en la costa de Nueva Inglaterra: el retiro veraniego de LMA durante los últimos años de su vida. El primero de estos cuentos, «es la única historia fantástica de Alcott que trata el tema de los prejuicios raciales»[42]. El último citado, es una sátira de los dramas para adultos escritos por LMA, de forma anónima o seudónima.

* * *

Fuentes y Bibliografía

Por orden de aparición en esta edición, ofrecemos los títulos originales y la procedencia de cada cuento: «Ariel. A legend of the lighthouse» (*Frank Leslie's Chimney Corner*, julio de 1865); «Little Gulliver» (*Morning-Glories and Other Stories*, 1868); «Mermaids» (*Lulu's library*, 1887); «A marine merry-making» (*Merry's Museum*, octubre de 1869); «Fancy's friend» (*Morning-Glories and Other Stories*, 1868); «The whale's story» (*Morning-Glories and Other Stories*, 1868); «Ripple, the water-spirit» (*Flower fables*, 1854).

Para la confección de esta nota hemos utilizado especialmente las siguientes referencias bibliográficas: Borges, Jorge Luis: *El libro de los seres imaginarios*, Bruguera (1980); Eiselein, Gregory; y Phillips, Anne K.: *The Louisa May Alcott Encyclopedia*, Greenwood Publishing Group (2001); y Shealy, Daniel: *Louisa May Alcott's fairy tales and fantasy stories*, Univ. of Tennessee Press (1992).

LOUISA MAY ALCOTT (Germantown, Pensilvania, 29 de noviembre de 1832 - Boston, 6 de marzo de 1888) fue una escritora estadounidense, reconocida por su famosa novela *Mujercitas* (1868).

Hija del trascendentalista Amos Bronson Alcott y Abigail May, creció y vivió en Nueva Inglaterra. A temprana edad comenzó a trabajar esporádicamente como maestra, costurera, institutriz y escritora; su primer libro fue *Flower Fables* (1855), cuentos originalmente escritos para Ellen Emerson, hija de Ralph Waldo Emerson.

Su educación en los primeros años incluyó lecciones del naturalista Henry David Thoreau, pero principalmente estuvo en manos de su padre. Durante su adolescencia y principios de la edad adulta, Alcott compartió la pobreza y los ideales trascendentalistas de su familia. Posteriormente esta fase de su vida fue descrita en el relato *Transcendental Wild Oats*, reimpreso en el volumen *Silver Pitchers* (1876), que narra las experiencias de su familia durante un experimento utopiano de «pleno vivir y elevado pensar» en Fruitlands, en la ciudad de Harvard, Massachusetts en 1843.

En 1860 comenzó a escribir para la revista Atlantic Monthly, y fue enfermera en el Hospital de la Unión de Georgetown, Washington D. C., durante seis semanas entre 1862 y 1863. Sus cartas a casa, revisadas y publicadas en el Commonwealth, y recopiladas como *Hospital Sketches (Escenas de la vida de un hospital)*, demostraron un agudo poder de observación y crónica, además de una sana dosis de humor retrospectivo, ganándose su primer reconocimiento crítico. Su novela *Moods* (*Estados de ánimo*, 1864) también fue considerada prometedora.

Una parte menos conocida de su obra son las apasionadas y fogosas novelas y cuentos que escribió, usualmente bajo el seudónimo A. M. Barnard. Trabajos tales como *A Long Fatal Love Chase y Pauline's Passion and Punishment* son el tipo de novelas al que se refiere en *Mujercitas* como «peligrosas para pequeñas mentes» y fueron conocidas en la era Victoriana como «relatos melodramáticos» o *potboilers*. Sus protagonistas son obstinados e implacables en la búsqueda de sus objetivos, que a menudo involucran venganza en aquellos que los han humillado o frustrado. Estos trabajos de excelente escritura con un punto de vista poco común alcanzaron inmediatamente el éxito comercial y aún son de frecuente lectura.

También produjo saludables y morales historias para niños, y con las excepciones del cuento semiautobiográfico *Work (Trabajo)*, en 1873, y la novela corta anónima *A Modern Mephistopheles (Un Mefistófeles moderno)*, en 1877, el cual produjo la sospecha de haber sido escrito por Julian Hawthorne. No retornó nunca a crear trabajos para adultos.

Su abrumador éxito data de la aparición de la primera parte de *Little Women*: Meg, Jo, Beth and Amy (*Mujercitas*) en 1868. Relato semiautobiográfico de su niñez junto a sus hermanas en Concord, Massachusetts, lleno de un humor perenne, frescura, realismo, pero sobre todo de un bello romanticismo ligado a la naturaleza y a los valores tradicionales y del hogar. La segunda parte, *Good Wives (Aquellas Mujercitas)*, publicado en 1869, llevaría a sus protagonistas a la vida adulta y sus respectivos matrimonios. Más adelante, aparece *Little Men (Hombrecitos)* que trata de manera similar el carácter y la forma de ser de sus sobrinos que vivían en Orchard House en Concord, Massachusetts. *Jo's Boys (Los muchachos de Jo)* completó la saga de la familia March. La mayoría de sus volúmenes posteriores siguieron la línea de *Mujercitas*, de la cual el numeroso y leal público de la autora nunca se cansó, si bien sus obras posteriores tienen un carácter más moralizante.

Su labor natural de amor, su amplia generosidad, su veloz percepción y su cariño para compartir con sus lectores el alegre humor que radiaba de su personalidad y sus libros la llevó a continuar con sus historias a pesar de que su salud empeoraba. Al final sucumbió a las secuelas del envenenamiento por mercurio contraído durante su servicio en la Guerra Civil. Murió en Boston el 6 de marzo de 1888, el mismo día que su padre era enterrado.

Notas

[1] Pierre Terrail, señor de Bayard (1473-1524). Militar francés célebre por su intrepidez y caballerosidad. (Todas las notas son del traductor.) <<

[2] En italiano, vida ociosa y relajada: indolente. <<

[3] «Una Sirena», en inglés. <<

[4] La primera canción de Ariel en el Acto I, escena 2, de *La tempestad* de William Shakespeare, en la traducción de R. Martínez Lafuente. <<

[5] Bella joven que, sentada en una roca, peina su larga melena con un peine de oro y «canta una ensoñadora canción», cautivando a los pescadores y atrayéndolos a la destrucción. La tradición fue convertida en poema por Heinrich Heine. <<

[6] Uno de los personajes de *La tempestad*. <<

[7] Como Próspero en *La tempestad* <<

[8] Genios elementales de carácter maligno que, según las leyendas celtas, vivían en los lagos. Podían mostrarse con forma de caballo o apariencia humana, generalmente femenina. <<

[9] Una imagen muy Shakespeariana también, inspirada en el suicidio de Titinio en *Julio César*: «¡He aquí cómo debe obrar un romano!». <<

[10] De *gull*, «*gaviota*» en inglés. <<

[11] Según la tradición china, las columnas del templo celeste de Pekín se asientan sobre tortugas vivas, que se supone son capaces de vivir más de tres mil años sin respirar ni alimentarse. <<

[12] Un juego de palabras basado en la longevidad de las tortugas, el término «high liver» (extravagante, vividor), y una afección hepática. <<

[13] La esposa de Sócrates. Por su mal carácter y por el modo despectivo en que trataba a su esposo, ha pasado a la historia por su insolencia y ferocidad. <<

[14] Ave palmípeda del tamaño de una alondra, común en todos los mares. <<

[15] Los caracoles son hermafroditas. <<

[16] Un poema escrito por Epes Sargent en 1838, musicalizado por Henry Russell. <<

[17] «Hay una loma donde florece el tomillo silvestre». Shakespeare, *Sueño de una noche de verano*. Acto 2, escena 1. <<

[18] Poema escrito en 1851 por el poeta y predicador inglés Charles Kingsley; musicalizado poco después por el compositor John Hullah. <<

[19] Elaine de Astolat es un personaje de las leyendas artúricas, que muere de pena al no ser correspondido su amor por Lancelot. <<

[20] *Idylls of the king* de Lord Alfred Tennyson. <<

[21] Como es debido. <<

[22] Poema satírico de Lord Byron, publicado anónimamente (los dos primeros cantos) en 1819. <<

[23] En inglés: antojo, imaginación. <<

[24] Ave común en las costas arenosas. <<

[25] Se refiere a los exploradores árticos William Parry (1790-1855) y John Franklin (1786-1847). <<

[26] Aquí la ballena hace un juego de palabras con «light-headed» (cabeza hueca), que también podría traducirse como «cabeza de luz o luminosa». <<

[27] Enfermedad que provoca digestiones laboriosas e imperfectas. <<

[28] «*Blue*», en inglés, significa «*azul*» y «*triste*» <<

[29] «Delante de la destrucción va el orgullo»: Proverbios, 16:18. <<

[30] Según Paracelso: «Se considera generalmente a las salamandras como espíritus, porque aparecen como seres brillantes y deslumbradores, y es que no se reflexiona que su carne y su sangre son de naturaleza luminosa». *Liber de nymphis, sylphis, pygmaeis et salamandris et de caeteris spiritibus* (1566). Trad. esp. *Libro de las ninfas*, Ediciones Obelisco, 1991. <<

[31] Aquí Rizo da nombre a los regalos de las cuatro estaciones. <<

[32] Eiselein y Phillips, p.56. <<

[33] *Ibíd*., p.352. <<

[34] Shealy, p. xv. <<

[35] *Ibíd*., p. xv <<

[36] Citado por Eiselein y Phillips, p. 66. <<

[37] El de las «mujercitas» Meg, Jo, Beth, y Amy. <<

[38] Eiselein y Phillips, p. 22. <<

[39] Shealy, p. xxx <<

[40] Borges, p. 185. <<

[41] Traducción de Rafael Cansinos Assens. <<

[42] Shealy, p. xxix <<